

CAPÍTULO 12

EL TOTALITARISMO EN EL PODER

Cuando un movimiento, internacional por su organización, omnicompreensivo por su alcance ideológico y global por su aspiración política, conquista el poder en un país, se coloca él mismo en una situación paradójica. Al movimiento socialista se le ahorró esta crisis, en primer lugar, porque la cuestión nacional —y esto significaba el problema estratégico implicado en la revolución— fue curiosamente desdenada por Marx y Engels y, en segundo lugar, porque se enfrentó con problemas gubernamentales sólo después de que la Primera Guerra Mundial hubiera privado a la II Internacional de su autoridad sobre los miembros nacionales, que en todas partes habían aceptado como un hecho inalterable la primacía de los sentimientos nacionales sobre la solidaridad internacional. En otras palabras, cuando llegó el momento en que los movimientos socialistas conquistaron el poder en sus respectivos países, ya se habían transformado en partidos nacionales.

Esta transformación jamás se operó en los movimientos totalitarios bolchevique y nazi. En la época en que se apoderaron del poder, el peligro para el movimiento descansaba, por un lado, en el hecho de que podía «osificarse» al ocupar la maquinaria del estado y congelarse en forma de un gobierno

absoluto¹, y en que, por otro, su libertad de movimiento podía quedar limitada por las fronteras del territorio en el que había llegado al poder. Para un movimiento totalitario, ambos peligros son igualmente mortales: una evolución hacia el absolutismo pondría fin al impulso interno del movimiento y una evolución hacia el nacionalismo frustraría su expansión exterior, sin la cual no puede sobrevivir. La forma de gobierno que estos dos movimientos desarrollaron, o, más bien, que casi automáticamente se desarrolló partiendo de su doble reivindicación del dominio total y de la hegemonía global, halla su mejor caracterización en el eslogan de Trotsky de la «revolución permanente», aunque la teoría de Trotsky no era más que una predicción socialista de una serie de revoluciones, desde la burguesa antifeudal hasta la proletaria antiburguesa, que se extenderían de un país a otro². Sólo que el mismo término sugiere «permanencia», con todas sus implicaciones semianárquicas, y es, estrictamente hablando, una denominación equivocada; sin embargo, incluso Lenin se mostró más impresionado por el término que por su contenido teórico. En la Unión Soviética, en cualquier caso, las revoluciones, en forma de purgas generales, se convirtieron en una institución permanente del régimen de Stalin a partir de 1934³. Aquí, como en otros casos, Stalin concentró

¹ Los nazis comprendieron perfectamente que la conquista del poder podía conducir al establecimiento del absolutismo. «Pero el nacionalsocialismo no se ha colocado en vanguardia en la lucha contra el liberalismo para atacarse de nuevo en el absolutismo y comenzar otra vez el juego» (Werner Best, *Die deutsche Polizei*, p. 20). La advertencia aquí expresada, como en otros incontables lugares, va dirigida contra la reivindicación del estado.

² La teoría de Trotsky, formulada por vez primera en 1905, no difería, desde luego, de la estrategia revolucionaria de todos los leninistas, a cuyos ojos «la misma Rusia era simplemente el primer terreno, el primer baluarte, de la revolución internacional: sus intereses tenían que quedar subordinados a la estrategia supranacional del socialismo militante. Por el momento, sin embargo, las fronteras de Rusia y del socialismo victorioso eran las mismas» (Isaac Deutscher, *Stalin. A Political Biography*, Nueva York y Londres, 1949, p. 243).

³ El año 1934 es significativo en razón del nuevo estatuto del partido, anunciado en el XVII Congreso del Partido, que establecía que, «para la sistemática limpieza del partido, tienen que [ser] realizadas purgas... periódicas» (cita de A. Avtorjanov, «Social Differentiation and Contradictions in the Party», *Bulletin of the Institute for the Study of the USSR*, Múnich, febrero, 1956). Las purgas del partido durante los primeros años de la Revolución rusa no tuvieron nada en común con su ulterior perversione totalitaria en instrumento de inestabilidad permanente. Las primeras purgas fueron realizadas por comisiones locales de control ante un foro abierto al que tenían libre acceso tanto los miembros del partido como los que no lo eran. Fueron concebidas como un órgano de control democrático contra la corrupción burocrática en el partido y «habían de servir como sustitutivo de las auténticas elecciones» (Deutscher, *op. cit.*, pp. 233 y 234). Puede hallarse un excelente y breve informe sobre el desarrollo de las purgas en un reciente artículo de Avtorjanov que refuta también la leyenda según la cual fue la muerte de Kirov la que dio paso a la nueva política. La purga general había comenzado antes de la muerte de Kirov, que no fue más que «un pretexto conveniente para proporcionar un impulso suplementario». A la vista de las numerosas circunstancias «inexplicables y misteriosas» que rodearon el asesinato de Kirov, cabe sospechar que el «pretexto conveniente» fue cuidadosamente planeado y ejecutado por el mismo Stalin (véase «Speech on Stalin», de Jruschov, *The New York Times*, 5 de junio de 1956).

sus ataques sobre el medio olvidado eslogan de Trotsky precisamente porque había decidido utilizar esta técnica⁴. En la Alemania nazi, una tendencia similar hacia la revolución permanente resultaba claramente discernible, aunque los nazis no tuvieron tiempo de realizarla en el mismo grado. De forma suficientemente característica, su «revolución permanente» también comenzó con la liquidación de la facción del partido que se había atrevido a proclamar abiertamente la «próxima fase de la revolución»; y precisamente porque «el Führer y su vieja guardia sabían que la verdadera lucha sólo acababa de empezar»⁵. Aquí, en lugar del concepto bolchevique de revolución permanente, hallamos la noción de una «selección [racial] que nunca puede permanecer inmóvil» y que, por consiguiente, requiere una constante radicalización de las normas por las que se realiza la selección, es decir, el exterminio de los no aptos⁶. El hecho es que, tanto Hitler como Stalin, formularon prome-

⁴ Deutscher, *op. cit.*, p. 282, describe el primer ataque a la «revolución permanente» de Trotsky y la contraformulación staliniana del «socialismo en un solo país» como accidente de manipulación política. En 1924, el «objetivo inmediato [de Stalin] era desacreditar a Trotsky... Buscando en el pasado de Trotsky, los triunviros tropezaron con la teoría de la «revolución permanente», que había formulado en 1905... En el curso de esta polémica fue cuando Stalin llegó a su fórmula del «socialismo en un solo país».

⁵ La liquidación de la facción de Röhm en junio de 1934 fue precedida por un breve intervalo de estabilización. Al comienzo del año, Rudolf Diels, jefe de la policía política de Berlín, podía informar que ya no había más detenciones ilegales («revolucionarias») por obra de las SA y que estaban siendo investigadas detenciones anteriores de este tipo (*Nazi Conspiracy*, U.S. Government, Washington, 1946, V, p. 205). En abril de 1934, Wilhelm Frick, ministro del Interior del Reich, antiguo miembro del partido nazi, promulgó un decreto por el que se establecían restricciones a la «custodia protectora» (*ibid.*, III, p. 555) en consideración a la «estabilización de la situación nacional» (véase *Das Archiv*, abril de 1934, p. 31). Este decreto, sin embargo, jamás fue publicado (*Nazi Conspiracy*, VII, p. 1099; II, p. 259). La policía política de Prusia había preparado en 1933 un informe sobre los excesos de las SA destinado a Hitler y en el que sugería que fueran perseguidos los jefes de las SA allí mencionados.

Hitler resolvió la situación matando a aquellos jefes de las SA sin un procedimiento legal y destituyendo a todos aquellos funcionarios de la policía que se habían opuesto a las SA (véase la declaración jurada de Rudolf Diels, *ibid.*, V, p. 224). De esta forma se salvaguardó a sí mismo contra toda legalización y estabilización. Entre los numerosos juristas que sirvieron entusiastamente la «idea nacional socialista» fueron muy pocos los que comprendieron lo que estaba realmente en juego. A este grupo pertenece fundamentalmente Theodor Maunz, cuyo ensayo *Gesetz und Recht der Polizei* (Hamburgo, 1943) es citado con aprobación incluso por aquellos autores que, como Paul Werner, pertenecían al selecto *Führerkorps* de las SS.

⁶ Robert Ley, *Der Weg zur Odensburg* (sin fecha; alrededor de 1936). «Edición especial... para el *Führerkorps* del Partido... No para venta libre.»

⁷ Heinrich Himmler, «Die Schutzstaffeln» en *Grundlagen, Aufbau und Wirtschaftsführung des nationalsozialistischen Staates*, Nr. 76. Esta radicalización constante del principio de la selección racial puede ser hallada en todas las fases de la política nazi. Así, los primeros en ser exterminados fueron los judíos íntegros, seguidos por los de media casta y por los que sólo tenían una cuarta parte de ascendencia judía; o primero los locos, seguidos de los enfermos incurables y, finalmente, todas las familias en las que existiera algún «enfermo incurable». La «selección, que nunca puede permanecer inmóvil», no se detuvo ni siquiera ante las mismas SS. Un decreto del Führer, de fecha del 19 de

sas de estabilidad para ocultar su intención de crear un estado de inestabilidad permanente.

No podría haber habido mejor solución para las contradicciones inherentes a la coexistencia de un gobierno y de un movimiento, de una afirmación totalitaria y de un poder limitado en un territorio limitado, de una pertenencia ostensible a una comunidad de naciones en la que cada una respeta la soberanía de las demás y la aspiración a una dominación mundial, que la de esta fórmula privada de su contenido original. Porque el dirigente totalitario se ve enfrentado con una doble tarea que al principio parece contradictoria hasta el punto del absurdo: ha de establecer el mundo ficticio del movimiento como una realidad tangible y operante de la vida cotidiana y, por otra parte, tiene que impedir que ese nuevo mundo desarrolle una nueva estabilidad; porque una estabilización de sus leyes e instituciones liquidaría seguramente al mismo movimiento y con él la esperanza de una eventual conquista mundial. El dirigente totalitario debe impedir a cualquier precio que la normalización alcance un punto en el que pueda desarrollarse un nuevo estilo de vida, uno que pueda, después de algún tiempo, perder sus cualidades bastardas y ocupar su lugar entre los estilos de vida enteramente diferentes y profundamente distintos de las naciones de la tierra. En el momento en el que las instituciones revolucionarias se convierten en un estilo nacional de vida (ese momento en el que Hitler afirma que el nazismo no es un artículo de exportación, o cuando Stalin asegura que el socialismo puede ser construido en un solo país, sería algo más que un intento de engañar al mundo no totalitario), el totalitarismo perdería su cualidad «total» y quedaría sujeto a la ley de las naciones según la cual cada una posee un territorio específico, un pueblo y una tradición histórica —una pluralidad que *ipso facto* rechaza cualquier afirmación de que cualquier forma específica de gobierno es absolutamente válida.

Prácticamente hablando, la paradoja del totalitarismo en el poder es que la posesión de todos los instrumentos de poder gubernamental y de violencia en un país no es precisamente un bien puro para un movimiento totalitario. Su desprecio por los hechos, su estricta adhesión a las normas de un mundo ficticio, se tornan más difíciles de mantener y, sin embargo, siguen siendo tan esenciales como antes. El poder significa un enfrentamiento directo con la realidad, y el totalitarismo en el poder está constantemente preocupado de

mayo de 1943, ordenaba que todos los hombres ligados a extranjeros por lazos familiares, por matrimonio o por amistad fueran eliminados del estado, del partido, de la Wehrmacht y de la economía; esta disposición afectó a 1.200 jefes de las SS (véanse los archivos de la Biblioteca Hoover, carpeta de Himmler, legajo 330).

hacer frente a este reto. La propaganda y la organización ya no bastan para afirmar que lo imposible es posible, que lo increíble es cierto, que una insana consistencia domina al mundo. El principal apoyo psicológico de la ficción totalitaria —el resentimiento activo contra el *statu quo* que las masas se niegan a aceptar como el único mundo posible— ya no está allí; cada migaja de información que se filtra a través del telón de acero, establecido contra la siempre amenazante inundación de la realidad del otro lado, del lado no totalitario, es un peligro más grande para la dominación totalitaria de lo que fue la contrapropaganda para los movimientos totalitarios.

La lucha por la dominación total de la población total de la tierra, la eliminación de toda realidad no totalitaria en competencia, es inherente a los mismos regímenes totalitarios; si no persiguen como objetivo último una dominación global, lo más probable es que pierdan todo tipo de poder que hayan ya conquistado. Incluso un solo individuo no puede ser absoluta y fiablemente dominado más que bajo condiciones totalitarias globales. Por eso la ascensión al poder significa primariamente el establecimiento de una sede oficial y oficialmente reconocida (o de sucursales en el caso de los países satélites) para el movimiento y la adquisición de una especie de laboratorio en el que realizar el experimento con, o, más bien, contra, la realidad, el experimento de organizar a un pueblo para unos objetivos últimos que desdeñan la individualidad tanto como la nacionalidad, bajo condiciones que son reconocidamente no perfectas, pero que resultan suficientes para obtener resultados parciales importantes. El totalitarismo en el poder utiliza la administración del estado para su fin de conquista mundial a largo plazo y para la dirección de las sucursales del movimiento; establece a la policía secreta como ejecutora y guardiana de su experimento doméstico de constante transformación de la realidad en ficción, y, finalmente, erige los campos de concentración como laboratorios especiales para realizar su experiencia de dominación total.

1. El llamado estado totalitario

La historia nos enseña que la subida al poder y la responsabilidad afectan profundamente a la naturaleza de los partidos revolucionarios. La experiencia y el sentido común estaban perfectamente justificados al esperar que el totalitarismo en el poder perdería gradualmente su empuje revolucionario y su carácter utópico, que la actividad cotidiana del gobierno y la posesión del poder real moderarían las afirmaciones de los movimientos formulados antes de la conquista del poder y destruirían paulatinamente el mundo ficticio de sus organizaciones. Al fin y al cabo, parece corresponder a la verdadera naturale-

za de las cosas personales o públicas el que las exigencias y los objetivos extremados sean frenados por condiciones objetivas, y que la realidad, tomada en conjunto, esté sólo en muy pequeño grado determinada por la inclinación a la ficción de una sociedad de masas de individuos atomizados.

Muchos de los errores del mundo no totalitario en sus relaciones diplomáticas con los gobiernos totalitarios (los más conspicuos fueron la confianza en el pacto de Múnich, con Hitler, y en los acuerdos de Yalta, con Stalin) pueden fácilmente atribuirse al hecho de una experiencia y de un sentido común que, repentinamente, demostraron haber perdido su contacto con la realidad. Contra todo lo que cabía esperar, las concesiones importantes y el considerable aumento de su prestigio internacional no ayudaron a reintegrar a los países totalitarios a la comunidad de naciones ni les indujeron a abandonar su falsa queja de que todo el mundo se hallaba sólidamente alineado contra ellos. Lejos de impedir esto, las victorias diplomáticas precipitaron claramente su inclinación a los instrumentos de violencia y determinaron en todos los casos un aumento de la hostilidad contra las potencias que se habían mostrado dispuestas al compromiso.

Estas decepciones sufridas por políticos y diplomáticos hallan su paralelo en las primeras desilusiones de los observadores benévolos y de los simpatizantes respecto de los nuevos gobiernos revolucionarios. Lo que ellos esperaban era el establecimiento de nuevas instituciones y la creación de un nuevo código legal que, por revolucionario que fuese en su contenido, conduciría a una estabilización de condiciones y frenaría así el impulso de los movimientos totalitarios al menos en los países donde se habían apoderado del poder. Lo que en vez de eso sucedió fue que el terror aumentó, tanto en la Rusia soviética como en la Alemania nazi, en proporción inversa a la existencia de una oposición política interna, de forma tal que pareció como si la oposición política hubiese sido no el pretexto del terror (como estaban dispuestos a afirmar los acusadores liberales del régimen), sino el último obstáculo a su completa furia⁸.

⁸ Es bien sabido que, en Rusia, «la represión de los socialistas y de los anarquistas ha crecido en intensidad en la misma proporción que ha aumentado la pacificación del país» (Anton Ciliga, *The Russian Enigma*, Londres, 1940, p. 24). Deutscher, *op. cit.*, p. 218, piensa que la razón de la desaparición del «espíritu libertario de la revolución» en el momento de la victoria puede hallarse en un cambio de actitud de los campesinos: se volvieron contra el bolchevismo «tanto más resueltamente cuanto más seguros estaban de que había quedado destrozado el poder de los terratenientes y de los generales blancos». Esta explicación parece más bien débil a la vista de las dimensiones que había de asumir el terror a partir de 1930. Además, no tiene en cuenta que el terror total no se desencadenó en la década de los años veinte, sino en la de los treinta, cuando la oposición de las clases campesinas ya no era un factor activo en la situación. También Jruschov (*op. cit.*) señala que las «medidas represivas extremas» no fueron empleadas contra la oposición durante la lucha contra los trots-

Aún más inquietante fue el trato que los regímenes totalitarios dispensaron a la cuestión constitucional. En los primeros años de su poder, los nazis promulgaron un alud de leyes y decretos, pero nunca se molestaron en abolir oficialmente la Constitución de Weimar; incluso dejaron más o menos intacta la Administración civil, hecho que indujo a muchos observadores nativos y extranjeros a esperar que operara como un freno del partido y a que se produjera una rápida normalización del nuevo régimen. Pero cuando llegó a su final esta evolución, con la promulgación de las leyes de Nuremberg, resultó que los mismos nazis no mostraban preocupación alguna por su propia legislación. Más bien existía «solamente el constante progreso hacia campos siempre nuevos», de forma tal que, finalmente, «el objetivo y alcance de la policía secreta del estado», tanto como los de otras instituciones del estado o del partido creadas por los nazis, no pudieron en manera alguna «hallarse cubiertos por las leyes y reglamentos por ellos promulgados»⁹. En la práctica, este estado permanente de ilegalidad halló expresión en el hecho de que «ya no se hacían públicos cierto número de reglamentos válidos»¹⁰. Teóricamente, este hecho correspondía a la afirmación de Hitler según la cual «el estado total no debe conocer diferencia alguna entre la ley y la ética»¹¹; porque, si se suponía

kyastas y los bujarinistas, sino que «la represión contra ellos comenzó» mucho más tarde, cuando ya hacía largo tiempo que habían sido derrotados.

El terror del régimen nazi alcanzó su cota máxima durante la guerra cuando la nación alemana se hallaba realmente «unida». Su preparación se remonta a 1936, cuando había desaparecido toda resistencia interna organizada y cuando Himmler propuso una expansión de los campos de concentración. Resulta característico este espíritu de opresión, sin relación con la resistencia, en el discurso pronunciado por Himmler en Jarkov en 1943 ante los jefes de las SS: «Sólo tenemos una tarea..., realizar sin piedad la lucha racial... Nunca permitiremos que se esfume esa excelente arma, la pavorosa y terrible reputación que nos precedió en las batallas por Jarkov, sino que le proporcionaremos constantemente un nuevo significado» (*Nazi Conspiracy*, IV, pp. 572 y ss.).

⁹ Véase Theodor Maunz, *op. cit.*, pp. 5 y 49. Por una observación fortuita de uno de sus juristas constitucionales puede deducirse cuán poco importaban a los nazis las leyes y reglamentos que ellos mismos habían promulgado y que eran publicados regularmente por W. Hoche bajo el título de *Die Gesetzgebung des Kabinetts Hitler* (Berlín, 1933 y ss.). Consideraba Maunz que, pese a la ausencia de un nuevo y amplio orden legal, nunca había tenido lugar una «amplia reforma» (véase «Die deutsche Polizei», de Ernst R. Huber, en *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, tomo 101, 1940-1941, pp. 273 y ss.).

¹⁰ Maunz, *op. cit.*, p. 49. Por lo que yo sé, Maunz es el único de los autores nazis que ha mencionado esta circunstancia y la ha subrayado suficientemente. Sólo a través de los cinco volúmenes de *Verfügungen, Anordnungen, Bekanntgaben*, que fueron compilados e impresos durante la guerra por la Cancillería del Partido, conforme a las instrucciones de Martin Bormann, es posible obtener un atisbo de esta legislación secreta por la que en realidad era gobernada Alemania. Según el prólogo, los volúmenes se hallaban «destinados solamente para el trabajo interno del partido y debían ser considerados confidenciales». Cuatro de estos volúmenes, evidentemente muy raros, comparados con los cuales la compilación de Hoche de la legislación del gobierno de Hitler es simplemente una fachada, se encuentran en la Biblioteca Hoover.

¹¹ Ésta fue la «advertencia» del Führer a los juristas en 1933, citada por Hans Frank, *Nationalsozialistische Leitsätze für ein neues deutsches Strafrecht*, segunda parte, 1936, p. 8.

que la ley válida es idéntica a la ética común y procedía de su conciencia, entonces no existía, desde luego, necesidad alguna de decretos públicos. La Unión Soviética, donde la Administración civil prerrevolucionaria fue exterminada durante la revolución y donde el régimen prestó escasa atención a las cuestiones constitucionales durante el período de cambio revolucionario, llegó incluso a tomarse la molestia de promulgar una Constitución enteramente nueva y muy elaborada, la de 1936 («un velo de frases liberales y de asertos con la guillotina al fondo») ¹², acontecimiento que fue jaleado en Rusia y en el exterior como la conclusión del período revolucionario. Sin embargo, la publicación de la Constitución resultó ser el comienzo de la gigantesca superpurga que en casi dos años liquidó la Administración existente y borró todos los rastros de vida normal y de recuperación económica que se habían desarrollado en los cuatro años siguientes a la liquidación de los *kulaks* y la colectivización forzosa de la población rural ¹³. Desde entonces, la Constitución de 1936 realizó exactamente el mismo papel que el desempeñado por la Constitución de Weimar bajo el régimen nazi; fue completamente marginada, pero jamás abolida. La única diferencia estribó en el hecho de que Stalin pudo permitirse un absurdo aún mayor: con la excepción de Vichinsky, todos aquellos que habían elaborado la nunca repudiada Constitución fueron ejecutados como traidores.

Lo que sorprende al observador del estado totalitario no es ciertamente su estructura monolítica. Al contrario, todos los verdaderos estudiosos del tema se hallan de acuerdo al menos acerca de la coexistencia (o el conflicto) de una autoridad dual, el partido y el estado. Muchos, además, han subrayado la peculiar «falta de forma» del estado totalitario ¹⁴. Thomas Masaryk vio

¹² Deutscher, *op. cit.*, p. 381. Hubo unos primeros intentos de establecer una Constitución en 1918 y en 1924. La reforma constitucional de 1944 bajo la cual algunas repúblicas soviéticas habían de tener sus propios representantes en el exterior y sus propios ejércitos fue una maniobra táctica concebida para lograr para la Unión Soviética algunos votos adicionales en las Naciones Unidas.

¹³ Véase Deutscher, *op. cit.*, p. 375. Tras una atenta lectura del discurso de Stalin relativo a la Constitución (su Informe al VIII Congreso Extraordinario de los Sóviets el 25 de noviembre de 1936), resulta evidente que nunca fue concebida como definitiva. Stalin declaró explícitamente: «Este es el marco de nuestra Constitución en el momento histórico dado. Así la redacción de la nueva Constitución representa la suma total del camino ya recorrido, la suma total de los logros ya existentes». En otras palabras, la Constitución estaba ya fechada en el momento en que fue anunciada y tenía simplemente un interés histórico. Que ésta no es simplemente una interpretación arbitraria lo demostró Molotov, quien, en su discurso sobre la Constitución, recoge el tema de Stalin y subraya la naturaleza provisional de toda la cuestión. «Hemos realizado la fase primera e inferior del comunismo. Ni siquiera ha sido completada esta primera fase del comunismo, la del socialismo; sólo se ha erigido el armazón de su estructura» (véase *Die Verfassung des Sozialistischen Staates der Arbeiter und Bauern*, Ediciones Prométhée, Estrasburgo, 1937, pp. 42 y 84).

¹⁴ «La vida constitucional alemana queda así caracterizada, en contraste con la de Italia, por su profunda falta de forma» (Franz Neumann, *Behemoth*, 1942, apéndice, p. 521).

muy pronto que el «llamado sistema bolchevique nunca había sido nada más que una completa ausencia de sistema»¹⁵; y es perfectamente cierto que «incluso un experto se volvería loco si tratara de desvelar las relaciones entre el partido y el estado» del III Reich¹⁶. También se ha observado frecuentemente que la relación entre las dos fuentes de la autoridad, entre el estado y el partido, es de ostensible autoridad, de forma tal que la maquinaria del gobierno es habitualmente descrita como la fachada carente de poder que oculta y protege al verdadero poder del partido¹⁷.

Todos los niveles de la maquinaria administrativa del III Reich se hallaban sujetos a una curiosa duplicación de organismos. Con una fantástica perfección, los nazis se aseguraron de que cada función de la Administración del estado estuviera duplicada por algún órgano del partido¹⁸: la división de Alemania, trazada por la Constitución de Weimar, en estados y provincias fue duplicada por la división nazi en *Gaue*, cuyas fronteras, sin embargo, no coincidían, de forma tal que cada localidad pertenecía, incluso geográficamente, a dos unidades administrativas completamente diferentes¹⁹. Y la duplicación de funciones no fue abandonada cuando, después de 1933, nazis relevantes ocuparon los ministerios oficiales del estado, cuando Frick, por ejemplo, se convirtió en ministro del Interior o Guerthner en ministro de Justicia. Estos antiguos y leales miembros del partido perdieron su poder y se

¹⁵ Cita de Boris Souvarine, *Stalin: A Critical Survey of Bolshevism*, Nueva York, 1939, p. 695.

¹⁶ Stephen H. Roberts, *The House that Hitler Built*, Londres, 1939, p. 72.

¹⁷ El juez Robert H. Jackson, en su discurso de apertura de los procesos de Nuremberg, basó concientemente su descripción de la estructura política de la Alemania nazi en la coexistencia de «dos gobiernos en Alemania: el auténtico y el ostensible. Durante cierto tiempo fueron mantenidas las formas de la República alemana, y éste fue el gobierno exterior y visible. Pero la verdadera autoridad en el estado se hallaba al margen y por encima de la ley y descansaba en el cuerpo directivo del partido nazi» (*Nazi Conspiracy*, I, 125). Véase también la distinción de Roberts, *op. cit.*, p. 101, entre el partido y un estado fantasmal: «Obviamente, Hitler se inclinaba hacia el aumento de la duplicación de funciones».

Los estudiosos de la Alemania nazi parecen estar de acuerdo en señalar que el estado sólo poseía una autoridad ostensible. Para la única excepción, véase *The Dual State*, de Ernst Fraenkel, Nueva York y Londres, 1941, que afirma la coexistencia de un «estado normativo y un estado prerrogativo» viviendo en fricción constante como «partes competitivas y no complementarias del Reich alemán». Según Fraenkel, el estado normativo era mantenido por los nazis para la protección del orden capitalista y de la propiedad privada y poseía plena autoridad en todas las cuestiones económicas, mientras que el estado prerrogativo del partido gobernaba de forma suprema en todas las cuestiones políticas.

¹⁸ «Para las posiciones de poder en el estado que los nacionalsocialistas no pudieron ocupar con su propia gente crearon los correspondientes "organismos en la sombra" en su propia organización del partido, estableciendo de esta manera un segundo estado junto al estado...» (Konrad Heiden, *Der Fuehrer: Hitler's Rise to Power*, Boston, 1944, p. 616).

¹⁹ O. C. Giles, *The Gestapo*, Oxford Pamphlets on World Affairs, núm. 36, 1940, describe la constante superposición de los departamentos del partido y del estado.

tornaron tan carentes de influencia como otros funcionarios públicos. Ambos se hallaban sometidos a la autoridad de hecho de Himmler, el jefe de la policía en ascenso que normalmente habría debido ser un subordinado del ministro del Interior²⁰. Mejor conocido en el exterior fue el destino del antiguo Ministerio alemán de Asuntos Exteriores de la Wilhelmstrasse. Los nazis dejaron su personal casi intacto y desde luego jamás suprimieron el Ministerio; sin embargo, al mismo tiempo mantuvieron la Oficina de Asuntos Exteriores del partido, que existía desde antes de la conquista del poder y que era dirigida por Rosenberg²¹; y como esta oficina se había especializado en el mantenimiento de contactos con las organizaciones fascistas en Europa oriental y en los Balcanes, establecieron otro órgano para competir con el Ministerio de la Wilhelmstrasse, el llamado Ribbentrop Buró, que se ocupaba de los asuntos exteriores en Occidente y que sobrevivió al nombramiento de su jefe como embajador en Inglaterra, es decir, a su incorporación al aparato oficial de la Wilhelmstrasse. Finalmente, además de estas instituciones del partido, el Ministerio de Asuntos Exteriores recibió otra duplicación bajo la forma de otra oficina de las SS, que era responsable «de la negociación con todos los grupos racialmente germánicos de Dinamarca, Noruega, Bélgica y Holanda»²². Estos ejemplos demuestran que para los nazis la duplicación de organismos era una cuestión de principio, y no sólo un medio para proporcionar puestos a los miembros del partido.

²⁰ Resulta característico un memorándum del ministro del Interior, Frick, quien denotaba su resentimiento por el hecho de que Himmler, jefe de las SS, tuviera un poder superior (véase *Nazi Conspiracy*, III, 547). Interesantes al respecto son las notas de Rosenberg acerca de un debate con Hitler en 1942: antes de la guerra, Rosenberg nunca había desempeñado un cargo de estado, pero pertenecía al círculo íntimo de Hitler. Ahora que se había convertido en ministro del Reich para los Territorios Ocupados en el Este, se enfrentaba constantemente con las «acciones directas» de otros plenipotenciarios (principalmente hombres de las SS), que le despreciaban porque ahora pertenecía al aparato ostensible del estado (véase *ibíd.*, IV, pp. 65 y ss.). Lo mismo le sucedió a Hans Frank, gobernador general de Polonia. Hubo solamente dos casos en los que la obtención de una categoría ministerial no supuso pérdida alguna de poder o de prestigio: el del ministro de Propaganda, Goebbels, y el del ministro del Interior, Himmler. Respecto de Himmler poseemos un memorándum, presumiblemente del año 1935, que refleja la simplicidad sistemática de los nazis en la regulación de las relaciones entre el partido y el estado. Este memorándum, que aparentemente surgió del círculo inmediato de Hitler y fue hallado entre la correspondencia del *Reichsadjutantur* y la Gestapo, contiene una advertencia contra el nombramiento de Himmler como subsecretario del Ministerio del Interior, porque en este caso «ya no podría ser un jefe político» y «quedaría apartado del partido». Aquí también hallamos mencionado el principio técnico que regulaba las relaciones entre el partido y el estado: «Un *Reichsleiter* [un alto funcionario del partido] no debe estar subordinado a un *Reichminister* [un alto funcionario del estado]». (Este memorándum, sin fecha y sin firma, y titulado *Die geheime Staatspolizei*, puede ser hallado en los archivos de la Biblioteca Hoover, carpeta P. Wiedemann.)

²¹ Véase el «Brief Report on Activities of Rosenberg's Foreign Affairs Bureau of the Party from 1933 to 1943», *ibíd.*, III, pp. 27 y ss.

²² Basada en un decreto del Führer del 12 de agosto de 1942. Véase *Verfügungen, Anordnungen, Bekanntgaben*, *op. cit.*, núm. A 54/42.

La misma división entre un gobierno real y uno ostensible se desarrolló desde sus comienzos en la Rusia soviética²³. El gobierno ostensible surgió originariamente del Congreso Soviético Panruso, que durante la guerra civil perdió su influencia y su poder en beneficio del partido bolchevique. Este proceso comenzó cuando el Ejército Rojo se tornó autónomo y la policía política fue reinstaurada como órgano del partido y no del Congreso de los Sóviets²⁴; quedó completado en 1923, durante el primer año del secretariado general de Stalin²⁵. Desde entonces, los sóviets se convirtieron en el gobierno fantasma en cuyo centro, a través de las células constituidas por los miembros del partido, actuaban los representantes del verdadero poder, que eran nombrados por el Comité Central de Moscú y respondían ante él. El punto crucial en el desarrollo ulterior no fue la conquista de los sóviets por el partido, sino el hecho de que, «aunque no hubieran presentado dificultades, los bolcheviques no realizaron la abolición de los sóviets y los utilizaron como el símbolo decorativo exterior de su autoridad»²⁶.

La coexistencia de un gobierno ostensible y de un gobierno real fue por eso parcialmente resultado de la misma revolución y precedió a la dictadura totalitaria de Stalin. Sin embargo, mientras los nazis retuvieron simplemente la administración existente y la privaron de todo poder, Stalin tuvo que revivir su gobierno fantasma, que a comienzos de la década de los años treinta había perdido todas sus funciones y estaba medio olvidado en Rusia; introdujo la Constitución soviética como el símbolo de la existencia, tanto como de la carencia de poder, de los sóviets (ninguno de sus párrafos tuvo el más mínimo significado práctico para la vida y para la jurisdicción en Rusia). El gobierno ruso ostensible, completamente carente del atractivo de la tradición, tan necesario para una fachada, precisaba aparentemente del sagrado halo de la ley escrita. El desafío totalitario a la ley y a la legalidad —que «a pesar de los grandes cambios... sigue [permaneciendo como] la expresión de un

²³ «Tras el gobierno ostensible existía un gobierno auténtico», que Victor Kravchenko (*I Chose Freedom: The Personal Life of a Soviet Official*, Nueva York, 1946, p. 111) vio en el «sistema de la policía secreta».

²⁴ Véase *A History of Bolshevism*, de Arthur Rosenberg, Londres, 1934, capítulo VI. «Hay, en realidad, dos edificios políticos en Rusia que se alzan paralelos: el gobierno fantasmal de los sóviets y el gobierno de *facto* del Partido bolchevique.»

²⁵ Deutscher, *op. cit.*, pp. 255-256, recapitula el informe de Stalin al XII Congreso del Partido sobre el trabajo del departamento de personal durante su primer año en la Secretaría General: «El año anterior sólo el 27 por ciento de los dirigentes regionales de los sindicatos eran miembros del partido. Ahora eran comunistas el 57 por ciento. El porcentaje de comunistas en la gerencia de las cooperativas ha pasado del 5 al 50 por ciento; y en los puestos de mando de las fuerzas armadas, del 16 al 24. Lo mismo sucedió en todas las demás instituciones que Stalin describió como las «correas de transmisión» que unen al partido con el pueblo.»

²⁶ Arthur Rosenberg, *op. cit.*, *loc. cit.*

orden constante deseado»²⁷ —encontró en la Constitución escrita soviética o en la nunca repudiada Constitución de Weimar un fondo permanente para su propia ilegalidad, el permanente reto al mundo no totalitario y a sus normas, cuyo desamparo e impotencia podían ser manifestados diariamente²⁸.

La duplicación de organismos y la división de autoridad, la coexistencia del poder real y del ostensible, son suficientes para crear la confusión, pero no para explicar la «falta de forma» de toda la estructura. No debería olvidarse que sólo un edificio puede tener una estructura, pero que un movimiento, si la palabra ha de ser tomada tan seria y literalmente como la tomaban los nazis, sólo puede tener una dirección, y que cualquier forma de estructura legal o gubernamental únicamente puede ser un obstáculo para un movimiento que está siendo impulsado con creciente velocidad en una determinada dirección. Incluso en la fase previa a la conquista del poder, los movimientos totalitarios representaban a aquellas masas que ya no deseaban vivir en ningún tipo de estructura, fuera cual fuese su naturaleza; masas que habían comenzado a moverse con objeto de rebasar las fronteras legales y geográficas firmemente protegidas por el gobierno. Por eso, juzgados por nuestras concepciones del gobierno y de la estructura del estado, estos movimientos, mientras que se encuentran físicamente limitados a un territorio específico, deben tratar de destruir todas las estructuras, y para esta destrucción voluntaria no sería suficiente una simple duplicación de todos los organismos en las instituciones del partido y del estado. Como la duplicación supone una relación entre la fachada del estado y el núcleo interno del partido, también esto conduciría eventualmente a algún tipo de estructura en la que las relaciones entre el partido y el estado acabarían automáticamente en una regulación legal que restringiría y estabilizaría su respectiva autoridad²⁹.

²⁷ Maunz, *op. cit.*

²⁸ El profesor R. Hoehn, jurista y *Obersturmbannführer*, expresó esto con las siguientes palabras: «Y hay todavía algo a lo que tienen que acostumbrarse los extranjeros y también los alemanes: es decir, que la tarea de la policía secreta del estado... ha sido asumida por una comunidad de personas, originada dentro del movimiento y que sigue enraizada en él. Que cabe mencionar de pasada que el célebre ministro del estado no tiene realmente en cuenta este hecho» (*Grundfragen der deutschen Polizei*. Informe sobre la sesión constituyente de la Comisión de la Ley Policial de la Academia del Derecho Alemán, 11 de octubre de 1936, Hamburgo, 1937, con apuraciones de Frank Himmler y Hoehn).

²⁹ Por ejemplo, un intento semejante por circunscribir las responsabilidades separadas y por contrarrestar la «anarquía de autoridad» fue el realizado por Hans Frank en *Recht und Verwaltung*, 1939, y de nuevo en un discurso bajo el título de *Technik des Staates*, en 1941. Expresó la opinión de que las «garantías legales» no eran «prerrogativa de los sistemas liberales de gobierno» y que la administración debería seguir siendo gobernada, como anteriormente, por las leyes del Reich, que eran ahora inspiradas y guiadas por el programa del partido nacionalsocialista. Precisamente porque Hitler deseaba evitar a cualquier precio semejante nuevo orden legal fue por lo que nunca reconoció el programa del partido nazi. Se mostraba inclinado a hablar con desprecio de los miembros del partido que formulaban semejantes propuestas, describiéndoles como «eternamente ligados al pasado», como personas «que son incapaces de saltar sobre su propia sombra» (Felix Kersten, *Totenkopf und Treue*, Hamburgo).

De hecho, la duplicación de organismos, en apariencia resultado del problema del partido estatal en todas las dictaduras unipartidistas, es sólo el signo más conspicuo de un fenómeno más complicado que resulta mejor definido como multiplicación de organismos que como duplicación de éstos. Los nazis no se contentaron con establecer *Gaue* junto a las antiguas provincias, sino que también introdujeron muchas otras divisiones geográficas conforme a las diferentes organizaciones del partido: las unidades territoriales de las SA no se correspondían con los *Gaue* ni con las provincias: diferían, además, de las de las SS, y ninguna de ellas correspondía a las zonas en las que se dividían las Juventudes Hitlerianas³⁰. A esta confusión geográfica debe añadirse el hecho de que la relación original entre el poder real y el ostensible se repetía en todas partes, aunque en una forma siempre variable. El habitante del III Reich de Hitler vivía no sólo bajo las autoridades simultáneas y a menudo en conflicto de los poderes en competencia, tales como la Administración civil, el partido, las SA y las SS; nunca podía hallarse seguro y jamás se le decía explícitamente a qué autoridad debía considerar por encima de todas las demás. Tenía que desarrollar un tipo de sexto sentido para conocer en un momento dado a quién obedecer y a quién desoír.

Por otra parte, aquellos que tenían que ejecutar órdenes que la jefatura, en interés del movimiento, consideraba como genuinamente necesarias —en contraste con las medidas gubernamentales, tales órdenes eran, desde luego, exclusivamente confiadas a las formaciones del partido— no se hallaban en mejor situación. Fundamentalmente, tales órdenes eran «intencionadamente vagas y formuladas con la esperanza de que quien las recibía reconocería la intención del que expresaba la orden y actuaría conforme a ello»³¹; porque las

³⁰ «Los 32 *Gaue*... no coinciden con las regiones administrativas o militares, ni siquiera con las 21 divisiones de las SA, o con las 10 regiones de las SS, o con las 23 zonas de las Juventudes Hitlerianas... Tales discrepancias son aún más notables dado que no existe razón para ellas» (Roberts, *op. cit.*, p. 98).

³¹ Documentos de Nuremberg, PS 3063, en el «Centre de Documentation Juive», en París. El documento es un informe del tribunal superior del partido acerca de «acontecimientos y actos de los tribunales del partido relacionadas con las manifestaciones antisemitas del 9 de noviembre de 1938». Sobre la base de las investigaciones realizadas por la policía y por la oficina del fiscal superior, el tribunal llegó a la conclusión de que «todos los jefes del partido deben haber comprendido las instrucciones verbales del *Reichspropagandaleiter* en el sentido de que, para el exterior, el partido no desea aparecer como instigador de la manifestación, pero que en realidad tenía que organizarla y realizarla... El recame de los escalones de mando ha mostrado... que el nacionalsocialista activo, moldeado en la lucha previa a la conquista del poder (*Kampfzeit*), da por supuesto que las acciones en las que el partido no desea aparecer en el papel de organizador no son ordenadas con inequívoca claridad y hasta el último detalle. Por eso está acostumbrado a comprender que una orden puede significar algo más que su contenido verbal, ya que se ha hecho más o menos rutinario que el que da la orden, en interés del partido... no diga todo y sólo insinúe lo que quiere que se logre mediante la orden... Así, las... órdenes —por ejemplo... que no se debería culpar al judío Grinspan, sino a toda la

formaciones de élite en manera alguna estaban simplemente obligadas a obedecer las órdenes del Führer (esto era, por lo demás, obligatorio para todas las organizaciones existentes), sino a ejecutar la *voluntad* de la jefatura³². Y, como puede suponerse por los laboriosos procesos concernientes a «excesos» ante los tribunales del partido, esto no era en manera alguna una y la misma cosa. La única diferencia radicaba en que las formaciones de élite, gracias a su adoctrinamiento especial para tales fines, habían sido preparadas para comprender que ciertas «indicaciones significaban más que su simple contenido verbal»³³.

Técnicamente hablando, el movimiento, dentro del aparato de dominación totalitaria, deriva su movilidad del hecho de que la jefatura desplaza constantemente el centro real del poder, a menudo hacia otras organizaciones, pero sin disolver o denunciar públicamente a los grupos que han sido así privados de su poder. En el primer período del régimen nazi, inmediatamente después del incendio del Reichstag, las SA eran la verdadera autoridad, y el partido, la autoridad ostensible; el poder se desplazó después de las SA a las SS y, finalmente, de las SS al Servicio de Seguridad³⁴. El hecho es que ninguno de los órganos del poder llegó a ser siquiera privado de su derecho a pretender que encarnaba la voluntad del jefe³⁵. Pero no sólo era la voluntad del jefe tan inestable que, en comparación con ella, los caprichos de los déspotas

judería, por la muerte del camarada del partido von Rath..., tendrían que llevarse pistolas... cada hombre de las SA debería saber lo que tenía que hacer— fueron entendidas por cierto número de subjeses en el sentido de que debería derramarse sangre judía por la sangre del camarada del partido von Rath...». Es especialmente significativo el final del informe, en el que el tribunal superior del partido señala abiertamente una excepción a estos métodos: «Cuestión muy diferente es si, en interés de la disciplina, no debe ser relegada al pasado la orden, que es intencionadamente vaga y que ha sido formulada con la esperanza de que quien la reciba reconocerá la intención del que la da y actúe de conformidad». Aquí también hubo personas que, en palabras de Hitler, «fueron incapaces de saltar sobre su propia sombra» e insistieron en medidas legislativas porque no comprendían que la ley suprema no era la orden, sino la *voluntad* del Führer. Resulta particularmente clara la diferencia entre la mentalidad de las formaciones de élite y las de los organismos del partido.

³² Best (*op. cit.*) lo expresa de esta forma: «Mientras los policías ejecuten la voluntad de la jefatura, estarán actuando dentro de la ley; si es transgredida la voluntad de la jefatura, no es la policía, sino un miembro de la policía el que ha cometido una violación».

³³ Véase nota 31.

³⁴ En 1933, tras el incendio del Reichstag, «los jefes de las SA eran más poderosos que los *Gauleiter*. También negaron obediencia a Goering». Véase la declaración jurada de Rudolf Diels en *Nazi Conspiracy*, V, p. 224; Diels fue jefe de la policía política bajo Göring.

³⁵ Obviamente, las SA acusaron su pérdida de categoría y de poder dentro de la jerarquía nazi y trataron desesperadamente de guardar las apariencias. En sus publicaciones —*Der SA-Mann*, *Das Archiv*, etc.— pueden hallarse muchas indicaciones veladas y claras de su imponente rivalidad con las SS. Más interesante es el hecho de que Hitler todavía en 1936, cuando las SA habían perdido ya su poder, las tranquilizara en un discurso: «Todo lo que sois, lo sois por mí; y todo lo que yo soy solamente lo soy por vosotros». Véase Ernst Bayer, *Die SA*, Berlín, 1938. Citas de *Nazi Conspiracy*, IV, p. 782.

orientales son un brillante ejemplo de constancia; la división consistente y siempre cambiante entre la autoridad real secreta y la representación abierta y ostensible convertía a la sede real del poder en un misterio por definición, y ello hasta tal grado que los mismos miembros de la camarilla dominante no podían estar nunca absolutamente seguros de su propia posición en la jerarquía secreta del poder. Alfred Rosenberg, por ejemplo, a pesar de su larga carrera en el partido y de su impresionante acumulación de poder ostensible y de cargos en la jerarquía del partido, todavía hablaba de la creación de una serie de estados en Europa oriental como muralla de seguridad frente a Moscú en una época en que los investidos del verdadero poder ya habían decidido que ninguna estructura estatal sucedería a la derrota de la Unión Soviética y que la población de los territorios ocupados del este carecería definitivamente de estado y por ello podría ser exterminada³⁶. En otras palabras, como el conocimiento de aquel a quien hay que obedecer y una consolidación comparativamente permanente de la jerarquía introducían un elemento de estabilidad que está esencialmente ausente de la dominación totalitaria, los nazis repudiaban constantemente la autoridad real allí donde surgía a la luz y creaban nuevos ejemplos de gobiernos, comparados con los cuales el antiguo se convertía en un gobierno fantasma —juego que, como es lógico, podía continuar indefinidamente. Una de las diferencias técnicas más importantes entre el sistema soviético y el nacionalsocialista es que Stalin, allí donde desplazaba el énfasis del poder de un aparato a otro, tendía a liquidar al aparato junto con su personal, mientras que Hitler, a pesar de sus desdénosos comentarios acerca de personas que «son incapaces de saltar sobre sus propias sombras»³⁷, se mostraba perfectamente descoso de continuar utilizando estas sombras, aunque fuera en otra función.

La multiplicación de organismos resultó extremadamente útil para el constante desplazamiento del poder; cuanto más tiempo, además, permanece en el poder un régimen totalitario, mayor es el número de organismos y la posibilidad de cargos exclusivamente dependientes del movimiento, dado que no es suprimido ningún organismo al ser liquidada su autoridad. El régimen nazi comenzó esta multiplicación con una coordinación inicial de todas

³⁶ Compárese el discurso de Rosenberg en junio de 1941 —«Creo que nuestra tarea política consistirá en... organizar a estos pueblos en ciertos tipos de cuerpos políticos... y en constituirlos contra Moscú— con el «Memorandum sin fecha para la administración de los territorios ocupados del este: «Con la disolución de la URSS tras su derrota, no quedará ningún cuerpo político en los territorios del este, y por eso... no quedará nacionalidad para su población» (*Trial of the Major War Criminals*, Nuremberg, 1947, CCVI, pp. 616 y 604, respectivamente).

³⁷ *Hitlers Tischgespräche*, Bonn, 1951, p. 213. Hitler se refiere a algunos altos funcionarios nazis que abrigaban reservas acerca del asesinato sin remordimiento de aquellos a los que describía como «charra humana» (*Genox*) (véanse pp. 248 y ss.).

las asociaciones, sociedades e instituciones existentes. Lo interesante en esta manipulación de alcance nacional fue que la coordinación no significó la incorporación a las respectivas organizaciones del partido ya existentes. El resultado fue que hasta el final del régimen no hubo una sino dos organizaciones estudiantiles nacionalsocialistas, dos organizaciones femeninas nazis, dos organizaciones de profesores universitarios, dos de abogados, dos de médicos, etc.³⁸. No era en manera alguna seguro que en todos los casos fuera la organización originaria del partido más poderosa que su contrapartida coordinada³⁹. Nadie podía predecir con seguridad qué órgano del partido se alzaría dentro de las filas de la jerarquía interna del partido⁴⁰.

Un ejemplo clásico de esta deliberada falta de forma sucedió en la organización del antisemitismo científico. En 1933 se fundó en Múnich un instituto para el estudio de la cuestión judía («Institut zur Erforschung der Judenfrage»), que, dado que la cuestión judía había presumiblemente determinado toda la historia alemana, amplió rápidamente sus dimensiones hasta convertirse en un instituto de investigaciones sobre la historia moderna de Alemania. Dirigido por el bien conocido historiador Walter Frank, transformó las facultades tradicionales en cátedras de enseñanza ostensible o simples fachadas. En 1940 se fundó en Frankfurt otro instituto para el estudio de la cuestión judía, bajo la dirección de Alfred Rosenberg, cuyo nivel como miembro del partido era considerablemente elevado. El instituto de Múnich, en consecuencia, fue relegado a una existencia fantasmal. Se suponía que la institución de Frankfurt y no la de Múnich era la que había de recibir los tesoros del saqueo de las colecciones de los judíos europeos y la que había de convertirse

³⁸ Por lo que se refiere a la variedad de organizaciones superpuestas del partido, véanse *Rang- und Organisationsliste der NSDAP* Stuttgart, 1947, y *Nazi Conspiracy*, I, 178, que distingue cuatro categorías principales: 1) *Gliederungen der NSDAP*, existentes antes de la subida al poder; 2) *Angeschlossene Verbände der NSDAP*, que comprende aquellas sociedades que habían sido coordinadas; 3) *Betreute Organisationen der NSDAP*; y 4) *Weitere nationalsozialistische Organisationen*. Casi en cada categoría se puede encontrar una diferente organización estudiantil femenina de maestros y trabajadores.

³⁹ La gigantesca organización de obras públicas, dirigida por Todt y más tarde por Albert Speer, fue creada por Hitler al margen de todas las jerarquías y afiliaciones del partido. Puede que esta organización fuera utilizada contra la autoridad del partido e incluso de las organizaciones policíacas. Resulta notable que Speer pudiera arriesgarse a señalar a Hitler (durante una conferencia en 1942) la imposibilidad de organizar la producción bajo el régimen de Himmler y que incluso llegara a pedir jurisdicción sobre la mano de obra esclava y los campos de concentración. Véase *Nazi Conspiracy*, I, pp. 916-917.

⁴⁰ Una sociedad tan inocua y carente de importancia como, por ejemplo, la NSKK (organización de automovilistas nacionalsocialistas, fundada en 1930) se vio de repente alzada, en 1933, al estatus de formación de élite, compartiendo con las SA y las SS el privilegio de ser una unidad de afiliación independiente dentro del partido. Nada siguió a este ascenso en la jerarquía nazi. Retrospectivamente, todo parece una vana amenaza a las SA y a las SS.

en sede de una amplia biblioteca sobre el judaísmo. Sin embargo, cuando unos pocos años más tarde llegaron realmente a Alemania estas colecciones, sus más preciados ejemplares no fueron a Frankfurt, sino a Berlín, donde fueron recibidos por el departamento especial de la Gestapo de Hitler para la liquidación (y no simplemente el estudio) de la cuestión judía, que era dirigido por Eichmann. Ninguna de las instituciones anteriores llegó a ser suprimida, de forma tal que en 1944 la situación era ésta: tras la fachada de los departamentos universitarios de historia se alzaba amenazador el poder más real del instituto de Múnich; tras éste se elevaba el instituto de Rosenberg, en Frankfurt, y sólo tras estas tres fachadas, oculto y protegido por ellas, descansaba el centro real de la autoridad, el *Reichssicherheitshauptamt*, una división especial de la Gestapo.

La fachada del gobierno soviético, a pesar de su Constitución escrita, es aún menos impresionante, erigida aún más exclusivamente para la observación exterior que la Administración del estado que los nazis heredaron de la República de Weimar y que conservaron. Careciendo de la acumulación original de organismos en el período de coordinación, el régimen soviético se apoya aún más en la constante creación de nuevos organismos para colocar en la sombra a los antiguos centros de poder. El gigantesco aumento del aparato burocrático inherente a este método fue frenado por una repetida liquidación mediante las purgas. Sin embargo, también en Rusia podemos distinguir al menos tres organizaciones estrictamente separadas: el aparato soviético o estatal, el aparato del partido y el aparato de la NKVD, cada uno de los cuales tiene su propio departamento independiente de economía, un departamento político, un Ministerio de Educación y Cultura, un departamento militar, etc.⁴¹

En Rusia, el poder ostensible de la burocracia del partido contra el poder real de la policía secreta corresponde a la duplicación originaria del partido y del estado, tal como se conoció en la Alemania nazi, y la multiplicación se torna evidente sólo en la misma policía secreta, que es una red extremadamente complicada y completamente ramificada de agentes, dentro de la cual a cada departamento se le asigna la tarea de supervisar y espiar al otro. Cada empresa de la Unión Soviética cuenta con su departamento especial de la policía secreta, que espía indistintamente a los miembros del partido y al personal ordinario. Coexistente con este departamento hay otra división de la policía en el mismo partido, que también vigila a todo el mundo, incluyendo a los agentes de la NKVD, y cuyos miembros no son conocidos de la organización rival. Además de estas dos organizaciones de espionaje hay que contar

⁴¹ F. Beck y W. Godin, *Russian Purge and the Extraction of Confession*, 1951, p. 153.

con los sindicatos en las fábricas, que deben vigilar que los trabajadores cumplan las cuotas prescritas. Mucho más importante, sin embargo, que estos aparatos es «el departamento especial» de la NKVD, que representa «una NKVD dentro de la NKVD», es decir, una policía secreta dentro de la policía secreta⁴². Todos los informes de estas organizaciones policíacas en competencia acaban en el Comité Central de Moscú y en el Politburó. Allí se decide cuál de los informes es el decisivo y a qué división policíaca se le confiarán las respectivas medidas policíacas. Ni el habitante medio del país ni ninguno de los departamentos de policía conoce, desde luego, cuál será la decisión; hoy puede ser la división especial de la NKVD; mañana, la red de agentes del partido; al día siguiente pueden ser los comités locales o alguna de las organizaciones regionales. Entre todos estos departamentos no existe una jerarquía legalmente enraizada del poder o de la autoridad; la única certidumbre es que, eventualmente, uno de ellos será elegido para encarnar «la voluntad de la jefatura».

La única regla de la que todo el mundo puede estar seguro en un estado totalitario es que, cuanto más visibles son los organismos del gobierno, menor es su poder, y que cuanto menos se conoce una institución, más poderosa resultará ser en definitiva. De acuerdo con esta norma, los sóviets, reconocidos por una Constitución escrita como la más alta autoridad del estado, tienen menos poder que el partido bolchevique; el partido bolchevique, que recluta abiertamente a sus afiliados y es reconocido como la clase dominante, tiene menos poder que la policía secreta; el poder auténtico comienza donde empieza el secreto. A este respecto, los estados nazi y bolchevique eran muy parecidos. Su diferencia descansaba principalmente en la monopolización y en la centralización de los servicios secretos policíacos en Hitler, por una parte, y, por otra, en el haz de actividades policíacas aparentemente no relacionadas ni conectadas, en Rusia.

Si consideramos el estado totalitario exclusivamente como un instrumento de poder y dejamos al margen los aspectos de su eficiencia administrativa, su capacidad industrial y su productividad económica, entonces su falta de forma resulta ser un instrumento idealmente apto para la realización del llamado principio del jefe. Una continua competencia entre organismos que no sólo tienen funciones superpuestas, sino que se hallan encargados de idén-

⁴² *Ibid.*, pp. 159 y ss. Según otros informes, existen diferentes ejemplos de la vacilante multiplicación del aparato de la policía soviética, principalmente las asociaciones locales y regionales de la NKVD, que trabajan independientemente unas de otras y que tienen su configuración en las redes locales y regionales de agentes del partido. Corresponde a la naturaleza de las cosas el hecho de que conozcamos de las condiciones rusas considerablemente menos que lo que conocemos de la Alemania nazi, especialmente por lo que se refiere a detalles organizativos.

ticas tareas⁴³, no deja casi ninguna posibilidad de ser efectivos a la oposición o al sabotaje; un rápido desplazamiento en el énfasis que relegue a un organismo a la sombra y eleve a otro a la autoridad puede resolver todos los problemas sin que nadie llegue a ser consciente del cambio o del hecho de que haya existido oposición, siendo ventaja adicional del sistema la probabilidad de que el organismo en competencia jamás llegue a conocer su derrota, dado que no es suprimido en absoluto (como en el caso del régimen nazi) o es liquidado mucho más tarde, sin relación alguna aparente con la cuestión específica. Esto puede realizarse aún más fácilmente dado que nadie, excepto los pocos iniciados, conoce la relación exacta entre las autoridades. Sólo de vez en cuando el mundo no totalitario capta un atisbo de estas condiciones, como, por ejemplo, cuando un alto funcionario en el exterior confiesa que un oscuro empleado administrativo de una embajada era su superior inmediato. En retrospectiva, a menudo es posible determinar por qué ocurrió semejante pérdida de poder o, más bien, lo que en definitiva sucedió. Por ejemplo, no es difícil de comprender hoy por qué, cuando estalló la guerra, personas como Alfred Rosenberg o Hans Frank fueron destinadas a cargos del estado y eliminadas así del verdadero centro del poder, es decir, del círculo íntimo del Führer⁴⁴. Lo importante es que no solamente no conocían las razones de semejantes actos, sino que, presumiblemente, ni siquiera sospecharon que, puestos en apariencia tan relevantes como el de gobernador general de Polonia o el de ministro del Reich para todos los territorios orientales, no significaban la cota máxima, sino el final de sus carreras en el nacionalsocialismo. El principio del jefe no establece una jerarquía en el estado totalitario más de lo que lo hace en el movimiento totalitario; la autoridad no se filtra desde arriba a través de capas sucesivas hasta llegar a la base del cuerpo político, tal como sucede en los regímenes autoritarios. La razón de hecho es que no existe jerarquía sin autoridad y que, a pesar de los numerosos malentendidos relativos a la llamada «personalidad autoritaria», el principio de la autoridad es en todos los aspectos importantes diametralmente opuesto al de la dominación totalitaria. Al margen por completo de sus orígenes en la historia romana, la autoridad, cualquiera que sea su forma, siempre significa

⁴³ Según el testimonio de uno de sus antiguos subordinados (*Nazi Conspiracy*, VI, p. 461), era «especialidad de Himmler dar una misma tarea a dos personas diferentes».

⁴⁴ En el ya mencionado discurso (véase nota 29), Hans Frank mostró que hasta cierto punto deseaba estabilizar el movimiento, y sus numerosas quejas como gobernador general de Polonia atestiguan una completa falta de comprensión de las tendencias deliberadamente antiutilitarias de la política nazi. No puede comprender por qué los pueblos sometidos son exterminados en vez de explotados. Rosenberg, a los ojos de Hitler, era racialmente inseguro, porque pretendía establecer estados satélites en los territorios conquistados del este y no comprendía que la política demográfica de Hitler se orientaba hacia el despoblamiento de estos territorios.

una restricción o una limitación de la libertad, pero nunca su abolición. La dominación totalitaria, empero, se orienta a la abolición de la libertad, incluso a la eliminación de la espontaneidad humana en general, y en forma alguna a una restricción de la libertad, por tiránica que sea. Técnicamente, esta ausencia de cualquier autoridad o jerarquía en el sistema totalitario se advierte en el hecho de que entre el poder supremo (el Führer) y los dominados no existen niveles fiables de intervención, cada uno de los cuales habría de recibir su debida proporción de autoridad y de obediencia. La voluntad del Führer puede ser encarnada en todas partes y en todo momento, y él no está ligado a ninguna jerarquía, ni siquiera a la que pueda haber establecido él mismo. Por eso no es exacto decir que el movimiento, tras haberse apoderado del poder, funda una multiplicidad de principados en cuyos territorios cada pequeño jefe es libre de hacer lo que le plazca y de imitar al gran jefe de la cumbre⁴⁵. La afirmación nazi de que «el partido es la orden de los Führers»⁴⁶ era una simple mentira. De la misma manera que la multiplicación infinita de organismos y la confusión de la autoridad conducen a una situación en la que cada ciudadano se siente directamente enfrentado con la voluntad del jefe, que arbitrariamente escoge el órgano ejecutante de sus decisiones, así el millón y medio de «Führers» en todo el III Reich⁴⁷ sabían muy bien que su autoridad se derivaba principalmente de Hitler, sin intervención de los sucesivos niveles de una jerarquía operante⁴⁸. La dependencia directa era real, y la jerarquía operante, desde luego de importancia social, era una imitación ostensible y espuria de un estado autoritario.

El monopolio absoluto del poder y de la autoridad que posee el jefe es más evidente en la relación entre él y su jefe de policía, el cual en un estado totalitario ocupa la posición pública más poderosa. Sin embargo, a pesar del enorme material y del poder organizador que tiene a su disposición como jefe de un verdadero ejército policíaco y de todas las formaciones de élite, el jefe de la policía, aparentemente, ni siquiera se halla en situación de apoderarse del poder y de convertirse en dominador del país. Así, antes de la caída de Hitler,

⁴⁵ La noción de una división en «pequeños principados» que formaban «una pirámide de poder al margen de la ley con el Führer en la cima» es de Robert H. Jackson. Véase cap. XII de *Nazi Conspiracy*, II, pp. 1 y ss. Para impedir el establecimiento de semejante estado autoritario, Hitler, en fecha tan temprana como 1934, promulgó el siguiente decreto del partido: «La fórmula de tratamiento *Mein Führer* queda reservada exclusivamente para el Führer. Por ello, prohíbo a todos los subjeses del NSDAP que permitan que se les dé tratamiento de *Mein Reichleiter*, etc., bien de palabra o por escrito. La forma de tratamiento tiene que ser *Pg. [Partei-genosse, camarada del partido]... o Gauleiter*, etc.». Véase *Verfügungen, Anordnungen, Bekanngaben*, op. cit., decreto del 20 de agosto de 1934.

⁴⁶ Véase el *Organisationsbuch der NSDAP*.

⁴⁷ Véase el mapa 14 en el vol. III de *Nazi Conspiracy*.

⁴⁸ Todos los juramentos en el partido, así como en las formaciones de élite, eran formulados en nombre de Adolf Hitler.

Himmler nunca soñó con rozar la reivindicación de la jefatura de Hitler⁴⁹ y jamás fue propuesto como sucesor de Hitler. Aún más interesante en este contexto es el fatídico intento de Beria por lograr el poder tras la muerte de Stalin. Aunque Stalin jamás había permitido a ninguno de sus jefes de policía disfrutar de una situación comparable a la de Himmler durante los últimos años de la dominación nazi, Beria disponía de fuerzas suficientes para desafiar la dominación del partido tras la muerte de Stalin, ocupando simplemente todo Moscú y todos los accesos al Kremlin; nadie, excepto el Ejército Rojo, habría podido haber impedido su reivindicación del poder, y ello habría conducido a una sangrienta guerra civil cuyo resultado en manera alguna habría sido seguro. Lo cierto es que Beria abandonó voluntariamente todos sus cargos sólo unos pocos días después, aunque debería haber sabido que perdería la vida por haberse atrevido durante unos días a desplegar el poder de la policía contra el poder del partido⁵⁰.

Esta falta de poder absoluto no impide, desde luego, al jefe de la policía organizar su aparato de acuerdo con los principios del poder totalitario. Así resulta notable ver cómo Himmler, tras su nombramiento, comenzó la reorganización de la policía alemana introduciendo en el ya centralizado aparato de la policía secreta la multiplicación de organismos; es decir, aparentemente, hizo lo que todos los expertos del poder, anteriores a los regímenes totalitarios, habrían considerado como una descentralización proclive a una disminución del poder. Al servicio de la Gestapo, Himmler añadió primeramente el Servicio de Seguridad, en un principio una división de las SS y fundado como organismo de policía en el seno del partido. Mientras que las oficinas principales de la Gestapo y del Servicio de Seguridad se hallaban eventualmente centralizadas en Berlín, las sucursales regionales de estos dos grandes servicios secretos conservaron sus identidades separadas y cada una informaba directamente a la propia oficina de Himmler en Berlín⁵¹. En el curso de la guerra, Himmler añadió dos nuevos servicios de información: uno, constituido por los llamados inspectores, que se suponía que habían de coordinar y controlar el Servicio de Seguridad con la policía y que se hallaban sujetos a la

⁴⁹ El primer paso de Himmler en esta dirección se produjo en el otoño de 1944, cuando, por propia iniciativa, ordenó que fueran desmanteladas las instalaciones de gas en los campos de exterminio y que se detuvieran las matanzas masivas. Ésta fue su forma de iniciar negociaciones de paz con las potencias occidentales. Resulta suficientemente interesante que, al parecer, Hitler nunca fue informado de tales preparativos; se supone que nadie se atrevió a decirle que se había abandonado ya uno de sus más importantes fines bélicos. Véase *Breviaire de la haine*, de Léon Poliakov, 1951, p. 232.

⁵⁰ Para los acontecimientos que siguieron a la muerte de Stalin, véase *American in Russia*, de Harrison E. Salisbury, Nueva York, 1955.

⁵¹ Véase el excelente análisis de la estructura de la policía nazi en *Nazi Conspiracy*, pp. 250 y ss., p. 256.

jurisdicción de las SS; el segundo era un organismo de información específicamente militar, que actuaba independientemente de las fuerzas militares del Reich y que finalmente logró absorber al propio Servicio de Información del Ejército⁵².

La completa ausencia de revoluciones palaciegas, triunfantes o fracasadas, es una de las más notables características de las dictaduras totalitarias (con una excepción, ningún nazi insatisfecho tomó parte en la conspiración militar contra Hitler de julio de 1944). En la superficie, el principio del jefe parece invitar a sangrientos cambios del poder personal sin un cambio de régimen. Éste no es más que uno de los muchos indicios de que la forma totalitaria de gobierno tiene muy poco que ver con el ansia de poder o incluso con el deseo de una máquina generadora de poder, con el juego del poder que fue característico de las últimas fases de la dominación imperialista. Técnicamente hablando, sin embargo, es una de las más importantes indicaciones de que el gobierno totalitario, pese a todas las apariencias, no es la dominación de una camarilla o de una banda⁵³. Las pruebas de la dictadura de Hitler, tanto como las de la dictadura de Stalin, apuntan claramente al hecho de que el aislamiento de individuos atomizados no sólo proporciona la base de masas para la dominación totalitaria, sino que afecta a la propia cumbre de toda la estructura. Stalin fusiló a casi todos los que podían afirmar que pertenecían a la camarilla dominante y desplazó una vez y otra a los miembros del Politburó siempre que se hallaba a punto de consolidarse una camarilla. Hitler destruyó en la Alemania nazi a las camarillas con medios menos drásticos: la única purga sangrienta fue la dirigida contra la camarilla de Röhm, que, desde luego, se mantenía firmemente unida gracias a la homosexualidad de sus miembros dirigentes; impidió la formación de camarillas mediante cambios constantes de poder y de autoridad y los desplazamientos frecuentes de los íntimos de su círculo inmediato, de forma tal que se evaporó rápidamente la antigua solidaridad entre quienes habían llegado al poder con él. Parece obvio, además, que la monstruosa infidelidad que es descrita con trazos casi idénticos como el rasgo sobresaliente de los caracteres de Hitler y de Stalin no les permitía presidir nada tan duradero y durable como una camarilla. Pese a todo, el hecho es que

⁵² *Ibid.*, p. 252.

⁵³ Franz Neumann, *op. cit.*, pp. 251 y ss., duda de «si Alemania puede ser llamada un estado. Es más una banda en la que los jefes se ven obligados a asentir después de no estar de acuerdo». Las obras de Konrad Heiden resultan representativas de la teoría del gobierno mediante una camarilla. Con respecto a la formación de las camarillas en torno de Hitler, resultan completamente ilustrativas *The Bormann Letters*, publicadas por Trevor-Roper. En el proceso de los médicos (Los Estados Unidos contra Karl Brand y otros), sesión del 13 de mayo de 1947, Victor Brack declaró que, en una fecha tan temprana como 1933, Bormann, actuando sin duda conforme a órdenes de Hitler, había comenzado a organizar un grupo de personas que se hallaba por encima del estado y del partido.

no existe interrelación entre quienes desempeñan cargos; no se hallan ligados por un estatus igual en una jerarquía política o por la relación entre superiores e inferiores, ni siquiera por las inciertas lealtades de los gángsters. En la Rusia soviética todo el mundo sabe que el jefe superior de un gran complejo industrial, al igual que el ministro de Asuntos Exteriores, puede ser degradado cualquier día hasta el más bajo estatus social y político y reemplazado en su puesto por un perfecto desconocido. Por otra parte, la complicidad de los gángsters, que desempeñó algún papel en las primeras fases de la dictadura nazi, pierde toda su fuerza cohesiva porque el totalitarismo utiliza su poder precisamente para difundir esta complicidad a través de la población hasta haber organizado la culpabilidad de todo el pueblo bajo su dominación⁵⁴.

La ausencia de una camarilla dominadora ha hecho especialmente desconcertante e inquietante la cuestión de la sucesión del dictador totalitario. Es cierto que este tema ha obsesionado a todos los usurpadores, y resulta completamente característico que ninguno de los dictadores totalitarios haya recurrido al antiguo sistema de establecer una dinastía y de designar sucesores a sus hijos. Frente a los numerosos y por eso autodestructores nombramientos de Hitler se alza el método de Stalin, que hizo de la sucesión uno de los más peligrosos honores en la Unión Soviética. Bajo las condiciones totalitarias, el conocimiento del laberinto de las correas de transmisión iguala al poder supremo, y cada sucesor designado que llega a saber lo que está sucediendo es automáticamente depuesto tras un cierto tiempo. Una designación válida y relativamente permanente presupondría además la existencia de una camarilla cuyos miembros compartieran con el jefe el monopolio del conocimiento de lo que está sucediendo y esto es algo que el jefe debe evitar por todos los medios. Hitler explicó una vez esto en sus propios términos a los jefes supremos de la Wehrmacht que, en medio del torbellino de la guerra, se preocupaban presumiblemente de este problema: «Como factor último debo, con toda modestia, declarar irremplazable a mi propia persona... El destino del Reich depende solamente de mí»⁵⁵. No hay necesidad de apreciar ironía alguna en la palabra modestia; el jefe totalitario, en marcado contraste

⁵⁴ Compárese con la contribución de la autora al debate del problema de la culpabilidad alemana: «Organized Guilt», en *Jewish Frontier*, enero de 1945.

⁵⁵ En un discurso pronunciado el 23 de noviembre de 1939, cita de *Trial of Major War Criminals*, vol. 26, p. 332. Que esta afirmación era más que una casual aberración histórica resulta evidente gracias al discurso de Himmler (la transcripción estenográfica puede hallarse en los archivos de la Biblioteca Hoover, carpeta Himmler, legajo 332) en la conferencia de jefes en Posen en marzo de 1944. Dijo: «¿Qué valores podemos colocar en la balanza de la historia? El valor de nuestro pueblo... El segundo, y yo diría que aún más grande valor, es la persona única de nuestro Führer Adolf Hitler... que, por vez primera al cabo de dos mil años... fue enviado a la raza germánica como un gran jefe...».

con todos los anteriores usurpadores, déspotas y tiranos, parece creer que la cuestión de su sucesión no es excesivamente importante, que no se requieren para ocupar el puesto cualidades o preparación especiales, que eventualmente el país obedecerá a cualquiera que resulte haber obtenido la designación como sucesor en el momento de su muerte y que ningún rival sediento de poder le disputará su legitimidad⁵⁶.

Como técnicas de gobierno, los recursos totalitarios parecen simples e ingeniosamente eficaces. No sólo aseguran un absoluto monopolio del poder, sino una certidumbre sin paralelo de que todas las órdenes serán ejecutadas; la multiplicidad de las correas de transmisión, la confusión de la jerarquía, afirman la completa independencia del dictador respecto de todos sus inferiores y hacen posibles los rápidos y sorprendentes cambios de política por los que se ha hecho famoso el totalitarismo. El cuerpo político del país se halla a prueba de choques por obra de su falta de forma.

Las razones por las que jamás fue anteriormente ensayada tan extraordinaria eficiencia son tan simples como el mismo recurso. La multiplicación de organismos destruye todo sentido de responsabilidad y competencia; no supone tan sólo un aumento tremendamente abrumador e improductivo de la Administración, sino que realmente obstaculiza la productividad, porque las órdenes contradictorias retrasan constantemente el trabajo real hasta que decide la cuestión la orden del jefe. El fanatismo de los dirigentes de la élite, absolutamente esencial para el funcionamiento del movimiento, elimina sistemáticamente todo interés genuino por tareas específicas y produce una mentalidad que considera cada acción concebible como un instrumento para algo completamente diferente⁵⁷. Y esta mentalidad no queda limitada a la élite, sino que gradualmente penetra en toda la población, cuya vida y cuya muerte en sus más íntimos detalles dependen de decisiones políticas; es decir, de causas y de motivos ulteriores que nada tienen que ver con la acción concreta. Los traslados, degradaciones y ascensos constantes hacen imposible un seguro trabajo en equipo e impiden el desarrollo de la experiencia. Económi-

⁵⁶ Véanse las declaraciones de Hitler sobre esta cuestión en *Hitlers Tischgespräche*, pp. 253 y ss. y 222 y ss.: El nuevo Führer tendría que ser elegido por un «senado»; el principio determinante para la elección del Führer debe ser el de que cesara toda discusión entre las personalidades participantes en la elección durante la duración del proceso. En un plazo de tres horas, la Wehrmacht, el partido y todos los funcionarios civiles tendrían que prestar nuevo juramento. «No se hacía ilusiones sobre el hecho de que en esta elección del jefe supremo del estado pudiera no hallarse siempre al timón del Reich una relevante personalidad de Führer.» Pero esto no suponía un peligro, «mientras la maquinaria general funcione adecuadamente».

⁵⁷ Uno de los principios orientadores para las SS formulado por el propio Himmler dice así: «No existe ninguna tarea por sí misma». Véase *Die SS. Geschichte, Aufgabe und Organisation der Schutzstaffeln der NSDAP*, de Günter d'Alquen, 1939, en «Schriften der Hochschule für Politik».

camente hablando, el trabajo forzado fue un lujo que Rusia no debería haber podido permitirse. En un tiempo de aguda escasez de experiencia técnica, los campos de concentración estaban llenos de «ingenieros altamente cualificados [que] compiten por el derecho a desempeñar empleos de fontaneros, por reparar relojes, por ser electricistas o por hacer tendidos telefónicos»⁵⁸. Pero entonces, desde un punto de vista puramente utilitario, los rusos no podrían haberse permitido las purgas de los años treinta, que interrumpieron una recuperación económica largo tiempo esperada, o la destrucción física del Estado Mayor del Ejército Rojo, que casi provocó una derrota en la guerra ruso-finlandesa.

En Alemania, las condiciones eran diferentes en grado. Al comienzo, los nazis mostraron una cierta tendencia a conservar la experiencia técnica y administrativa, a permitir los beneficios de las empresas y a dominar económicamente sin excesivas interferencias. En el momento en que estalló la guerra, Alemania no se hallaba completamente totalitarizada, y si se acepta la preparación para la guerra como un motivo racional, debe admitirse que, hasta aproximadamente el año 1942, a su economía se le permitía funcionar más o menos racionalmente. En sí misma, la preparación para la guerra no es antiutilitaria, a pesar de sus costes prohibitivos⁵⁹, porque, desde luego, puede ser mucho «más barato» apoderarse de la riqueza y de los recursos de otras naciones por la conquista que comprarlos de países extranjeros o producirlos en el interior⁶⁰. Las leyes económicas de la inversión y de la producción, de estabilización de ganancias y beneficios y de agotamiento no tienen aplicación si en cualquier caso uno trata de reponer la exhausta economía doméstica mediante el botín de otros países; es completamente cierto, y los simpatizantes alemanes eran perfectamente conscientes de ello, que el famoso eslogan nazi de «o cañones o mantequilla» significaba realmente «mantequilla por medio de los cañones»⁶¹. Pero fue en 1942 cuando las normas de la dominación totalitaria comenzaron a imponerse a todas las demás consideraciones.

La radicalización comenzó inmediatamente después del estallido de la guerra. Puede llegarse incluso a conjeturar que una de las razones de Hitler

⁵⁸ Véase *Forced Labor in Russia*, de David J. Dallin y Boris I. Nicolaevsky, 1947, que señala también que durante la guerra, cuando la movilización creó un agudo problema de mano de obra, el índice de mortalidad en los campos fue durante un año de un 40 por ciento aproximadamente. Estiman, en general, que la producción de un trabajador en los campos es inferior a la mitad de un trabajador libre.

⁵⁹ Thomas Reville, *The Spoil of Europe*, 1941, considera que Alemania, durante el primer año de la guerra, fue capaz de reponer todos sus gastos preparatorios bélicos efectuados entre 1933 y 1939.

⁶⁰ William Ebenstein, *The Nazi State*, p. 257.

⁶¹ *Ibid.*, p. 270.

para provocar esta guerra fue el que le permitía acelerar el desarrollo de una forma que habría resultado impensable en tiempo de paz⁶². Sin embargo, lo notable en este proceso es que en manera alguna quedó frenado por una derrota tan quebrantadora como la de Stalingrado, y que el peligro de la pérdida de la guerra constituyó sólo otro incentivo para lanzar por la borda todas las consideraciones utilitarias y emprender un esfuerzo general para hacer realidad, a través de una organización implacable y total, los objetivos de la ideología racial totalitaria, por corto que fuera el plazo que restaba⁶³. Después de Stalingrado, las formaciones de élite, que habían permanecido estrictamente aisladas del pueblo, fueron considerablemente desarrolladas; se abolió la prohibición de afiliarse al partido que regía para los que se encontraban en las fuerzas armadas, y el mando militar quedó subordinado a los jefes de las SS. Fue abandonado el monopolio del crimen que conservaban cuidadosamente las SS, y a los soldados se les asignaron indiscriminadamente misiones que constituyeran asesinatos en masa⁶⁴. No se permitió que las condiciones

⁶² Esto es confirmado por el hecho de que el decreto para matar a todos los enfermos incurables fue promulgado el día en que estalló la guerra, pero aun más por las declaraciones de Hitler durante la guerra, citadas por Goebbels (*The Goebbels Diaries*, ed. Louis P. Lochner, 1948), de que «la guerra nos había permitido la solución de toda una serie de problemas que nunca hubieran podido ser resueltos en una época normal», y que, sea cual fuere el resultado de la guerra, «los judíos serán ciertamente los perdedores» (p. 314).

⁶³ Desde luego, la Wehrmacht trató una y otra vez de explicar a los diferentes órganos del partido los peligros de la dirección de una guerra en la que las órdenes eran formuladas con profundo desprecio por todas las necesidades militares, civiles y económicas (véase, por ejemplo, Poljakov, *op. cit.*, p. 321). Pero incluso a muchos altos funcionarios nazis les costaba comprender esta desatención por todos los factores objetivos económicos y militares de la situación. Se les había dicho una y otra vez que las «consideraciones económicas fundamentalmente no deberían ser tenidas en cuenta en la solución del problema [judío]» (*Nazi Conspiracy*, VI, p. 402), pero todavía se quejaban de que la interrupción de un gran programa de obras públicas en Polonia «jamás habría sucedido si no se hubiera deportado a los muchos miles de judíos que trabajaban en el programa. Ahora se da la orden de que los judíos sean eliminados de los programas de armamentos. Espero que esta... orden pronto será anulada, porque de otra manera la situación será aún peor». Esta esperanza de Hans Frank, gobernador general de Polonia, se vio tan poco cumplida como sus ulteriores anhelos de una política militarmente más sensible respecto de los polacos y de los ucranianos. Sus quejas son interesantes (véase su Diario en *Nazi Conspiracy*, IV, pp. 902 y ss.), porque él está exclusivamente asustado por el aspecto antiutilitario de la política nazi durante la guerra. «Una vez que hayamos ganado la guerra, poco me importa que hagan picadillo a los polacos, los ucranianos y a todos los que pululan por aquí...»

⁶⁴ Originariamente, en los campos de concentración sólo se empleaban las unidades especiales de las SS —las formaciones de la Calavera. Más tarde se efectuaron reemplazos con elementos de las divisiones de las *Waffen SS*. A partir de 1944 fueron también empleadas unidades de las fuerzas armadas regulares, pero habitualmente incorporadas a las SS armadas (véase el testimonio de un antiguo funcionario de las SS del campo de concentración de Neuengamme en *Nazi Conspiracy*, VII, p. 211). En el diario del campo de concentración de Odd Nansen, *Day After Day*, Londres, 1949, se describe cómo se hizo sentir la presencia activa de la Wehrmacht en los campos de concentración. Desgraciadamente, muestra que estas fuerzas regulares del ejército eran por lo menos tan brutales como las SS.

militares, económicas o políticas obstruyeran el costoso e inquietante problema de los exterminios y las deportaciones en masa.

Si se consideran estos últimos años de la dominación nazi y su versión de un «plan quinquenal», que no tuvieron tiempo para realizar, pero que pretendía el exterminio de la población polaca y ucraniana, de los 170 millones de rusos (tal como fueron mencionados en un plan), de la *intelligensia* de Europa occidental y las poblaciones de Holanda, Alsacia y Lorena, así como la de aquellos alemanes que quedarían descalificados bajo la prevista legislación sanitaria del Reich o bajo la proyectada «ley de comunidades extranjeras», la analogía con el plan quinquenal bolchevique de 1929, primer año de una decidida dictadura totalitaria en Rusia, resulta casi inevitable. Los vulgares eslóganes eugenésicos en un caso, las retumbantes frases económicas en otro, fueron el preludio de «una muestra de prodigiosa locura, en la que se invirtieron todas las normas de la lógica y todos los principios de la economía»⁶⁵.

En realidad, los dictadores totalitarios no se lanzan conscientemente por el camino de la locura. El hecho es más bien que nuestra sorpresa ante el carácter antiutilitario de la estructura del estado totalitario procede de la errónea noción de que al fin y al cabo estamos tratando con un estado normal —una burocracia, una tiranía, una dictadura—, noción debida a la poca atención prestada a las enfáticas afirmaciones de los dominadores totalitarios según las cuales consideran al país en donde se han apoderado del poder sólo como sede temporal del movimiento internacional en el camino hacia la conquista mundial, conciben las victorias y las derrotas en términos de siglos o de milenios y según las cuales también los intereses globales siempre se imponen a los intereses locales de su propio territorio⁶⁶. El famoso «Justo es lo que es bueno para el pueblo alemán» se hallaba concebido únicamente para la propaganda de masas; a los nazis se les decía que «Justo es lo que es bueno

⁶⁵ Deutscher, *op. cit.*, p. 326. Esta cita resulta importante, porque procede del más benévolo de los biógrafos no comunistas de Stalin.

⁶⁶ A los nazis les encantaba hablar en términos de milenios. Las afirmaciones de Himmler según las cuales los hombres de las SS estaban exclusivamente interesados en «cuestiones ideológicas cuya importancia contaba en términos de décadas y de siglos» y de que «servían a una causa que surge sólo una vez en dos mil años» son repetidas con ligeras variaciones a través de todo el material de adoctrinamiento editado por las SS-Hauptamt-Schulungsamt (*Wesen und Aufgabe der SS und der Polizei*, p. 160). Por lo que se refiere a la versión bolchevique, la mejor referencia es el programa de la Internacional Comunista, tal como fue formulado por Stalin en fecha tan temprana como 1928 en el Congreso del Partido en Moscú. Particularmente interesante es la valoración de la Unión Soviética como «la base del movimiento mundial, el centro de la revolución internacional, el mayor factor en la historia del mundo. En la URSS, el proletariado mundial adquiere por vez primera un país...» (cita de W. H. Chamberlin, *Blueprint for World Conquest*, 1946, donde se reproduce textualmente el programa de la III Internacional).

para el movimiento»⁶⁷, y estos dos intereses en manera alguna coincidían siempre. Los nazis no pensaban que los alemanes eran una raza de señores a la que pertenecía el mundo, sino que deberían ser dirigidos por una raza de señores, como todas las demás naciones, y que esta raza se hallaba solamente a punto de nacer⁶⁸. El amanecer de la raza de señores no eran los alemanes, sino las SS⁶⁹. El «imperio germánico mundial», como decía Himmler, o el imperio mundial «ario», como Hitler habría señalado, se hallaba todavía en cualquier caso a siglos de distancia⁷⁰. Para el «movimiento» era más importante demostrar que resultaba posible fabricar una raza aniquilando a otras que ganar una guerra de fines limitados. Lo que sorprende al observador exterior como una «muestra de prodigiosa locura» no es nada más que la consecuencia de la absoluta primacía del movimiento, no sólo sobre el estado, sino también sobre la nación, el pueblo y las posiciones de poder ocupadas por los mismos dominadores. La razón por la que nunca fueron ensayados antes los ingeniosos recursos de la dominación totalitaria, con su absoluta e insuperada concentración de poder en las manos de un solo hombre, es que ningún tirano corriente estuvo lo suficientemente loco como para despreciar todos los intereses limitados y locales —económicos, nacionales, humanos y militares— en aras de una realidad puramente ficticia en un futuro indefinidamente distante.

Como el totalitarismo en el poder permanece fiel a los dogmas originales del movimiento, las asombrosas semejanzas entre los recursos organizativos del movimiento y el llamado estado totalitario son difícilmente sorprendentes. La división entre miembros del partido y compañeros de viaje organizados en

⁶⁷ Puede encontrarse este cambio del lema oficial en el *Organisationsbuch der NSDAP*, p. 7.

⁶⁸ Véase Heiden, *op. cit.*, p. 722. En un discurso pronunciado el 23 de noviembre de 1937 en el Ordensburg Sonthofen y ante los futuros jefes políticos, Hitler declaró: «Como conquistadores del mundo no pueden actuar tribus ridículamente pequeñas, países, estados o dinastías diminutas..., sino sólo las razas. Pero todavía tenemos que llegar a ser una raza, al menos en el sentido consciente» (véase *Hitlers Tischgespräche*, p. 445). En completa armonía con estas expresiones, en manera alguna accidentalmente, existe un decreto del 9 de agosto de 1941, en el que Hitler prohibía el uso ulterior del término «raza alemana», porque conduciría al «sacrificio de la idea racial como tal en favor de un mero principio de nacionalidad y a la destrucción de importantes condiciones previas de toda nuestra política racial y popular» (*Verfügungen, Anordnungen, Bekamngaben*). Es obvio que el concepto de raza alemana hubiera constituido un impedimento a la «selección» y exterminio progresivos de las partes indeseables de la población alemana que en aquellos mismos años estaban siendo proyectados para el futuro.

⁶⁹ Himmler, consecuentemente, «muy pronto formó unas SS germánicas en diferentes países», organizaciones a las que dijo: «No esperamos que os hagáis alemanes por oportunismo. Pero esperamos que subordinéis vuestro ideal nacional a un más grande ideal racial e histórico, al Reich germánico» (Heiden, *op. cit.*). Su tarea futura consistiría en constituir mediante «la más copiosa crianza» un «supertrato racial», que al cabo de veinte o treinta años se «presentaría a toda Europa como su clase dirigente» (Discurso de Himmler en la reunión de los jefes de las SS en Posen en 1943, en *Nazi Conspiracy*, IV, pp. 558 y ss.).

⁷⁰ Himmler, *ibíd.*, p. 572.

organizaciones frontales, lejos de desaparecer, conduce a la «coordinación» de toda la población, que se halla ahora organizada en simpatizantes. El tremendo aumento de los simpatizantes queda frenado limitando la fuerza del partido a una «clase» privilegiada de unos pocos millares creando un superpartido de varios centenares de miles, las formaciones de élite. La multiplicación de cargos, la duplicación de funciones y la adaptación de la relación partido-simpatizante a las nuevas condiciones significan simplemente que se ha conservado la peculiar estructura de tipo cebolla del movimiento, en la que cada capa constituye el frente de la siguiente formación militante. La maquinaria del estado es transformada en una organización frontal de burócratas simpatizantes, cuya función en los asuntos domésticos consiste en difundir la confianza entre las masas de ciudadanos simplemente coordinados y cuya función en los asuntos exteriores estriba en engañar al mundo exterior no totalitario. El jefe, en su capacidad dual de dirigente del estado y líder del movimiento, combina también en su persona la cumbre de la insensibilidad militante y de una normalidad inspiradora de confianza.

Una de las diferencias importantes entre un movimiento totalitario y un estado totalitario es que el dictador totalitario puede y debe practicar el arte totalitario de mentir más consecuentemente y en escala más amplia que el jefe de un movimiento. Ésta es parcialmente la consecuencia automática del desarrollo de las filas de compañeros de viaje y es en parte debida al hecho de que las declaraciones desagradables de un político no son tan fácilmente anuladas como las de un jefe de un partido demagógico. Con este fin, Hitler decidió retornar, sin rodeo alguno, al anticuado nacionalismo que había denunciado muchas veces antes de llegar al poder; presentándose como un violento nacionalista, afirmando que el nacionalsocialismo no era «un producto de exportación», tranquilizó tanto a los alemanes como a los no alemanes y dio a entender que las ambiciones nazis quedarían satisfechas cuando hubiesen quedado satisfechas las tradicionales reivindicaciones de una política exterior alemana nacionalista: el retorno de los territorios cedidos en los Tratados de Versalles, el *Anschluss* con Austria, la anexión de las zonas de habla alemana de Bohemia. De la misma manera, Stalin tuvo en cuenta tanto a la opinión pública rusa como al mundo no ruso cuando inventó su teoría del «socialismo en un solo país» y asignó a Trotsky la responsabilidad de la revolución mundial⁷¹.

⁷¹ Deutscher, *op. cit.*, describe la notable «sensibilidad [de Stalin] para todas esas corrientes psicológicas subterráneas... de las que él mismo se ha alzado como portavoz» (p. 292). «El mismo nombre de la teoría de Trotsky, "revolución permanente", sonaba como una ominosa advertencia a una generación cansada... Stalin recurrió directamente al horror al riesgo y a la incertidumbre que se había apoderado de muchos bolcheviques» (p. 291).

El sistema de mentir a todo el mundo puede ser empleado con seguridad sólo bajo las condiciones de la dominación totalitaria, donde la calidad ficticia de la realidad cotidiana hace a la propaganda considerablemente superflua. En su fase anterior a la conquista del poder, los movimientos nunca pueden permitirse ocultar sus verdaderos objetivos en el mismo grado. Después de todo, se hallan concebidos para inspirar organizaciones de masas. Pero, dada la posibilidad de exterminar a los judíos como si fueran piojos, es decir, mediante gases venenosos, ya no es necesario propagar que los judíos son piojos⁷²; dado el poder de enseñar a toda una nación la historia de la revolución rusa sin mencionar el nombre de Trotsky, ya no hay necesidad de realizar propaganda contra Trotsky. Pero el uso de los métodos para la realización de los fines ideológicos sólo puede ser «esperado» de aquellos que son «desde un punto de vista ideológico profundamente firmes» —que hayan adquirido semejante firmeza en las escuelas de la Komintern o en los centros especiales de adoctrinamiento nazi—, aunque tales fines se sigan haciendo públicos. En tales ocasiones invariablemente resulta que los simples simpatizantes nunca comprenden lo que está sucediendo⁷³. Ello conduce a la paradoja de que «la sociedad secreta a la luz del día» nunca es tan conspiradora en su carácter y métodos como después de haber sido reconocida como un miembro pleno de la comunidad de naciones. Es completamente lógico que Hitler, antes de la conquista del poder, se resistiera a todos los intentos de organizar el partido e incluso a las formaciones de élite sobre una base conspiradora; sin embargo, después de 1933, estaba completamente dispuesto a ayudar a transformar las SS en una especie de sociedad secreta⁷⁴. Análoga-

⁷² Así, Hitler pudo permitirse utilizar el cliché favorito de «judío decente», una vez que hubo comenzado a exterminar a los judíos, en diciembre de 1941, en las *Tischgespräche*, p. 346.

⁷³ Por eso, Hitler, hablando ante los miembros del Estado Mayor (Blomberg, Fritsch, Raeder) y de civiles de alta categoría (Neurath, Goering) en noviembre de 1937, pudo permitirse declarar abiertamente que necesitaba espacio despoblado y rechazar la idea de conquistar pueblos extranjeros. Evidentemente, ninguno de los que le oyeron comprendió que de ello resultaría automáticamente una política de exterminio de tales pueblos.

⁷⁴ Esto comenzó con una orden de julio de 1934 por la que las SS eran elevadas al rango de una organización independiente dentro del NSDAP y fue completado por un decreto muy secreto de agosto de 1938 que declaraba que las formaciones especiales de las SS, las unidades de la Calavera y las tropas de choque (*Verfügungstruppen*) no formaban parte del ejército ni de la policía; las unidades de la Calavera tenían que realizar «tareas especiales de naturaleza policial», y las tropas de choque eran «una unidad armada exclusivamente a mi disposición» (*Nazi Conspiracy*, III, p. 459). Dos decretos subsiguientes, de octubre de 1939 y abril de 1940, establecieron una jurisdicción especial en cuestiones generales para todos los hombres de las SS (ibíd., II, p. 184). A partir de entonces, en todos los folletos editados por la oficina de adoctrinamiento de las SS figuran menciones tales como las de «Exclusivamente para uso de la policía», «No publicarse», «Exclusivamente para jefes y para los encargados de la educación ideológica». Valdría la pena compilar una bibliografía de la voluminosa literatura secreta, impresa durante la era nazi, en la que figuran muchas medidas legislativas.

mente, los partidos comunistas dirigidos desde Moscú, en marcado contraste con sus predecesores, muestran una curiosa tendencia a preferir las condiciones de la conspiración aun donde es posible la completa legalidad⁷⁵. Cuanto más conspicuo es el poder del totalitarismo, más secretos se tornan sus verdaderos objetivos. Para conocer los fines últimos de la dominación de Hitler en Alemania es mucho más prudente basarse en sus discursos propagandísticos y en *Mein Kampf* que en la oratoria del canciller del III Reich; de la misma manera que habría sido más prudente desconfiar de las palabras de Stalin acerca del «socialismo en un solo país», concebidas con el propósito pasajero de apoderarse del poder tras la muerte de Lenin, y tomar más en serio su repetida hostilidad hacia los países democráticos. Los dictadores totalitarios han demostrado conocer muy bien el peligro inherente a su «pose» de normalidad; es decir, el peligro de una política verdaderamente nacionalista o el de la construcción real del socialismo en un solo país. Tratan de superarlo mediante una permanente y consecuente discrepancia entre las palabras tranquilizadoras y la realidad de la dominación, desarrollando conscientemente un método de hacer siempre lo opuesto de lo que dicen⁷⁶. Stalin llevó este arte del equilibrio, que exige más destreza que la rutina habitual de la diplomacia, hasta el punto en que una moderación en política exterior o en la línea política de la Komintern era casi invariablemente acompañada por purgas radicales en el partido ruso. Fue ciertamente algo más que una coincidencia el hecho de que la política del Frente Popular y la promulgación de la relativamente liberal Constitución soviética fuesen acompañadas por los procesos de Moscú.

En la literatura nazi y en la bolchevique pueden encontrarse repetidas pruebas de que los gobiernos totalitarios aspiran a conquistar el mundo y someter a su dominación a todos los países de la tierra. Sin embargo, estos programas ideológicos, heredados de los movimientos pretotalitarios (de los partidos antisemitas supranacionalistas y de los sueños pangermánicos de imperio en el caso de los nazis, del concepto internacional del socialismo revolucionario en el caso de los bolcheviques), no son decisivos. Lo que es decisivo es que los regímenes totalitarios dirigen realmente su política exterior sobre la

Resulta bastante interesante que entre este tipo de literatura no exista un solo folleto de las SA, y ésta es probablemente la prueba más concluyente de que a partir de 1934 las SA dejaron de ser una formación de élite.

⁷⁵ Compárese con «Die neue Komintern», de Franz Borkenau, en *Der Monat*, Berlín, 1949, fasc. 4.

⁷⁶ Los ejemplos son demasiado obvios y numerosos como para que valga la pena citarlos. Esta táctica, sin embargo, no debería ser sencillamente identificada con la enorme ausencia de fidelidad y de sinceridad que todos los biógrafos de Hitler y de Stalin señalan como rasgos relevantes de sus personalidades.

consecuente presunción de que, con el tiempo, lograrán este objetivo último, y no lo pierden nunca de vista por distante que pueda parecer o por seriamente que puedan chocar sus exigencias «ideales» con las necesidades del momento. Por eso no consideran a ningún país como permanentemente extranjero, sino que, al contrario, estiman a cada país como su territorio potencial. La ascensión al poder, el hecho de que en un país se haya convertido en una tangible realidad el mundo ficticio del movimiento, crea una relación con otras naciones que es semejante a la del partido totalitario bajo una dominación no totalitaria. La realidad tangible de la ficción, respaldada por el poder del estado internacionalmente reconocido, puede ser exportada de la misma manera que el desprecio por el Parlamento puede ser importado en un Parlamento no totalitario. A este respecto, la «solución» de la cuestión judía en la preguerra fue el principal producto de exportación de la Alemania nazi: la expulsión de los judíos llevó una importante porción de nazismo a otros países; obligando a los judíos a dejar el Reich sin pasaporte y sin dinero, la leyenda del «judío errante» quedaba hecha realidad, y obligando a los judíos a una inquebrantable hostilidad hacia ellos, los nazis habían creado el pretexto para tomar un apasionado interés por la política interna de todas las naciones⁷⁷.

En 1940 se hizo evidente cuán en serio se tomaban los nazis su ficción conspiradora, según la cual eran los futuros dominadores del mundo, cuando —a pesar de la necesidad y frente a sus posibilidades absolutamente reales de imponerse en los territorios ocupados de Europa— iniciaron su política de despoblación en los territorios orientales, pese a la pérdida de mano de obra y a las serias consecuencias militares, e introdujeron una legislación con la que con carácter retroactivo exportaron parte del Código Penal del III Reich a los países ocupados de Occidente⁷⁸. Apenas existía una manera más eficaz de hacer pública la reivindicación nazi de una dominación mundial como el castigar por alta traición cualquier manifestación o acción contra el III Reich, no importando cuándo, dónde o por quién hubiera sido realizada. La ley nazi trataba a todo el mundo como si potencialmente hubiera caído bajo su jurisdicción, de forma tal que el ejército ocupante ya no era un instrumento de conquista que llevaba consigo la nueva ley del conquistador,

⁷⁷ Véase la carta circular del Ministerio de Asuntos Exteriores a todas las autoridades alemanas en el exterior, de enero de 1939, en *Nazi Conspiracy*, VI, pp. 87 y ss.

⁷⁸ En 1940, el gobierno del Reich decretó que los delitos comprendidos entre la alta traición contra el Reich a las «declaraciones maliciosas y agitadoras contra personalidades destacadas del estado o del partido nazi» deberían ser castigados con efecto retroactivo en todos los territorios ocupados por Alemania, tanto si habían sido cometidos por alemanes o por naturales de estos países. Véase Giles, *op. cit.* Por lo que se refiere a las desastrosas consecuencias de la *Siedlungspolitik* en Polonia y Ucrania, véase *Trial*, *op. cit.*, volúmenes XXVI y XXIX.

sino un órgano ejecutivo que aplicaba una ley que se suponía ya vigente para todo el mundo.

La presunción de que la ley nazi obligaba más allá de la frontera alemana y el castigo de los no alemanes fueron más que simples recursos de opresión. Los regímenes totalitarios no temen las implicaciones lógicas de la conquista mundial aunque operen en otro sentido y resulten perjudiciales para los intereses de sus propios pueblos. Lógicamente, es indiscutible que un plan para la conquista mundial implica la abolición de las diferencias entre la madre patria conquistadora y los territorios conquistados, tanto como la diferencia entre la política exterior y la interior, sobre la que están basadas las instituciones no totalitarias existentes y todas las relaciones internacionales. Si el conquistador totalitario se comporta en todas partes como si estuviese en su propio país, de la misma forma debería tratar a su propia población como si fuera un conquistador extranjero⁷⁹. Y es perfectamente cierto que el movimiento totalitario se apodera del poder exactamente de la misma manera en que un conquistador extranjero puede ocupar un país, al que gobierna no verdaderamente en el propio beneficio de éste, sino en el de algo o alguien. Los nazis se condujeron en Alemania como conquistadores extranjeros cuando, contra todos los intereses nacionales, intentaron, y a medias lograron, convertir su derrota en una catástrofe final para toda la población alemana; análogamente, en caso de victoria, pretendían extender su política de exterminio a las filas de los alemanes «no aptos desde un punto de vista racial»⁸⁰.

Una actitud semejante parece haber inspirado después de la guerra la política exterior soviética. El coste de su agresividad es prohibitivo para el mismo pueblo ruso: le privó de los grandes préstamos estadounidenses de la posguerra que habrían permitido a Rusia reconstruir zonas devastadas e industrializar el país de una forma racional y productiva. La extensión de los gobiernos de la Komintern a través de los Balcanes y la ocupación de amplios territorios orientales no aportó beneficios tangibles, sino que, al contrario, sangró aún más los recursos rusos. Pero esta política servía ciertamente a los

⁷⁹ La expresión se encuentra en Kravchenko, *op. cit.*, p. 303, que, al describir las condiciones en Rusia tras la superpurga de 1936-1938, señala: «Si un conquistador extranjero se hubiese apoderado de la maquinaria de la vida soviética..., difícilmente habría sido más profundo y cruel el cambio».

⁸⁰ Hitler, durante la guerra, pensó en promulgar una Ley de Sanidad Nacional: «Después de un reconocimiento nacional por rayos X, se entregaría al Führer una lista de personas enfermas, especialmente de las afectadas por enfermedades pulmonares y cardíacas. Sobre la base de esta nueva Ley de Sanidad del Reich..., a esas familias ya no se les permitiría permanecer entre el público ni se les dejaría que tuvieran hijos. Lo que suceda a esas familias será objeto de órdenes futuras del Führer. No se requiere mucha imaginación para suponer cuáles habrían sido esas futuras órdenes. El número de personas a las que ya no se les habría permitido «permanecer entre el público» habría formado una considerable porción de la población alemana (*Nazi Conspiracy*, VI, p. 175).

intereses del movimiento bolchevique, que se había extendido sobre más de la mitad del mundo habitado.

Como un conquistador extranjero, el dictador totalitario considera las riquezas naturales e industriales de cada país, incluyendo las del propio, como una fuente de botín y un medio de preparar el siguiente paso dentro de una expansión agresiva. Como esta economía de expolio sistemático es realizada en beneficio del movimiento y no de la nación, sin ningún pueblo ni ningún territorio como su beneficiario potencial, no puede alcanzar posiblemente un punto de saturación en el proceso. El dictador totalitario es como un conquistador extranjero que no procede de parte alguna; su saqueo probablemente no beneficia a nadie. La distribución del botín es calculada no para reforzar la economía del propio país, sino sólo como una maniobra táctica temporal. En lo que se refiere a sus fines económicos, los regímenes totalitarios son en sus países como las proverbiales plagas de langosta. El hecho de que el dictador totalitario dirija a su propio país como un conquistador extranjero empeora aun más las cosas, porque añade a la inhumanidad una eficiencia de la que evidentemente carecen las tiranías en los territorios extranjeros próximos. La guerra de Stalin contra Ucrania a comienzos de la década de los años treinta fue doblemente más efectiva que la terriblemente sangrienta invasión y ocupación alemana⁸¹. Ésta es la razón por la que el totalitarismo prefiere los gobiernos *lites* a la dominación directa, a pesar de los riesgos obvios de semejantes regímenes.

Lo malo de los regímenes totalitarios no es que jueguen la política del poder de una manera especialmente implacable, sino que tras su política se oculta una concepción del poder enteramente nueva y sin precedentes, de la misma manera que tras su *Realpolitik* se encuentra un concepto de la realidad enteramente nuevo y sin precedentes. El supremo desdén por las consecuencias inmediatas más que la inhumanidad; el desarraigo y el desprecio por los inte-

⁸¹ El número total de rusos muertos en los cuatro años de guerra ha sido estimado entre 12 y 21 millones. Sólo en Ucrania y en un solo año Stalin exterminó a unos ocho millones de personas (estimación). Véase *Communism in Action*, U. S. Government, Washington, 1946, House Document N.º 754, pp. 140-141. A diferencia del régimen nazi, que conservaba informes precisos sobre el número de sus víctimas, no existen cifras fidedignas acerca de los millones de personas que fueron muertas en el sistema ruso. Sin embargo, la estimación siguiente, citada por Souvarine, *op. cit.*, p. 669, posee algún peso en cuanto que procede de Walter Krivitsky, que tenía acceso directo a las informaciones contenidas en los archivos de la GPU. Según estas cifras, el censo de la Unión Soviética en 1937, en el que los estadísticos soviéticos esperaban alcanzar los 171 millones de personas, reveló que existían realmente 145 millones. Esto indicaría una pérdida de población de 26 millones, cantidad en la que no se incluyen las pérdidas arriba señaladas.

reses nacionales más que el nacionalismo; el desdén por los intereses utilitarios más que la inconsiderada persecución del interés propio; el «idealismo», es decir, su inquebrantable fe en un ideológico mundo ficticio, más que su anhelo de poder, han introducido en la política internacional un factor nuevo y más perturbador que el que habría podido significar la simple agresividad.

El poder, tal como es concebido por el totalitarismo, descansa exclusivamente en la fuerza lograda a través de la organización. De la misma manera que Stalin concibió a cada institución, independientemente de su función real, sólo como una «correa de transmisión que conecta al partido con el pueblo»⁸² y creyó honradamente que los más preciados tesoros de la Unión Soviética no eran las riquezas de su suelo o la capacidad productiva de su inmensa mano de obra, sino los «cuadros» del partido⁸³ (es decir, la policía), así Hitler, en fecha tan temprana como 1929, vio la «grandeza» del movimiento en el hecho de que sesenta mil hombres «han constituido exteriormente casi una unidad, que realmente estos hombres son uniformes no sólo en ideas, sino que incluso su expresión facial es casi la misma. Mirad esos ojos alegres, ese entusiasmo fanático, y descubriréis... cómo cien mil hombres de un movimiento se convierten en un solo tipo»⁸⁴. Toda relación que en la mente del hombre occidental tenga el poder con las posesiones terrenales, con los bienes, los tesoros y la riqueza ha quedado disuelta en una especie de mecanismo desmaterializado en el que cada acción genera poder, como la fricción o las corrientes galvánicas generan electricidad. La división totalitaria de los estados en países Que Tienen y los países Que No Tienen es más que un recurso demagógico; los que la aplican están realmente convencidos de que el poder de las posesiones materiales es despreciable y sólo existe en la forma del desarrollo del poder organizador. Para Stalin, el constante crecimiento y desarrollo de los cuadros de la policía era incomparablemente más importante que el petróleo de Bakú, el carbón y el hierro de los Urales, los graneros de Ucrania o los tesoros potenciales de Siberia; en suma, el desarrollo de todo el arsenal del poder en Rusia. La misma mentalidad condujo a

⁸² Deutscher, *op. cit.*, p. 256.

⁸³ B. Souvaine, *op. cit.*, p. 605, cita a Stalin, afirmando en la cúspide del terror en 1937: «Debe usted llegar a comprender que, de todos los bienes preciados que existen en el mundo, el más preciado y decisivo es el de los cuadros». Todos los informes muestran que en la Rusia soviética la policía debe ser considerada como la verdadera formación de élite del partido. Característica de esta naturaleza de la policía es el hecho de que desde los primeros años de la década de los veinte los agentes de la NKVD no fueran «reclutados sobre la base de la voluntariedad», sino extraídos de las filas del partido. Más aún, «la NKVD no puede ser elegida como se elige una carrera» (véase Beck y Godin, *op. cit.*, p. 160).

⁸⁴ Cita de Heiden, *op. cit.*, p. 311.

Hitler a sacrificar a toda Alemania a los cuadros de las SS; no consideró perdida la guerra cuando yacían en ruinas las ciudades alemanas y estaba destruida la capacidad industrial, sino sólo cuando supo que ya no se podía confiar en las SS⁸⁵. Para un hombre que creía en la omnipotencia de la organización frente a todos los meros factores materiales, militares o económicos, y que, además, calculaba en siglos la victoria final de su empresa, la derrota no estribaba en la catástrofe militar o en la amenaza de inanición de la población, sino sólo en la destrucción de las formaciones de élite, a las que se suponía portadoras de la conspiración para la dominación mundial a lo largo de una línea de generaciones hasta su final eventual.

La carencia de estructura del estado totalitario, su desdén por los intereses materiales, su emancipación del incentivo del beneficio y, en general, sus actitudes no utilitarias han contribuido más que cualquier otra cosa a tornar casi imprevisible la política contemporánea. La incapacidad del mundo no totalitario para comprender una mentalidad que funciona independientemente de toda acción calculable en términos de hombres y de material, y es completamente indiferente al interés nacional y al bienestar de su pueblo, muestra en sí misma un curioso dilema de criterio: aquellos que certeramente comprenden la terrible eficacia de la organización y de la policía totalitarias sobreestimarán probablemente la fuerza material de los países totalitarios, mientras que también es probable que quienes comprenden la despilfarradora incompetencia de las economías totalitarias subestimen el poder potencial que puede crearse con el desprecio de todos los factores materiales.

2. La policía secreta

Hasta ahora conocemos solamente dos formas auténticas de dominación totalitaria: la dictadura del nacionalsocialismo a partir de 1938 y la dictadura del bolchevismo a partir de 1930. Estas dos formas de dominación difieren básicamente de otros tipos de dominación dictatorial despótica o tiránica; y aunque evolucionaron con una cierta continuidad a partir de dictaduras de partido, sus características esencialmente totalitarias son nuevas y no pueden derivarse de sistemas unipartidistas. El objetivo de un sistema unipartidista consiste no sólo en apoderarse de la Administración del gobierno, sino en lograr una completa amalgama del estado y del partido, ocupando todos

⁸⁵ Según los informes de la última reunión, Hitler decidió suicidarse después de haber sabido que ya no podía confiarse en las unidades de las SS. Véase *The Last Days of Hitler*, de H. R. Trevor-Roper, pp. 116 y ss.

los cargos con miembros de éste, de forma tal que, tras la conquista del poder, el partido se convierte en una especie de organización propagandística del gobierno. Este sistema es «total» sólo en un sentido negativo, es decir, en el de que el partido dominante no tolerará otros partidos, oposición alguna ni ninguna libertad de oposición política. Una vez que una dictadura de partido llega al poder, deja intacta la relación original del poder entre el estado y el partido; el gobierno y el ejército tienen el mismo poder que antes, y la «Revolución» consiste sólo en el hecho de que todas las posiciones del gobierno se hallan ahora ocupadas por miembros del partido. En todos estos casos el poder del partido se basa en un monopolio garantizado por el estado, y el partido ya no posee su propio centro de poder.

La revolución iniciada por los movimientos totalitarios después de haber conquistado el poder es de una naturaleza considerablemente más radical. Desde el comienzo, se esfuerzan conscientemente por mantener las diferencias esenciales entre el estado y el movimiento y por impedir que las instituciones «revolucionarias» del movimiento sean absorbidas por el gobierno⁸⁶. El problema de apoderarse de la maquinaria del estado sin amalgamarse con ella queda resuelto permitiendo elevarse a la jerarquía del estado sólo a aquellos miembros del partido cuya importancia para el movimiento resulte secundaria. Todo el poder real queda centrado en las instituciones del movimiento, fuera del estado y del aparato militar. Es en el interior del movimiento, que sigue siendo el centro de la acción del país, donde se elaboran todas las decisiones; a menudo, los servicios de la Administración civil no son siquiera informados de lo que está sucediendo, y a los miembros se les paga en todos los casos, por semejantes deseos «burgueses», con la pérdida de su influencia en el movimiento y de la confianza de sus jefes.

El totalitarismo en el poder utiliza al estado como su fachada exterior, para representar al país ante el mundo no totalitario. Como tal, el estado totalitario es el heredero lógico del movimiento totalitario, del que obtiene su estructura organizativa. Los dominadores totalitarios tratan con los gobiernos no totalitarios de la misma manera que trataban con los partidos parlamentarios o con las facciones internas del partido antes de su llegada al poder y, aunque en una más amplia escena internacional, se enfrentan de nuevo con

⁸⁶ Hitler hizo frecuentes comentarios sobre las relaciones entre el estado y el partido y siempre recalco que de importancia primaria no era el estado, sino la raza o la «comunidad popular unida» (véase el ya citado discurso, reproducido como apéndice a las *Tischgespräche*). En su discurso del Día del Partido de 1935 en Nuremberg dio a esta teoría su más sucinta expresión: «No es el estado el que nos manda, sino que nosotros mandamos al estado». Es evidente por sí mismo que, en la práctica, semejantes poderes de mando son sólo posibles si las instituciones del partido siguen siendo independientes de las del estado.

el doble problema de proteger al mundo ficticio del movimiento (o al país totalitario) del impacto de los hechos y de presentar una apariencia de normalidad y de sentido común ante el mundo exterior normal.

Por encima del estado y tras la fachada de poder ostensible, en un haz de organismos multiplicados, subyacente a todos los desplazamientos de autoridad y en un caos de ineficiencia, descansa el núcleo del poder del país, los supereficaces y supercompetentes servicios de la policía secreta^{86a}. La atención otorgada a la policía como órgano exclusivo del poder y el correspondiente desdén por el aparente gran arsenal de poder del ejército, que resultan característicos de todos los regímenes totalitarios, pueden ser parcialmente explicados por la aspiración totalitaria a una dominación mundial y su consciente abolición de la distinción entre un país extranjero y el país propio, entre los asuntos exteriores y los internos. Las fuerzas militares, preparadas para luchar contra un agresor extranjero, han sido siempre un dudoso instrumento para los fines de la guerra civil; incluso bajo las condiciones totalitarias encuentran difícil considerar a su propio pueblo con los ojos de un conquistador extranjero⁸⁷. Más importante a este respecto, sin embargo, es que su valor se torna dudoso incluso en tiempo de guerra. Como el dirigente totalitario conduce su política sobre la presunción de un eventual gobierno mundial, trata a las víctimas de su agresión como si fueran rebeldes, culpables de alta traición y, en consecuencia, prefiere dominar los territorios ocupados con la policía y no con fuerzas militares.

Incluso antes de que el movimiento se apodere del poder, posee una policía secreta y un servicio de espionaje con ramas en diferentes países. Más tarde, sus agentes reciben más dinero y autoridad que el servicio regular de información militar y son frecuentemente los jefes secretos de embajadas y consulados en el exterior⁸⁸. Su tarea principal consiste en formar quintas columnas, dirigir las sucursales del movimiento, influir en la política interna de los respectivos países y en preparar generalmente el momento en el que el dominador totalitario —tras el derrocamiento del gobierno o la victoria militar— pueda sentirse abiertamente en su propio terreno. En otras palabras, las

^{86a} Otto Gauweiler, *Reichsrichtungen und Rechtsaufgaben der Bewegung*, 1939, señala expresamente que la posición especial de Himmler como *Reichsfuehrer-SS* y jefe de la policía alemana se basaba en el hecho de que la administración de la policía había logrado «una genuina unidad del partido y del estado» que ni siquiera fue intentada en cualquier otro sector del gobierno.

⁸⁷ Durante las rebeliones campesinas de los años veinte en Rusia, Vorochilov negó supuestamente el apoyo del Ejército Rojo; esto condujo a la introducción de divisiones especiales de la GPU en las expediciones de castigo. Véase Ciliga, *op. cit.*, p. 95.

⁸⁸ En 1935, los agentes de la Gestapo en el exterior recibieron 20 millones de marcos mientras que el servicio regular de espionaje de la Reichswehr tuvo que funcionar con un presupuesto de ocho millones. Véase Gestapo, de Pierre Dehillothe, París, 1940, p. 11.

ramas internacionales de la policía secreta son las correas de transmisión que transforman constantemente la ostensible política exterior del estado totalitario en potencial asunto interno del movimiento totalitario.

Sin embargo, estas funciones, que realiza la policía secreta para preparar la utopía totalitaria de dominación mundial, resultan secundarias en comparación con las que requiere la realización actual de la ficción totalitaria en un país. El papel dominante de la policía secreta en los asuntos internos de los países totalitarios ha contribuido natural y considerablemente al equívoco corriente acerca del totalitarismo. Todos los despotismos se basan profundamente en los servicios secretos y se sienten más amenazados por su propio pueblo que por cualquier pueblo extranjero. Sin embargo, esta analogía entre el totalitarismo y el despotismo opera sólo durante las primeras fases de la dominación totalitaria, cuando todavía existe una oposición política. En este como en otros aspectos, el totalitarismo se aprovecha de los errores no totalitarios, y los apoya, por poco elogiosos que puedan serle. Himmler, en su famoso discurso de 1937 al Estado Mayor de la Reichswehr, asumió el papel de un tirano ordinario cuando explicó la constante expansión de las fuerzas de policía suponiendo la existencia de un «cuarto teatro de operaciones, en caso de guerra, la Alemania interior»⁸⁹. Análogamente, Stalin, casi en el mismo momento, logró convencer a la vieja guardia bolchevique, cuyas «confesiones» necesitaba, de la existencia de una amenaza de guerra contra la Unión Soviética y, en consecuencia, de una situación de emergencia durante la cual el país debería permanecer unido aunque fuera tras un déspota. El aspecto más sorprendente de estas declaraciones fue el que ambas fueran formuladas después de que había quedado extinguida toda la oposición política y de que se extendieran los servicios secretos cuando ya no quedaban oponentes a los que espíar. Cuando llegó la guerra, Himmler ni necesitó ni utilizó a sus tropas de las SS en la misma Alemania excepto para dirigir los campos de concentración y para vigilar a la población esclava extranjera; la masa de las SS sirvió en el frente oriental, donde fue utilizada para «misiones especiales» — habitualmente, crímenes en masa— y en la aplicación de una política que frecuentemente actuaba tanto contra la jerarquía militar como contra la jerarquía civil nazi. Como la policía secreta de la Unión Soviética, las formaciones de las SS llegaban habitualmente después de que las fuerzas militares hubieran pacificado el territorio conquistado y lidiado con la oposición política abierta.

En las primeras fases de un régimen totalitario, empero, la policía secreta y las formaciones de élite del partido todavía desempeñan un papel similar al

⁸⁹ Véase *Nazi Conspiracy*, IV, pp. 616 y ss.

que ejercen en otras formas de dictadura y en los bien conocidos regímenes de terror del pasado; y la excesiva crueldad de sus métodos sólo carece de paralelo en la historia de los modernos países occidentales. La fase primera de localización de enemigos secretos y de caza de antiguos adversarios es habitualmente combinada con el reclutamiento de toda la población en organizaciones frontales y con la reeducación de los antiguos miembros del partido para servicios de espionaje, de forma tal que la más bien dudosa adhesión de los simpatizantes reclutados no inquiete a los cuadros especialmente bien entrenados de la policía. Durante esta fase es cuando, para aquel que resulte tener «pensamientos peligrosos», un vecino se convierte en un enemigo más mortal que los agentes policiales oficialmente designados. El final de la primera fase llega con la liquidación de la resistencia abierta y la secreta en cualquier forma organizada. Puede ser fijado alrededor de 1935 en Alemania y hacia 1930 en la Rusia soviética.

Sólo tras haber sido completado el exterminio de los enemigos auténticos y comenzada la caza de «enemigos objetivos», se torna el terror en el verdadero contenido de los regímenes totalitarios. Bajo pretexto de construcción del socialismo en un solo país o de utilizar un territorio dado como laboratorio para un experimento revolucionario, o de realizar la *Volksgemeinschaft*, se hace realidad la segunda reivindicación del totalitarismo, la reivindicación de dominación total. Y aunque teóricamente sólo es posible la dominación total bajo las condiciones de la dominación mundial, los regímenes totalitarios han demostrado que esta parte de la utopía totalitaria puede ser llevada casi hasta la perfección porque es totalmente independiente de la derrota o de la victoria. Así, Hitler, en medio de sus retiradas militares, podía regocijarse con el exterminio de los judíos y con el establecimiento de las fábricas de la muerte; fuera cual fuese el resultado final, sin la guerra nunca habría sido posible «quemar los puentes» y realizar algunos de los objetivos del movimiento totalitario⁹⁰.

Las formaciones de élite del movimiento nazi y los «cuadros» del movimiento bolchevique sirven al objetivo de dominación total más que a la seguridad del régimen en el poder. De la misma forma que la reivindicación totalitaria de dominación mundial es sólo en apariencia la misma que la de la expansión imperialista, así la reivindicación de una dominación total sólo parece familiar al estudioso del despotismo. Si la diferencia principal entre la expansión totalitaria y la imperialista es que la primera no reconoce distinción entre el país propio y un país extranjero, entonces la diferencia principal entre una policía secreta despótica y una policía secreta totalitaria es que la

⁹⁰ Véase nota 62.

última no persigue los pensamientos secretos ni utiliza el antiguo método de los servicios secretos, el método de la provocación⁹¹.

Como la policía secreta totalitaria comienza su carrera tras la pacificación del país, siempre parece enteramente superflua a todos los observadores marginales o, por el contrario, les conduce a creer equivocadamente que existe alguna resistencia secreta⁹². La superfluidad de los servicios secretos no es nada nueva; siempre se han sentido obsesionados por la necesidad de demostrar su utilidad y de conservar sus puestos después de haber concluido su tarea original. Los métodos utilizados para este propósito han hecho del estudio de la historia de las revoluciones una empresa más que difícil. Parece, por ejemplo, que no existió una sola acción antigubernamental bajo el reinado de Luis Napoleón que no fuera inspirada por la misma policía⁹³. Análogamente, el papel de los agentes secretos en todos los partidos revolucionarios de la Rusia zarista sugiere poderosamente que sin sus acciones provocativas «inspiradoras» el curso del movimiento revolucionario ruso habría sido mucho menos fructífero⁹⁴. La provocación, en otras palabras, ayudó tanto a mantener la continuidad de la tradición como a quebrantar una y otra vez la organización de la revolución.

Este dudoso papel de la provocación puede haber sido una de las razones por las que la desdijeron los gobernantes totalitarios. La provocación, ade-

⁹¹ Maurice Laporte, *Histoire de l'Oubliana*, Paris, 1935, llamó certeramente al método de la provocación «la piedra fundamental» de la policía secreta (p. 19).

En la Rusia soviética, la provocación, lejos de ser el arma secreta de la policía secreta, ha sido empleada como el método público ampliamente difundido del régimen para valorar el estado de la opinión pública. La renuencia de la población a aprovecharse de las periódicas invitaciones a la crítica o a reaccionar en los intermedios «liberales» del régimen de terror muestra que tales gestos son considerados como una provocación en escala masiva. La provocación se ha convertido, desde luego, en la versión totalitaria de la auscultación de la opinión pública.

⁹² Son interesantes al respecto los intentos de los funcionarios públicos nazis en Alemania para reducir la competencia y el personal de la Gestapo sobre la base de que ya se había logrado la nazificación del país, de forma tal que Himmler, que, por el contrario, deseaba desarrollar en aquellos momentos (hacia 1934) los servicios secretos, tuvo que exagerar los peligros dimanantes de los «enemigos internos». Véase *Nazi Conspiracy*, II, p. 259; V, p. 205; III, p. 547.

⁹³ Véase *Mysteries of the French Secret Police*, de Galtier-Boissière, 1938, p. 234.

⁹⁴ Al fin y al cabo, no parece accidental que la fundación de la Ojra en 1880 correspondiera a un período de insuperadas actividades revolucionarias en Rusia. Para demostrar su utilidad ocasionalmente tuvo que organizar asesinatos y sus agentes «sirvieron a su pesar las ideas de aquellos a los que denunciaban... Si un folleto era distribuido por un agente de policía o si la ejecución de un ministro era organizada por un Azev, el resultado era el mismo» (M. Laporte, *op. cit.*, p. 25). Además, las ejecuciones más importantes —las de Stolypin y von Plehve— parece que fueron obra de la policía. Para la tradición revolucionaria fue decisivo el hecho de que en tiempos de calma los agentes de policía tenían que «despertar nuevas energías y estimular el celo» de los revolucionarios (ibid., p. 71).

Véase también *Three Who Made A Revolution: Lenin, Trotsky, Stalin*, de Bertram D. Wolfe, que denomina a este fenómeno «socialismo policial».

más, es claramente necesaria sólo bajo la presunción de que la sospecha no resulta suficiente para detener y castigar. Ninguno de los gobernantes totalitarios, desde luego, soñó siquiera con unas condiciones en las que tuviera que recurrir a una provocación con objeto de atrapar a alguien a quien considerara enemigo. Más importante que estas consideraciones técnicas es el hecho de que el totalitarismo definió ideológicamente a sus enemigos antes de apoderarse del poder, así que las categorías de los «sospechosos» no fueron establecidas a través de la información de la policía. De esta forma, los judíos en la Alemania nazi o los descendientes de las antiguas clases poseedoras en la Rusia soviética no eran realmente sospechosos de ninguna acción hostil; habían sido declarados enemigos «objetivos» del régimen de acuerdo con la ideología de éste.

La diferencia principal entre la policía secreta despótica y la policía secreta totalitaria descansa en la diferencia entre el «sospechoso» y el «enemigo objetivo». El último es definido por la política del gobierno y no por su propio deseo de derrocar a éste⁹⁵. Nunca es un individuo cuyos peligrosos pensamientos tengan que ser provocados o cuyo pasado justifique la sospecha, sino un «portador de tendencias» como el portador de una enfermedad⁹⁶. Prácticamente hablando, el gobernante totalitario procede como un hombre que persistentemente insulta a otro hombre hasta que todo el mundo sabe que el segundo es su enemigo, así que puede, con alguna plausibilidad, matarle en defensa propia. Esto, ciertamente, resulta un poco crudo, pero funciona —como sabrá todo el que haya contemplado cómo ciertos arribistas afortunados eliminan a los competidores.

La introducción de la noción de «enemigo objetivo» es mucho más decisiva para el funcionamiento de los regímenes totalitarios que la definición ideológica de las respectivas categorías. Si se tratara solamente de una cues-

⁹⁵ Hans Frank, que más tarde sería gobernador general de Polonia, estableció una diferenciación típica entre una persona «peligrosa para el estado» y una persona que es «hostil al estado». La primera implica una cualidad objetiva que es independiente de su voluntad y de su conducta; la policía política de los nazis no se ocupaba solamente de las acciones hostiles al estado sino de «todos los intentos —fuerza cual fuese su finalidad— que en sus efectos ponen en peligro al estado». Véase *Deutsches Verwaltungsrecht*, pp. 420-430. Cita de *Nazi Conspiracy*, IV, pp. 181 y ss. En palabras de Maunz, *op. cit.*, p. 44: «Eliminando a las personas peligrosas las medidas de seguridad tratan de evitar un estado de peligro a la comunidad nacional, independiente de cualquier delito que pudieran haber cometido tales personas. [Es cuestión del] protegerse contra un peligro objetivo».

⁹⁶ H. Hoehn, un jurista nazi y miembro de las SS, dijo en el elogio fúnebre de Reinhard Heydrich, que antes de haber gobernado Checoslovaquia había sido uno de los más íntimos colaboradores de Himmler: consideraba a sus adversarios «no como individuos, sino como portadores de tendencias que ponían en peligro al estado y que por eso se hallaban más allá del umbral de la comunidad nacional». En *Deutsche Allgemeine Zeitung*, del 6 de julio de 1942; cita de E. Kohn-Bramsted, *Dictatorship and Political Police*, Londres, 1945.

ción de odio a los judíos o a los burgueses, los regímenes totalitarios podrían, tras la realización de un gigantesco crimen, retornar, por así decirlo, a las reglas de la vida normal y del gobierno normal. Por lo que sabemos, el caso es opuesto. La categoría de enemigos objetivos sobrevive a los primeros enemigos ideológicamente determinados del movimiento; conforme a las cambiantes circunstancias, se descubren nuevos enemigos objetivos; los nazis, previendo la conclusión del exterminio de los judíos, habían dado ya los pasos preliminares para la liquidación del pueblo polaco, mientras que Hitler proyectaba incluso diezmar a ciertas categorías de alemanes⁹⁷; los bolcheviques, habiendo empezado con los descendientes de las antiguas clases dominantes, dirigieron todo su terror contra los *kulaks* (en los primeros años de la década de los años treinta), que a su vez fueron sucedidos por los rusos de origen polaco (entre 1936 y 1938), por los tártaros y los alemanes del Volga durante la guerra, por los antiguos prisioneros de guerra y las unidades de las fuerzas de ocupación del Ejército Rojo después de la guerra y por la judería rusa tras el establecimiento de un estado judío. La elección de semejantes categorías nunca es enteramente arbitraria; como son completamente difundidas y utilizadas para fines propagandísticos en el exterior, deben parecer plausibles como posibles enemigos; la elección de una determinada categoría puede incluso ser debida a ciertas necesidades propagandísticas del movimiento en general, como, por ejemplo, la aparición enteramente repentina y sin precedentes del antisemitismo gubernamental en la Unión Soviética, que puede haber sido calculada para ayudar a la Unión Soviética a ganarse simpatías en los países satélites europeos. Los procesos espectaculares que requieren confesiones subjetivas de culpabilidad de enemigos identificados «objetivamente» están concebidos para semejantes propósitos; pueden organizarse mejor con aquellos que han recibido un adoctrinamiento totalitario que les permite comprender «subjetivamente» su propia inocuidad objetiva y confesar «en beneficio de la causa»⁹⁸. El concepto del «adversario objetivo» cuya identidad

⁹⁷ En fecha tan temprana como 1941, durante una reunión en el cuartel general de Hitler, se propuso imponer a la población polaca aquellas regulaciones por las que los judíos habían sido preparados para los campos de exterminio: cambio de apellidos si eran de origen alemán; sentencias de muerte para las relaciones sexuales entre alemanes y polacos (*Rassenschade*); obligación de llevar una P en Alemania, similar a la estrella amarilla de los judíos (véase *Nazi Conspiracy*, VIII, pp. 237 y ss., y el diario de Hans Frank, en *Trial*, op. cit., XXIX, p. 683). Naturalmente, los mismos polacos pronto empezaron a preocuparse de lo que les sucedería cuando los nazis hubieran concluido el exterminio de los judíos (*Nazi Conspiracy*, IV, p. 916). Por lo que se refiere a los planes de Hitler relativos al pueblo alemán, véase la nota 80.

⁹⁸ Beck y Godin, op. cit., 87, hablan de las «características objetivas», que en la URSS invitaban a la detención; entre ellas figuraba la pertenencia a la NKVD (p. 153). La percepción subjetiva de la necesidad objetiva de la detención y la confesión podía lograrse más fácilmente con los antiguos miembros de la policía secreta. En palabras de un ex agente de la NKVD: «Mis superiores me cono-

cambia según las circunstancias predominantes —de forma tal que, tan pronto como es liquidada una categoría, pueda declararse la guerra a otra— corresponde exactamente a la situación de hecho reiterada una y otra vez por los gobernantes totalitarios: es decir, que su régimen no es un gobierno en ningún sentido tradicional, sino un *movimiento* cuyo avance tropieza constantemente con nuevos obstáculos que tienen que ser eliminados. Por lo que, hasta donde cabe hablar en general de algún pensamiento legal dentro del sistema totalitario, el «adversario objetivo» es su idea central.

Estrechamente relacionado con esta transformación del sospechoso en enemigo objetivo es el cambio de posición de la policía secreta dentro del estado totalitario. Los servicios secretos han sido certeramente denominados un estado dentro del estado, y ello no sólo en los despotismos, sino también bajo gobiernos constitucionales o semiconstitucionales. La simple posesión de información secreta ha proporcionado siempre a esta rama una superioridad decisiva sobre todas las demás de la Administración civil y constituido una abierta amenaza para los miembros del gobierno⁹⁹. La policía totalitaria, por el contrario, se halla completamente sujeta a la voluntad del jefe, que es el único que puede decidir quién será el próximo enemigo potencial y el único que puede, como hizo Stalin, seleccionar a los cuadros de la policía secreta para su liquidación. Como a la policía ya no se le permite utilizar la provocación, ha quedado privada del único medio disponible de perpetuarse independientemente del gobierno y se ha tornado enteramente dependiente de las más altas autoridades para la salvaguardia de sus puestos. Como el ejército en un estado no totalitario, la policía en los países totalitarios ejecuta simplemente la política y pierde todas las prerrogativas que conservaba bajo las burocracias despóticas¹⁰⁰.

La tarea de la policía totalitaria no consiste en descubrir delitos, sino en hallarse disponible cuando el gobierno decide detener a cierto sector de la población. Su principal distinción política es que solamente la policía disfruta de la confianza de la más alta autoridad y sabe qué línea política ha de ser aplicada. Y esto no se aplica solamente a las cuestiones de alta política, tales como

cen suficientemente bien y conocen mi trabajo, y si el partido y la NKVD me exigen ahora que confiese tales cosas, deben tener buenas razones para hacer lo que están haciendo. Mi deber como leal ciudadano soviético es no sustraerme a la confesión que se me exige» (ibid., p. 231).

⁹⁹ Bien conocida es la situación en Francia, donde los ministros vivían en constante temor a los *docteurs secrets* de la policía. Por lo que se refiere a la situación en la Rusia zarista, véase Laporte, op. cit., pp. 22 y 23: «Eventualmente, la Ojrana manejará un poder muy superior al de las autoridades más regulares... La Ojrana... informará al zar sólo de lo que estime oportuno».

¹⁰⁰ «A diferencia de la Ojrana, que había sido un estado dentro del estado, la GPU es un departamento del gobierno soviético; ... y sus actividades son mucho menos independientes» (Roger N. Baldwin, «Political Police», en *Encyclopedia of Social Sciences*).

la liquidación de toda una clase o de un grupo étnico (sólo los cuadros de la GPU conocían el objetivo real del gobierno soviético en los primeros años de la década de los treinta y sólo las formaciones de las SS sabían que los judíos tenían que ser exterminados en los primeros años de la década de los cuarenta); el hecho de la vida cotidiana bajo condiciones totalitarias es que sólo los agentes de la NKVD en una empresa industrial se hallan informados de lo que Moscú quiere cuando ordena, por ejemplo, una aceleración en la fabricación de tubos; si se trata simplemente de obtener más tubos, o de arruinar al director de la fábrica, o de liquidar a toda la gerencia, o de abolir esa determinada fábrica, o, finalmente, de hacer que esta orden se repita por toda la nación para que pueda comenzar una nueva purga.

Una de las razones de la duplicación de los servicios secretos, cuyos agentes se desconocen entre sí, es que la dominación total necesita la más extremada flexibilidad: volviendo a utilizar nuestro ejemplo, Moscú, cuando ordena fabricar más tubos, puede que no sepa todavía si desea tubos —lo que siempre se necesita— o una purga. La multiplicación de los servicios secretos permite los cambios en el último minuto, de forma tal que una rama pueda estar esperando el otorgamiento de la Orden de Lenin al director de la fábrica mientras que la otra realiza los preparativos para su detención. La eficiencia de la policía consiste en el hecho de que puedan prepararse simultáneamente semejantes misiones contradictorias.

Bajo el régimen totalitario, como bajo otros regímenes, la policía secreta tiene un monopolio sobre determinada información vital, pero el tipo de conocimiento que sólo puede ser poseído por la policía ha sufrido una importante transformación: la policía ya no está preocupada por saber lo que sucede en las mentes de las futuras víctimas (durante la mayor parte del tiempo ignora quiénes serán estas víctimas), y la policía se convierte en depositaria de los más importantes secretos de estado. Esto supone automáticamente un gran progreso en su prestigio y posición, aunque se vea acompañado por una definida pérdida del poder real. Los servicios secretos no conocen nada que el jefe no conozca mejor; en términos de poder han descendido al nivel del ejecutor.

Desde un punto de vista legal, aún más interesante que el paso del sospechoso al enemigo objetivo es la sustitución totalitaria de la sospecha de un delito por la posibilidad de éste. El delito posible no es más subjetivo que el enemigo objetivo. Mientras que el sospechoso es detenido porque se le considera capaz de cometer un delito que más o menos encaja en su personalidad (o en su presunta personalidad)¹⁰¹, la versión totalitaria del delito posible está

¹⁰¹. Típica de este concepto del sospechoso es la siguiente historia contada por C. Pobyedonostzev en *L'Autocritique Russe: Mémoires politiques, correspondance officielle et documents inédits... 1881-1894*, Pa-

basada en la anticipación lógica de los desarrollos objetivos. Los procesos de Moscú contra la vieja guardia bolchevique y los jefes del Ejército Rojo fueron clásicos ejemplos de castigo por delitos posibles. Tras las fantásticas e inventadas acusaciones se puede fácilmente detectar el siguiente cálculo lógico: la evolución de la Unión Soviética podía conducir a una crisis; una crisis podía conducir al derrocamiento de la dictadura de Stalin; ello podía debilitar la fuerza militar del país y producir posiblemente una situación en la que un nuevo gobierno tendría que firmar una tregua o incluso concluir una alianza con Hitler. Tras lo cual Stalin procedió a declarar que existía un complot para el derrocamiento del gobierno y una conspiración dirigida por Hitler¹⁰². Contra estas posibilidades «objetivas», aunque enteramente improbables, se alzaban sólo factores «subjetivos», tales como la lealtad de los acusados, su fatiga, su incapacidad de comprender lo que estaba sucediendo, su firme convicción de que sin Stalin todo estaría perdido, su sincero odio al fascismo —es decir, un número de detalles de hecho que carecían, naturalmente, de la consistencia de ese ficticio, lógico y posible delito. La presunción central del totalitarismo de que todo es posible conduce así, a través de la eliminación consistente de todos los frenos de hecho, a la absurda y terrible consecuencia de que debe ser castigado todo delito que los gobernantes puedan concebir, sin tener en cuenta si ha sido o no cometido. El delito posible, como el enemigo objetivo, queda luego más allá de la competencia de la policía, que nunca puede descubrirlo, inventarlo o provocarlo. También aquí dependen enteramente los servicios secretos de las autoridades políticas. Ha desaparecido su independencia como un estado dentro del estado.

ris, 1927: al general Cheverin, de la Ojra, se le pide que intervenga en favor de una señora que está a punto de perder un pleito porque la parte contraria ha contratado los servicios de un abogado judío. Dice el general: «La misma noche ordené la detención de ese maldito judío y le retuve como persona políticamente sospechosa... Al fin y al cabo, ¿podía tratar de la misma manera a unos amigos que a un sucio judío, que puede que fuera inocente entonces, pero que habría sido culpable antes o lo sería después?».

¹⁰² Las acusaciones de los procesos de Moscú «estuvieron basadas... en una anticipación grotescamente presentada y perversa de posibles evoluciones. El razonamiento [de Stalin] se desarrolló probablemente según la siguiente línea: puede que en una crisis deseen derrocar a Rusia; y si triunfaran, podrían verse obligados a firmar una tregua con Hitler y quizás, incluso, a acceder a una cesión territorial... Yo les acusaré de haber realizado ya una traicionera alianza con Alemania y de haber cedido territorio soviético». Esta es la brillante explicación de I. Deutscher sobre los procesos de Moscú, *op. cit.*, p. 377.

Un buen ejemplo de las versiones nazis del delito posible puede hallarse en Hans Frank, *op. cit.*: «Nunca puede delinarse todo un catálogo de intentos "peligrosos para el estado" porque nunca puede preverse lo que puede poner en peligro a la jefatura y al pueblo en algún momento del futuro» (cita de *Nazi Conspiracy*, IV, p. 881).

Sólo en un aspecto se parece estrechamente la policía secreta totalitaria a los servicios secretos de los países no totalitarios. La policía secreta se ha beneficiado tradicionalmente, es decir, desde Fouché, de sus víctimas y ha aumentado el presupuesto oficial autorizado por el estado a través de ciertas fuentes heterodoxas, asumiendo sencillamente una posición de asociación en actividades a las que se suponía que había de liquidar, tales como el juego y la prostitución¹⁰³. Estos métodos ilegales de autofinanciación, que abarcan desde la amistosa aceptación de sobornos hasta el chantaje declarado, fueron un factor destacado en la emancipación de los servicios secretos de las autoridades públicas y reforzaron su posición como un estado dentro del estado. Es curioso ver que la financiación de las actividades policíacas con ingresos de sus víctimas ha sobrevivido a todos los demás cambios. En la Rusia soviética, la NKVD depende casi enteramente de la explotación del trabajo forzado, que, desde luego, no parece proporcionar otro beneficio ni servir a ningún otro fin que no sea la financiación del gran aparato secreto¹⁰⁴. El mismo Himmler financió a las unidades SS, que constituyeran los cuadros de la policía secreta nazi, a través de la confiscación de la propiedad judía; luego llegó a un acuerdo con Darré, el ministro de Agricultura, por el que Himmler recibió los varios centenares de millones de marcos que Darré obtenía anualmente comprando productos agrícolas baratos en el exterior y vendiéndolos a precios establecidos en Alemania¹⁰⁵. Esta fuente regular de ingresos desapareció, naturalmente, durante la guerra; Albert Speer, el sucesor de Todt y el más grande empleador de mano de obra en Alemania a partir de 1942, propuso en dicho año un trato similar a Himmler; si Himmler accedía a librar de la autoridad de las SS a los obreros esclavos importados cuyo trabajo era notablemente deficiente, la Organización Speer otorgaría a las SS un cierto porcentaje de los beneficios¹⁰⁶. A estas fuentes más o menos regulares de ingre-

¹⁰³ Los métodos criminales de la policía secreta no son desde luego monopolio de la tradición francesa. En Austria, por ejemplo, la temida policía política, bajo el reinado de María Teresa, estaba organizada por Kunitz con los cuadros de los llamados «comisarios de castidad», que acostumbraban a vivir del chantaje. Véase Moritz Bermann, *María Theresa und Kaiser Joseph II*, Viena-Leipzig, 1881. Debo esta referencia a Robert Pick.

¹⁰⁴ Es cierto que la gran organización policial es pagada con los beneficios del trabajo esclavo; lo sorprendente es que el presupuesto de la policía no se halle enteramente nutrido por tales ingresos; Kravchenko, *op. cit.*, menciona unos impuestos especiales con los que la NKVD grava a los ciudadanos condenados que siguen viviendo y trabajando en libertad.

¹⁰⁵ Véase Fritz Thyssen, *I Paid Hitler*, Londres, 1941.

¹⁰⁶ Véase *Nazi Conspiracy*, I, pp. 916 y 917. La actividad económica de las SS radicaba en una oficina central para cuestiones económicas y administrativas. Ante la Hacienda, las SS declaraban su capital como «propiedad del partido reservada para fines especiales» (carta del 5 de mayo de 1943, citada por M. Wolfson, *Uebersicht der Gliederung verbrecherischer Nazi-Organisationen*. Omgus, diciembre de 1947).

sos, Himmler sumó los antiguos métodos de chantaje de los servicios secretos en épocas de crisis financiera: en sus comunidades, las SS constituyeron grupos de «Amigos de las SS», que tenían que «proporcionar voluntariamente» los fondos precisos para las necesidades de los agentes locales de las SS¹⁰⁷. (Resulta notable que en sus diferentes operaciones financieras, la policía secreta nazi no explotara a sus prisioneros. Excepto en los últimos años de la guerra, cuando el empleo del material humano en los campos de concentración ya no estaba solamente determinado por Himmler, el trabajo en los campos «no tuvo otro propósito racional que el de aumentar la carga y la tortura de los infortunados prisioneros».)¹⁰⁸

Sin embargo, estas irregularidades financieras son los únicos y no muy importantes rastros de la tradición de la policía secreta. Son posibles por obra del desprecio general de los regímenes totalitarios hacia las cuestiones económicas y financieras, de forma tal que métodos que en condiciones normales serían ilegales y distinguirían a la policía secreta de otros más respetables departamentos de la Administración ya no denotan que estamos aquí refiriéndonos a un departamento que disfruta de independencia, no es controlado por otras autoridades y vive en una atmósfera de irregularidad, irrespetabilidad e inseguridad. La posición de la policía secreta totalitaria, por el contrario, ha quedado completamente estabilizada y sus servicios se hallan plenamente integrados en la administración. No sólo se encuentra la organización más allá del umbral de la ley, sino que, más bien, es la encarnación de la ley, y su respetabilidad queda por encima de toda sospecha. Ya no organiza crímenes por su propia iniciativa, ya no provoca atentados contra el estado y la sociedad y austeramente procede contra todas las formas de soborno, chantaje y ganancias financieras irregulares. La lección moral, combinada con muy tangibles amenazas, que el mismo Himmler pudo permitirse dar a sus hombres en medio de la guerra —«Tenemos la moral adecuada... para barrer a este pueblo (judío) que está decidido a barrernos, pero no tenemos derecho a enriquecernos en manera alguna, ya sea mediante un abrigo de pie-

¹⁰⁷ Véase Kohn-Bramstedt, *op. cit.*, p. 112. El motivo del chantaje queda claramente revelado si consideramos que este tipo de recogida de fondos era siempre organizado por las unidades locales de las SS en los lugares donde se hallaban estacionadas (véase *Der Weg der SS*, publicado por la *SS-Hauptamt-Schulungsamt*, sin fecha, p. 14).

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 124. A este respecto se establecieron ciertos compromisos en atención a los requerimientos correspondientes al mantenimiento de los campos y a las necesidades personales de las SS. Véase Wolfson, *op. cit.*, carta del 18 de septiembre de 1941, de Oswald Pohl, jefe de la *WVF (Wirtschafts- und Verwaltungs-Hauptamt)*, al comisario del Reich para el control de los precios. Parece que todas estas actividades económicas en los campos de concentración se desarrollaron sólo durante la guerra y bajo la presión de una aguda escasez de mano de obra.

les, un reloj, un solo marco o un cigarrillo...»¹⁰⁹ — plantea algo insólito en la historia de la policía secreta. Si todavía sigue preocupada por los «pensamientos peligrosos», difícilmente son éstos los que las personas sospechosas saben que son peligrosos; la regimentación de toda la vida intelectual y artística exige un constante restablecimiento y revisión de las normas, que, naturalmente, son acompañados por repetidas eliminaciones de intelectuales cuyos «pensamientos peligrosos» consisten habitualmente en ciertas ideas que aún eran enteramente ortodoxas el día anterior. Mientras que, por eso, se ha tornado superflua su función policíaca en el sentido reconocido del término, la función económica de la policía secreta, a veces considerada como reemplazadora de la primera, es aún más dudosa. Es innegable, con seguridad, que periódicamente la NKVD recoge un porcentaje de la población soviética y la envía a campos que son conocidos bajo la halagadora y equívoca designación de campos de trabajo forzado¹¹⁰; sin embargo, aunque es completamente posible que ésta sea la forma que tiene la Unión Soviética de resolver su problema de desempleo, es también generalmente sabido que la producción de esos campos es infinitamente más baja que la del trabajo ordinario soviético y que difícilmente basta para pagar los gastos del aparato policíaco.

Ni dudosa ni superflua es la función política de la policía secreta, el «mejor organizado y el más eficiente» de todos los departamentos gubernamentales¹¹¹ en el aparato del poder del régimen totalitario. Constituye la verdadera rama ejecutiva del gobierno a través de la cual son transmitidas todas las

¹⁰⁹ Discurso de Himmler, de octubre de 1943, en Posen: *International Military Trials*, Nuremberg, 1945-1946, vol. 29, p. 146.

¹¹⁰ «Bek Bulat (pseudónimo literario de un ex profesor soviético) ha podido estudiar documentos de la NKVD del Cáucaso septentrional. Por estos documentos resulta obvio que en junio de 1937, cuando se hallaba en su cúspide la Gran Purga, el gobierno ordenó a las NKVD locales que detuvieran a un determinado porcentaje de su población... El porcentaje variaba de una provincia a otra, llegando a ser de un 5 por ciento en las áreas menos leales. La media para el conjunto de la Unión Soviética era, aproximadamente, de un 3 por ciento», según informa David J. Dallin, en *The new Leader*, 8 de enero de 1949. Beck y Godin, *op. cit.*, p. 239, llegan a un supuesto ligeramente diferente y completamente plausible, según el cual las «detenciones eran planeadas de la siguiente manera: Los archivos de la NKVD abarcaban prácticamente a toda la población y todo el mundo se hallaba clasificado en una determinada categoría. Así se disponía en cada ciudad de estadísticas que señalaban cuántos antiguos blancos, cuántos miembros del partido adversarios, etc., vivían allí. En los archivos entraba también todo el material incriminante recogido... y obtenido de las confesiones de los detenidos y se marcaba la tarjeta de cada persona para señalar cuán peligrosa se la consideraba; esa consideración dependía del material sospechoso e incriminante que apareciera en el archivo. Como de las estadísticas se informaba regularmente a las autoridades superiores, era posible preparar una purga en cualquier momento con completo conocimiento del número exacto de personas de cada categoría.

¹¹¹ Baldwin, *op. cit.*

órdenes. A través de la red de agentes secretos, el gobernante totalitario ha creado para sí mismo una directa correa de transmisión ejecutiva que, a diferencia de la estructura del tipo de cebolla de la jerarquía ostensible, se halla completamente separada y aislada de todas las demás instituciones¹¹². En este sentido, los agentes de la policía secreta constituyen la única clase abiertamente dominante en los países totalitarios, y sus normas y escala de valores penetran todo el tejido de la sociedad totalitaria.

Desde este punto de vista puede no resultar demasiado sorprendente que ciertas cualidades peculiares de la policía secreta sean cualidades generales de la sociedad totalitaria más que peculiaridades de la policía secreta totalitaria. La categoría del sospechoso abarca así, bajo las condiciones totalitarias, a toda la población; cada pensamiento que se desvía de la línea oficialmente prescrita y permanentemente cambiante es ya sospechoso, sea cual fuere el campo de actividad humana en que suceda. Simplemente por su capacidad de pensar, los seres humanos son sospechosos por definición, y esta sospecha no puede ser descartada en razón de una conducta ejemplar, porque la capacidad humana para pensar es también una capacidad para cambiar la mente propia. Como, además, es imposible llegar a conocer más allá de la duda el corazón de otro hombre —en este contexto, la tortura es sólo el intento desesperado y eternamente fútil de lograr lo que no puede lograrse—, la sospecha no puede ser mitigada si ya no existen como realidades sociales (diferenciadas de las simplemente psicológicas) una comunidad de valores ni las previsibilidades del interés propio. La sospecha mutua, por eso, cala todas las relaciones sociales en los países totalitarios y crea una atmósfera omnipenetrante al margen de la esfera especial de la policía secreta.

En los regímenes totalitarios, la provocación, antaño especialidad del agente secreto, se convierte en un método de tratar con el vecino, que se ve forzado a utilizar todo el mundo, voluntaria o involuntariamente. Todo el mundo, de alguna forma, es el *agent provocateur* de todo el mundo; porque, obviamente, todo el mundo se calificaría a sí mismo de *agent provocateur* si llegara a la atención de las autoridades un intercambio incluso ordinario y

¹¹² Los cuadros de la policía secreta rusa estaban tan a «disposición personal» de Stalin como se hallaban a disposición personal de Hitler las tropas de choque de las SS (*Verfügungstruppen*). Ambas, incluso si eran llamadas a servir con las fuerzas militares en tiempo de guerra, vivían conforme a su propia jurisdicción. Las «leyes matrimoniales» especiales que servían para segregar a las SS del resto de la población fueron las primeras y más fundamentales normas que introdujo Hitler cuando se encargó de la reorganización de las SS. Incluso antes de las leyes matrimoniales de Himmler, en 1927, se impuso a las SS una orden especial: el no participar «nunca en las discusiones de las reuniones de miembros del partido» (*Der Weg der SS*, *op. cit.*). La misma conducta ha sido descrita respecto de los miembros de la NKVD, que se mantienen deliberadamente aparte y que sobre todo jamás se relacionan con otras secciones de la aristocracia del partido (Beck y Godin, *op. cit.*, p. 163).

amistoso de «pensamientos amistosos» (o lo que mientras tanto se haya convertido en «pensamientos peligrosos»). La colaboración de la población en la denuncia de los adversarios políticos y la prestación de servicio voluntario como agente provocador no carecen ciertamente de precedentes, pero en los países totalitarios se hallan tan bien organizadas que el trabajo de los especialistas es casi superfluo. En un sistema de espionaje ubicuo, donde todo el mundo puede ser un agente de policía y donde cada individuo se siente sometido constantemente a vigilancia; bajo circunstancias, además, en las que las carreras profesionales son extremadamente inseguras y los ascensos y caídas más espectaculares son sucesos cotidianos, cada palabra se torna equívoca y queda sometida a una interpretación retrospectiva.

La ilustración más sorprendente de la penetración de la sociedad totalitaria por los métodos y normas de la policía secreta puede hallarse en la cuestión de las carreras profesionales. El agente doble en los regímenes no totalitarios servía a la causa a la que se suponía que había de combatir casi tanto, y a veces más, que las autoridades. Frecuentemente, albergaba una especie de doble ambición: deseaba ascender en las filas de los partidos revolucionarios tanto como en las filas de los servicios. Para conseguir ascensos en ambos campos sólo tenía que aceptar ciertos métodos que en una sociedad normal correspondían a los ensueños del pequeño empleado que depende de su antigüedad para el ascenso: a través de sus conexiones con la policía podía eliminar ciertamente a sus superiores y rivales en el partido, y a través de sus conexiones con los revolucionarios tenía al menos una oportunidad de desembarazarse de su jefe en la policía¹¹³. Si consideramos las condiciones de las carreras profesionales en la actual sociedad rusa, la semejanza con tales métodos resulta sorprendente. Los altos funcionarios no sólo deben sus puestos a las purgas que eliminaron a sus predecesores, sino que aceleran sus ascensos de esta forma en todos los caminos de la vida. Cada diez años, aproximadamente, una purga de alcance nacional deja espacio para la nueva generación, recientemente graduada y hambrienta de puestos. El mismo gobierno ha establecido para este ascenso las condiciones que antiguamente tenía que crear el agente de policía.

Este giro violento y regular de toda la gigantesca maquinaria administrativa, aunque impide el desarrollo de la competencia, tiene muchas ventajas: asegura la relativa juventud de los funcionarios e impide una estabilización de condiciones que, al menos en tiempos de paz, se halla preñada de peligros para la dominación totalitaria; eliminando la antigüedad y el mérito, impide el desarrollo de las lealtades que normalmente ligan a los miembros jóvenes

¹¹³ Es típica la espléndida carrera del agente de policía Malinowsky, que acabó como diputado de los bolcheviques en el Parlamento (véase Bertram D. Wolfe, *op. cit.*, cap. XXXI).

de un cuerpo con sus mayores, de cuya opinión y buena voluntad dependen sus ascensos; barren de una vez por todas los peligros del paro y aseguran a todo el mundo un puesto compatible con su preparación. Así, en 1939, después de que llegó a su final la gigantesca purga de la Unión Soviética, Stalin pudo observar con gran satisfacción que «el partido era capaz de elevar a los puestos dirigentes en los asuntos del estado o del partido a más de 500.000 jóvenes bolcheviques»¹¹⁴. La humillación implícita en el hecho de deber un puesto a la injusta eliminación del predecesor de cada uno tiene el mismo efecto desmoralizante que la eliminación de los judíos tuvo en las profesiones alemanas; convierte a cada poseedor de un puesto de trabajo en consciente cómplice de los crímenes de un gobierno, de los que es beneficiario tanto si le gusta como si no le gusta, con el resultado de que, cuanto más sensible resulte ser el individuo humillado, más ardentemente defenderá al régimen. En otras palabras, este sistema es el resultado lógico del principio del jefe en sus implicaciones totales y la mayor garantía posible de la lealtad, en cuanto que hace que el medio de vida de cada nueva generación dependa de la línea política actual del jefe que inició la purga creadora de puestos de trabajo. También hace realidad la identidad de los intereses públicos y privados, de la que acostumbran a mostrarse tan orgullosos los defensores de la Unión Soviética (o, en la versión nazi, la abolición de la esfera de la vida privada), hasta el punto de que cualquier individuo, de cualquier importancia, deba toda su existencia al interés político del régimen, y cuando esta identidad de intereses de hecho queda rota y la purga siguiente le barre del puesto, el régimen se asegura de que desaparezca del mundo de los vivos. En forma no muy diferente, el agente doble se halla identificado con la causa de la revolución (sin la cual perdería su puesto) y no sólo con la policía secreta. En esta esfera, también, una ascensión espectacular puede solamente acabar en una muerte anónima, dado que es más improbable que pueda jugarse indefinidamente el doble juego. El gobierno totalitario, cuando fija para el ascenso en todas las carreras condiciones que habían prevalecido anteriormente sólo entre los proscritos sociales, ha efectuado uno de los cambios más trascendentales en psicología social. La psicología del agente doble, que se muestra dispuesto a pagar el precio de la brevedad de una vida por la exaltada existencia de unos pocos años en la cumbre, se convirtió necesariamente en la filosofía en cuestiones personales de toda la generación posrevolucionaria en Rusia y, en menor, pero aún muy peligroso, grado, en la Alemania de la posguerra.

Esta es la sociedad, penetrada por normas y viviendo conforme a métodos que antaño fueron monopolio de la policía secreta, en la que funciona la

¹¹⁴ Cita de Avtorjanov, *op. cit.*

policía secreta totalitaria. Sólo en las fases iniciales, cuando todavía se desarrolla una lucha por el poder, son sus víctimas aquellos que pueden ser sospechosos de oposición. Luego prosigue su carrera totalitaria con la persecución del enemigo objetivo, que puede ser el judío o los polacos (como en el caso de los nazis) o los llamados «contrarrevolucionarios», una acusación que «en la Rusia soviética... es formulada... antes de que se haya suscitado cuestión alguna respecto del comportamiento [de los acusados]», que pueden ser personas que en un cierto tiempo poseyeron una tienda o una casa o cuyos «padres o abuelos tuvieron semejantes cosas»¹¹⁵, o que resultaron pertenecer a una de las fuerzas de ocupación del Ejército Rojo, o eran rusos de origen polaco. Sólo en su fase última y completamente totalitaria quedaban abandonados los conceptos del enemigo objetivo y del delito lógicamente posible, y eran elegidas las víctimas completamente al azar y, sin llegar a ser acusadas, declaradas incapaces de vivir. Esta nueva categoría de «indeseables» puede consistir, como en el caso de los nazis, en enfermos mentales o en personas con enfermedades pulmonares o cardíacas, o, en la Unión Soviética, en personas que hayan sido comprendidas en ese porcentaje, diferente en cada provincia, cuya deportación haya quedado determinada.

Esta consecuente arbitrariedad niega la libertad humana más eficazmente de lo que podría negarla cualquier tiranía. Uno tiene por lo menos que ser enemigo de una tiranía para ser castigado por ésta. La libertad de opinión no quedaba abolida para aquellos que eran lo suficientemente valientes como para arriesgar sus cuellos. Teóricamente, la elección de la oposición existe también en los regímenes totalitarios; pero semejante libertad queda casi invalidada si la realización de un acto voluntario sólo asegura un «castigo» que cualquiera puede tener que soportar en cualquier caso. En este sistema, la libertad no sólo ha menguado hasta su última y aparentemente todavía indestructible garantía, la posibilidad del suicidio, sino que ha perdido su sello distintivo porque las consecuencias de su ejercicio son compartidas por personas completamente inocentes. Si Hitler hubiera tenido tiempo para hacer realidad su sueño de una ley sanitaria general alemana, el hombre que padeciera una enfermedad pulmonar habría quedado sujeto al mismo destino que un comunista durante los primeros años del régimen nazi y que un judío durante los últimos. En forma semejante, el adversario del régimen que en Rusia sufre el mismo destino que millones de personas enviadas a los campos de concentración con objeto de cubrir ciertas cuotas; sólo alivia a la policía de la tarea de la elección arbitraria. El inocente y el culpable son igualmente indeseables.

¹¹⁵ *The Dark Side of the Moon*, Nueva York, 1947.

El cambio en el concepto del delito y de los delincuentes determina los nuevos métodos de la policía secreta totalitaria. Los delincuentes son castigados; los indeseables desaparecen de la faz de la tierra; el único rastro que dejan tras de sí es el recuerdo de aquellos que les conocieron y les amaron, y una de las tareas más difíciles de la policía secreta consiste en asegurarse de que desaparecerán incluso semejantes rastros junto con el hombre condenado.

Se dice que la Ojrana, predecesora zarista de la GPU, inventó un sistema de archivo en el que cada sospechoso era anotado en una gran tarjeta en el centro de la cual aparecía su nombre dentro de un gran círculo rojo; sus amigos políticos eran designados dentro de círculos rojos menores, y sus amistades no políticas, por círculos verdes; los círculos pardos señalaban a personas en contacto con amigos del sospechoso, pero no conocidas personalmente por éste; las interrelaciones entre los amigos del sospechoso, políticos y no políticos, y los amigos de sus amigos quedaban señaladas por líneas entre los círculos respectivos¹¹⁶. Obviamente, las limitaciones de este método venían impuestas sólo por el tamaño de las tarjetas, y, teóricamente, una gigantesca y única tarjeta podría mostrar las relaciones e interrelaciones de toda la población. Y éste es el objetivo utópico de la policía secreta totalitaria. Ha renunciado al anhelo de la policía, que se supone que hace realidad el detector de mentiras, y ya no trata de averiguar quién es quién o qué piensa quién. (El detector de mentiras es quizás el ejemplo más gráfico de la fascinación que este sueño ejerce aparentemente sobre la mentalidad de todos los policías; porque, obviamente, el complicado mecanismo de detección difícilmente podrá demostrar nada más que la sangre fría o el temperamento nervioso de sus víctimas. Realmente, el razonamiento simplista que subyace en el empleo de este mecanismo sólo puede ser explicado por el deseo irracional de que al fin y al cabo sea posible alguna forma de lectura de pensamiento.) Este antiguo sueño ya resultaba lo suficientemente terrible y desde tiempo inmemorial ha conducido a la tortura y a las más abominables crueldades. Contaba sólo con una cosa en su favor: pedía lo imposible. El sueño moderno de la policía totalitaria, con sus técnicas modernas, es incomparablemente más terrible. Ahora, la policía sueña con que una mirada al gigantesco mapa en la pared de un despacho baste en cualquier momento dado para determinar quién está relacionado con quién y en qué grado de intimidad, y, teóricamente, este sueño no es irrealizable aunque su ejecución técnica esté llamada a ser algo difícil. Si este mapa existiera realmente, ni siquiera el recuerdo se alzaría en el camino de la búsqueda totalitaria de la dominación. Semejante mapa podría hacer posible borrar a las personas sin dejar rastro, como si nunca hubieran existido.

¹¹⁶ Véase Laporte, *op. cit.*, p. 39.

Si puede confiarse en los informes de los agentes detenidos de la NKVD, la policía secreta rusa ha llegado desagradablemente cerca de este ideal de dominación totalitaria. La policía dispone de *dossiers* secretos sobre cada habitante del vasto país en los que se señalan cuidadosamente las muchas relaciones que existen entre las personas, desde las casuales hasta las genuinamente amistosas y las familiares; sólo para descubrir estas relaciones es por lo que son tan estrechamente interrogados los acusados, cuyos «delitos» han quedado de cualquier manera «objetivamente» establecidos antes de su detención. Finalmente, por lo que se refiere al don de la memoria, tan peligroso para la dominación totalitaria, los observadores extranjeros consideran que, «si es cierto que los elefantes nunca olvidan, Rusia nos parece ser lo opuesto de los elefantes... La psicología soviética rusa parece hacer realmente posible el olvido»¹¹⁷.

Puede advertirse cuán importante para el aparato de dominación total es esta completa desaparición de sus víctimas en los ejemplos en que, por una razón u otra, el régimen se ha visto enfrentado con el recuerdo de los supervivientes. Durante la guerra, un comandante de las SS cometió el terrible error de informar a una mujer francesa de la muerte de su marido en un campo de concentración alemán. Este descuido determinó un pequeño alud de órdenes e instrucciones a todos los comandantes de los campos, advirtiéndoles de que en ninguna circunstancia se facilitara información al mundo exterior¹¹⁸. El hecho es que, por lo que a la viuda francesa concernía, su marido había dejado supuestamente de vivir en el momento de su detención, o, más bien, había cesado incluso de haber vivido. Análogamente, los funcionarios de la policía soviética, acostumbrados a este sistema desde su nacimiento, sólo podían sentirse sorprendidos ante aquellas personas de la Polonia ocupada que trataban desesperadamente de averiguar lo que había sido de sus amigos y parientes detenidos¹¹⁹.

En los países totalitarios todos los lugares de detención dirigidos por la policía quedan convertidos en verdaderos pozos del olvido en los que las personas caen por accidente y sin dejar tras de sí los rastros ordinarios de su anti-gua existencia, como un cuerpo y una tumba. En comparación con esta novísima invención para hacer desaparecer a la gente, el anticuado medio del asesinato, político o común, resultaba desde luego ineficaz. El asesino deja tras sí un cuerpo, y aunque trate de borrar los rastros de su propia identidad, no tiene poder para borrar la identidad de su víctima del recuerdo del mundo

¹¹⁷ Beck y Godin, *op. cit.*, pp. 127 y 234.

¹¹⁸ Véase *Nazi Conspiracy*, VII, pp. 84 y ss.

¹¹⁹ *The Dark Side of the Moon*.

superviviente. La operación de la policía secreta, por el contrario, se encarga milagrosamente de que la víctima nunca haya existido.

La relación entre la policía secreta y las sociedades secretas es obvia. El establecimiento de la primera siempre ha necesitado y utilizado el argumento de los peligros suscitados por la existencia de las últimas. La policía secreta totalitaria es la primera en la historia que ni necesita ni utiliza los anticuados pretextos de todos los tiranos. El anonimato de sus víctimas, que no pueden ser calificadas de enemigas del régimen y cuya identidad es desconocida para los perseguidores hasta que se produce la decisión arbitraria del gobierno, que las elimina del mundo de los vivos y extermina su recuerdo del mundo de los muertos, está más allá de todo secreto, más allá del más estricto silencio, más allá del gran dominio de la doble vida que la disciplina de las sociedades conspiradoras acostumbra a imponer a sus miembros.

Los movimientos totalitarios que, durante su ascensión al poder, imitan ciertas características de la organización de las sociedades secretas y que, sin embargo, se establecen a la luz del día crean una verdadera sociedad secreta sólo después de su llegada al poder. La sociedad secreta de los regímenes totalitarios es la policía secreta; el único secreto estrictamente guardado que existe en un país totalitario concierne a las operaciones de la policía y a las condiciones de los campos de concentración¹²⁰. Desde luego, la población, en general, y los miembros del partido, específicamente, conocen todos los hechos generales: que existen campos de concentración, que desaparecen personas, que son detenidas personas inocentes; al mismo tiempo, cada persona en un país totalitario sabe también que el mayor delito es hablar siquiera de estos «secretos». Considerando que un hombre depende para su conocimiento de la afirmación y de la comprensión de sus semejantes, esta información, generalmente compartida, pero individualmente guardada y nunca comunicada, pierde su realidad y asume la naturaleza de una simple pesadilla. Sólo aquellos que entran en posesión del conocimiento estrictamente esotérico concerniente a las nuevas y eventuales categorías de indeseables y de los métodos operativos de los cuadros se hallan en posición de comunicarse entre sí acerca de lo que realmente constituye la realidad para todos. Sólo ellos están en posición de creer en lo que saben que es cierto. Éste es su secreto, y para guardar este secreto quedan establecidos como una organización secreta. Siguen siendo miembros de ésta aunque la organización secreta les detenga, les obligue a hacer confesiones y, finalmente, les liquide. Mientras guarden el

¹²⁰ «Había poco en las SS que no fuera secreto. El mayor secreto era el de las prácticas en los campos de concentración. Ni siquiera los miembros de la Gestapo eran admitidos... en los campos sin un permiso especial» (Eugen Kogon, *Der SS-Staat*, Múnich, 1946, p. 297).

secreto, pertenecen a la élite, y, como regla, no lo traicionan aunque estén en prisión o en campos de concentración¹²¹.

Ya hemos observado que una de las muchas paradojas que hieren al sentido común del mundo no totalitario es el empleo aparentemente irracional que el totalitarismo hace de los métodos conspiradores. Los movimientos totalitarios, perseguidos aparentemente por la policía, usan muy escasamente de los métodos de conspiración para el derrocamiento del gobierno en su lucha por el poder, mientras que el totalitarismo en el poder, tras haber sido reconocido por todos los gobiernos y aparentemente evolucionado desde su fase revolucionaria, desarrolla una verdadera policía secreta como núcleo de su gobierno y del poder. Parece que el reconocimiento oficial es considerado una amenaza mayor para el contenido conspirador del movimiento totalitario, una amenaza de desintegración interna, que las frías medidas policíacas de los regímenes no totalitarios.

La verdad de la cuestión es que los dirigentes totalitarios, aunque se hallan convencidos de que deben seguir consecuentemente la ficción y las reglas del mundo ficticio que quedaron establecidas durante su lucha por el poder, sólo gradualmente descubren las implicaciones totales de este mundo ficticio y de sus reglas. Su fe en la omnipotencia humana, su convicción de que todo puede hacerse a través de la organización, les lleva a experiencias que la imaginación humana puede haber esbozado, pero que la actividad humana ciertamente jamás realizó. Sus odiosos descubrimientos en el terreno de lo posible se hallan inspirados por un cientificismo ideológico que ha demostrado hallarse menos controlado por la razón y menos inclinado a reconocer los hechos que las más salvajes fantasías de la especulación precientífica y prefilosófica. Establecen la sociedad secreta que ya no opera a la luz del día, la sociedad de la policía secreta, del soldado político o del combatiente ideológicamente preparado, para poder realizar la indecente investigación experimental sobre lo que es posible.

Por otra parte, la conspiración totalitaria contra el mundo no totalitario, su reivindicación de dominación total, prosiguen tan abiertas y patentes bajo condiciones de dominación totalitaria como en los movimientos totalitarios. Esta reivindicación es inculcada en la población coordinada de «simpatizantes» en la forma de una supuesta conspiración de todo el mundo contra su propio país. La dicotomía totalitaria es propagada convirtiendo en deber de cada ciudadano en el exterior informar a su país como si fuera un agente

¹²¹ Beck y Godin, *op. cit.*, p. 169, señalan cómo los funcionarios de la NKVD, cuando eran detenidos, «cuidaban muy especialmente de no revelar ninguno de los secretos de la NKVD».

secreto y tratando a cada extranjero como a un espía de su correspondiente país¹²². Y es la realización práctica de esta dicotomía, no los secretos militares o de otro tipo, la que impone la existencia de telones de acero para separar a los habitantes de un país totalitario del resto del mundo. Su verdadero secreto, los campos de concentración, esos laboratorios en el experimento de dominación total, está protegido por los regímenes totalitarios de los ojos de su propio pueblo, tanto como de los demás.

Durante un considerable lapso de tiempo la normalidad del mundo normal es la protección más eficaz contra la revelación de los crímenes en masa de los regímenes totalitarios. «Los hombres normales no saben que todo es posible»¹²³, se niegan a creer en lo monstruoso ante sus ojos y oídos, de la misma manera que el hombre-masa no confía en sus ojos y oídos ante una realidad normal en la que no hay lugar para él¹²⁴. La razón por la que los regímenes totalitarios pueden llegar tan lejos en la realización de un mundo ficticio y trastornado es la de que el mundo exterior no totalitario, que siempre comprende una gran parte de la población del mismo país no totalitario, incurre también en el error de confundir sus deseos con realidades y elude la realidad frente al mundo normal. Esta renuencia del sentido común a creer en lo monstruoso se ve constantemente reforzada por el mismo gobernante totalitario, que se asegura de que jamás se publiquen estadísticas fidedignas, hechos y cifras controlables, de manera tal que sólo haya informes subjetivos, improbables y no fiables respecto de los lugares de los muertos vivientes.

Por obra de esta política, los resultados del experimento totalitario son sólo parcialmente conocidos. Aunque poseemos informaciones suficientes de los campos de concentración para afirmar las posibilidades de dominación total y para echar un vistazo al abismo de «lo posible», no conocemos el grado de transformación del carácter bajo un régimen totalitario. Aún menos sabemos cuántas de las personas normales que nos rodean estarían dispuestas a aceptar el estilo totalitario de vida —es decir, a pagar el precio de una vida considerablemente más corta por la garantía de realización de sus sueños profesionales. Es fácil com-

¹²² Es típico el siguiente diálogo descrito en *The Dark Side of the Moon*: «Al reconocimiento de que uno había estado fuera de Polonia, según invariablemente la siguiente pregunta: "¿Para quién estaba usted espionando...?". Un hombre preguntó "Pero ustedes también tienen visitantes extranjeros. ¿Creerían ustedes que son espías?". La respuesta fue: "¿Qué es lo que cree? ¿Tan necios nos supone como para no darnos cuenta de ello?".»

¹²³ David Rousset, *The Other Kingdom*, Nueva York, 1947.

¹²⁴ Los nazis eran perfectamente conscientes del muro de incredulidad que rodeaba a su empresa. Un informe secreto de Rosenberg acerca de la matanza de 5.000 judíos en 1943 declara explícitamente: «Imagínese que estos hechos llegaran a ser conocidos al otro lado y explotados por ellos. Lo más probable es que semejante propaganda no tuviera efecto sólo porque la gente que oye y lee acerca de eso simplemente no estaría dispuesta a creerlo» (*Nazi Conspiracy*, I, p. 1001).

prender el grado en el que la propaganda totalitaria e incluso algunas instituciones totalitarias responden a las necesidades de las nuevas masas desarraigadas, pero resulta casi imposible conocer cuántas de esas personas, si llegaron a verse expuestas a una constante amenaza de desempleo, aceptarían de buena gana una «política demográfica» que consistiera en la eliminación regular de las personas excedentarias, y cuántas, una vez que hubieran comprendido completamente su creciente incapacidad para soportar las cargas de la vida moderna, se conformarían de buen grado con un sistema que, junto con la espontaneidad, eliminara responsabilidad.

En otras palabras, aunque conocemos la forma de operar y la función específica de la policía secreta totalitaria, no sabemos hasta qué grado corresponde el «secreto» de esta sociedad secreta a los deseos secretos y a las complicidades secretas de las masas de nuestro tiempo.

3. Dominación total

Los campos de concentración y exterminio de los regímenes totalitarios sirven de laboratorios en los que se pone a prueba la creencia fundamental del totalitarismo de que todo es posible. En comparación con éste, todos los demás experimentos revisten una importancia secundaria, incluyendo aquellos realizados en el campo de la medicina, cuyos horrores han sido detalladamente expuestos en los procesos contra los médicos del III Reich, aunque resulta característico que tales laboratorios fueran utilizados para experimentos de todo tipo.

La dominación total, que aspira a organizar la pluralidad y diferenciación infinitas de los seres humanos como si la humanidad fuese justamente un individuo, sólo es posible si todas y cada una de las personas pudieran ser reducidas a una identidad nunca cambiante de reacciones, de forma tal que pudieran intercambiarse al azar cada uno de estos haces de reacciones. El problema es fabricar algo que no existe, es decir, un tipo de especie humana que se parezca a otras especies animales, cuya única «libertad» consistiría en «preservar la especie»¹²⁵. La dominación trata de lograr este objetivo tanto a través del adoctrinamiento ideológico de las formaciones de élite como a través del terror absoluto en los campos; y las atrocidades para las que son implacablemente empleadas las formaciones de élite se han convertido, en realidad, en aplicación práctica del adoctrinamiento ideológico —en terreno de pruebas en el que debe demostrarse éste— mientras que se supone que el aterra-

¹²⁵ En las *Tischgespräche*, Hitler menciona varias veces que él «[anhela] una condición en la que cada individuo sepa que vive y muere para la preservación de su especie» (p. 349): «Una mosca pone millones de huevos, todos los cuales perecen. Pero las moscas siguen existiendo».

dor espectáculo de los mismos campos ha de proporcionar la comprobación «teórica» de la ideología.

Los campos son concebidos no sólo para exterminar a las personas y degradar a los seres humanos, sino también para servir a los terribles experimentos de eliminar, bajo condiciones científicamente controladas, la misma espontaneidad como expresión del comportamiento humano y de transformar la personalidad humana en una simple cosa, en algo que ni siquiera son los animales; porque el perro de Pavlov, que, como sabemos, había sido preparado para comer no cuando tuviera hambre, sino cuando sonara una campana, era un animal pervertido.

Bajo circunstancias normales esto no puede ser jamás llevado a cabo, porque la espontaneidad no puede ser enteramente eliminada mientras esté conectada no sólo con la libertad humana, sino con la misma vida, en el sentido de estar uno simplemente vivo. Sólo en los campos de concentración es posible semejante experimento, y por eso no son sólo «*la société la plus totalitaire encore réalisée*» (David Rousset), sino el ideal social de la dominación total en general. De la misma manera que la estabilidad del régimen totalitario depende del aislamiento del mundo ficticio del movimiento respecto del mundo exterior, así el experimento de dominación total en los campos de concentración depende del aislamiento respecto del mundo de todos los demás, del mundo de los vivos en general, incluso del mundo exterior de un país bajo dominación totalitaria. Este aislamiento explica la irrealidad peculiar y la falta de credibilidad que caracteriza a todos los relatos sobre los campos de concentración y que constituye una de las principales dificultades para la verdadera comprensión de la dominación totalitaria, que permanece o desaparece al mismo tiempo que la existencia de estos campos de concentración y de exterminio; porque, por improbable que pueda parecer, tales campos son la verdadera institución central del poder organizador totalitario.

Existen numerosos informes de supervivientes¹²⁶. Cuanto más auténticos son, menos tratan de comunicar lo que rehúye a la comprensión humana y la experiencia humana —los sufrimientos, es decir, lo que transforma a los hombres en «animales que no se quejan»¹²⁷. Ninguno de esos relatos inspira a

¹²⁶ Los mejores informes sobre los campos nazis de concentración son los de David Rousset, *Les jours de notre mort*, París, 1947; Eugen Kogon, *op. cit.*; Bruno Bettelheim, «On Dachau and Buchenwald» (de mayo de 1938 a abril de 1939), en *Nazi Conspiracy*, VII, pp. 824 y ss. Por lo que se refiere a los campos soviéticos de concentración, véase la excelente compilación de informes de supervivientes polacos, publicada bajo el título *The Dark Side of the Moon*; también David J. Dallin, *op. cit.*, aunque sus informaciones son a veces menos convincentes porque proceden de «destacadas» personalidades inclinadas a redactar manifiestos y acusaciones.

¹²⁷ *The Dark Side of the Moon*: la introducción subraya también esta peculiar falta de comunicación: «Recuerdan, pero no se comunican».

los hombres aquellas pasiones de ultraje y simpatía mediante las cuales se han sentido siempre movilizados en pro de la justicia. Al contrario, cualquiera que hable o escriba acerca de los campos de concentración es considerado como un sospechoso; y si quien habla ha regresado decididamente al mundo de los vivos, él mismo se siente asaltado por dudas con respecto a su verdadera sinceridad, como si hubiese confundido una pesadilla con la realidad¹²⁸.

Esta duda de las personas respecto de sí mismas y respecto de la realidad de su propia experiencia solamente revela lo que los nazis siempre habían sabido: que los hombres resueltos a cometer crímenes hallarán oportuno organizarlos en la escala más vasta y más improbable. No sólo porque ello torna inadecuados y absurdos todos los castigos previstos por el sistema legal, sino porque la misma inmensidad de los crímenes garantiza que los asesinos, que proclaman su inocencia con toda clase de mentiras, serán más fácilmente creídos que sus víctimas, quienes dicen la verdad. Los nazis ni siquiera llegaron a considerar necesario reservarse para sí mismos este descubrimiento. Hitler hizo publicar millones de ejemplares de su libro, en el que declaraba que, para tener éxito, una mentira tiene que ser enorme —lo que no impidió que la gente le creyera, como, de manera similar, la afirmación de los nazis, repetida *ad nauseam*, de que los judíos serían exterminados como piojos (es decir, con gases venenosos) no impidió a nadie *no* creerles.

Existe una gran tentación de desembarazarse de lo intrínsecamente increíble por medio de racionalizaciones liberales. En cada uno de nosotros acecha un liberal que nos halaga con la voz del sentido común. El camino hacia la dominación totalitaria pasa por muchas fases intermedias, para las cuales podemos hallar numerosos precedentes y analogías. El terror extraordinariamente sangriento de la fase inicial de la dominación totalitaria sirve, desde luego, al propósito exclusivo de derrotar a los adversarios y de hacer imposible toda oposición ulterior; pero el terror total comienza sólo después de haber sido superada esta fase inicial y cuando el régimen ya no tiene nada que

¹²⁸ Véase especialmente Bruno Bettelheim, *op. cit.* «Parecía como si yo hubiera llegado a convencerme de que, de alguna manera, aquellas horribles y degradantes experiencias no me sucedían a "mi" como sujeto, sino a "mí" como objeto. Esta experiencia fue corroborada por las declaraciones de otros presos... Era como si yo viera suceder cosas en las que sólo participaba vagamente... "Esto no puede ser cierto, tales casos no suceden"... Los presos tenían que convencerse de que todo aquello era real, que sucedía realmente y que no se trataba de una pesadilla. Jamás lo lograron por completo.»

Véase también Rousset, *op. cit.*, p. 213, a"... los que no lo han visto con sus propios ojos no pueden creerlo. ¿Tomó usted mismo en serio los rumores sobre las cámaras de gas antes de venir hasta aquí?

—No —le dije.

—¿... ve? Bien, todos son como usted. Todos los de París, Londres, Nueva York, incluso en Birkenau, aquí mismo, al lado mismo del crematorio... segufan mostrándose incrédulos cinco minutos antes de ser enviados al sótano del crematorio...».

temer de la oposición. En este contexto se ha señalado frecuentemente que en semejante caso los medios se han convertido en el fin, pero ello es, después de todo, sólo un reconocimiento, bajo paradójico disfraz, de que ya no se aplica la categoría de que «el fin justifica los medios», de que el terror ha perdido su «finalidad», de que ya no son los medios los que asustan a la gente. Tampoco basta ya la explicación de que la revolución, como en el caso de la francesa, está devorando a sus propios hijos, porque el terror continúa incluso después de que haya sido devorado cada uno de los que pudieran ser descritos en una capacidad o en otra como hijos de la revolución —las facciones rusas, los centros de poder del partido, el ejército y la burocracia. Muchos de los hechos que en nuestros días se han convertido en especialidad del gobierno totalitario son muy bien conocidos a través del estudio de la historia. Siempre ha habido guerras de agresión; las matanzas de las poblaciones hostiles tras una victoria carecieron de frenos hasta que los romanos las mitigaron introduciendo el *parcere subjectis*; a través de los siglos, el exterminio de las poblaciones nativas corrió parejo con la colonización de las Américas, Australia y África; la esclavitud es una de las más antiguas instituciones de la humanidad, y todos los imperios de la Antigüedad se hallaban basados en el trabajo de los esclavos propiedad del estado, que erigían sus edificios públicos. Ni siquiera fueron invención de los movimientos totalitarios los campos de concentración. Emergieron por vez primera durante la guerra de los bóers, al comienzo del siglo, y siguieron siendo utilizados en la Unión Sudafricana, tanto como en la India, para «elementos indeseables»; también aquí hallamos por vez primera el término «custodia protectora», que fue más tarde adoptado por el III Reich. Estos campos corresponden en muchos aspectos a los campos de concentración al comienzo de la dominación totalitaria; eran utilizados para «sospechosos» cuyos delitos no podían ser probados y que no podían ser sentenciados tras procesos legales ordinarios. Todo ello señala claramente a los métodos totalitarios de dominación; todos estos son elementos que se utilizan, desarrollan y cristalizan sobre la base del principio nihilista de que «todo está permitido», que heredaron y dieron por supuesto. Pero allí donde estas nuevas formas de dominación asumen su estructura auténticamente totalitaria superan este principio, que sigue ligado a los motivos utilitarios y al interés propio de los dominadores y penetran en un terreno que hasta ahora nos resultaba completamente desconocido: el terreno donde «todo es posible». Y, de forma bastante característica, éste es precisamente el terreno que no puede quedar limitado ni por motivos utilitarios ni por el interés propio, cualquiera que sea el contenido de éste.

Lo que se rebela contra el sentido común no es el principio nihilista de que «todo está permitido», que se hallaba ya contenido en la concepción uti-

litaria y decimonónica del sentido común. Lo que el sentido común y la «gente normal» se niegan a creer es que todo sea posible¹²⁹. En la experiencia presente o recibida tratamos de comprender elementos que simplemente superan nuestra capacidad de comprensión. Tratamos de clasificar como criminal algo para lo que, como todos sentimos, no había sido concebido semejante categoría. ¿Qué significado tiene el concepto de asesinato cuando nos enfrentamos con la producción en masa de cadáveres? Tratamos de comprender el comportamiento psicológico de los internados en los campos de concentración y de los hombres de las SS, cuando lo que debe comprenderse es que el verdadero espíritu *puede* ser destruido sin llegar siquiera a la destrucción física del hombre; y que, desde luego, el espíritu, el carácter y la individualidad, bajo determinadas circunstancias, sólo parecen expresarse por la rapidez o la lentitud con la que se desintegran¹³⁰. En cualquier caso, el resultado final es el hombre inanimado, es decir, el hombre que ya no puede ser psicológicamente comprendido y cuyo retorno al mundo psicológicamente humano o inteligiblemente humano se parece estrechamente a la resurrección de Lázaro. Todas las declaraciones del sentido común, tanto si son de naturaleza psicológica como sociológica, sirven sólo para animar a aquellos que consideran «superficial detenerse en los horrores»¹³¹.

Si es cierto que los campos de concentración son la institución más consecuente de la dominación totalitaria, «detenerse en los horrores» parecería indispensable para la comprensión del totalitarismo. Pero la reminiscencia no puede lograr más de lo que logra el incommunicativo relato de un testigo ocular. En ambos casos existe una tendencia inherente a apartarse de la experiencia; instintiva o racionalmente, ambos tipos de relatos denotan la conciencia del abismo que separa al mundo de los vivos del de los muertos vivientes, de no poder proporcionar más que una serie de hechos recordados que parecen tan increíbles a aquellos que los relatan como a quienes les escuchan. Sólo pueden permitirse seguir pensando en esos horrores las temerosas imaginaciones de aquellos que se han sentido conmovidos por semejantes hechos, pero que no los han sufrido en su propia carne, de aquellos que, en consecuencia, se ven libres del terror bestial y desesperado que, cuando uno se enfrenta con el terror presente y real, paraliza inexorablemente todo lo que no sea una simple reacción. Tales pensamientos resultan útiles sólo para la percepción de los contextos políticos y para la movilización de las pasiones políticas. Un cambio de personalidad, sea del tipo que sea, no puede ser

inducido por el hecho de reflexionar sobre los horrores, como tampoco puede inducirlo la experiencia real del horror. La reducción de un hombre a un haz de reacciones le separa tan radicalmente como una enfermedad mental de todo lo que dentro de él es personalidad o carácter. Cuando como Lázaro, surge de los muertos, halla su personalidad o carácter inalterados, justo como él los dejó.

De la misma manera que el horror, o pensar sobre el horror, no puede provocar en los hombres un cambio de carácter, no puede hacer a los hombres mejores o peores, tampoco puede convertirse en la base de una comunidad o de un partido en su sentido más estrecho. Los intentos de construir una élite europea con un programa de comprensión intraeuropea basado en la experiencia común europea de los campos de concentración fracasaron de la misma manera que los intentos que siguieron a la Primera Guerra Mundial para extraer conclusiones políticas de la experiencia internacional de la generación del frente. En ambos casos resultó que las mismas experiencias solamente podían comunicar banalidades nihilistas¹³². Las consecuencias políticas, tales como el pacifismo de la posguerra, por ejemplo, se derivaban del temor general a la guerra, no de la experiencia de la guerra. En lugar de producir un pacifismo desprovisto de realidad, la percepción de la estructura de las guerras modernas, guiadas y movilizadas por el miedo, podía haber conducido a la comprensión de que la única norma para una guerra necesaria es la lucha contra las condiciones bajo las cuales la gente ya no desea vivir, y nuestra experiencia sobre el infierno atormentador de los campos totalitarios nos ha ilustrado muy bien acerca de la posibilidad de semejantes condiciones¹³³. Así, el temor a los campos de concentración y la resultante percepción sobre la naturaleza de la dominación total pueden servir para invalidar todas las anticuadas diferenciaciones políticas de la derecha a la izquierda y para introducir, junto a ellas y por encima de ellas, el criterio más importante para juzgar los acontecimientos de nuestro tiempo, es decir, para determinar si sirven o no sirven a la dominación totalitaria.

En cualquier caso, la imaginación temerosa tiene la gran ventaja de disolver las interpretaciones sofisticado-dialécticas de la política que se hallan basadas en la superstición de que algo bueno puede resultar del mal. Semejante acrobacia dialéctica poseía una cierta apariencia de justificación mientras lo

¹²⁹ El libro de Rousset contiene muchos de tales «atisbos» sobre la «naturaleza» humana, basados principalmente en la observación de que al cabo de un cierto tiempo la mentalidad de los internados es difícilmente distinguible de la de los guardias del campo.

¹³⁰ Rousset, *op. cit.*, p. 587.

¹³¹ Véase Georges Bataille, en *Critique*, enero de 1948, p. 72.

¹³² El libro de Rousset contiene muchos de tales «atisbos» sobre la «naturaleza» humana, basados principalmente en la observación de que al cabo de un cierto tiempo la mentalidad de los internados es difícilmente distinguible de la de los guardias del campo.

¹³³ Para evitar equívocos puede resultar apropiado añadir que con la intervención de la bomba de hidrógeno toda la cuestión de la guerra ha experimentado un cambio decisivo. Un debate sobre esta cuestión supera, desde luego, los límites del tema en este libro.

¹²⁹ El primero en comprender esto fue Rousset, en *L'univers concentrationnaire*, 1947.

¹³⁰ Rousset, *op. cit.*, p. 587.

¹³¹ Véase Georges Bataille, en *Critique*, enero de 1948, p. 72.

peor que un hombre podía infligir a un hombre era la muerte. Pero, como hoy sabemos, la muerte es sólo un mal limitado. El asesino que mata a un hombre —a un hombre que en cualquier caso tiene que morir— todavía se mueve dentro de un terreno que nos es familiar, el de la vida y el de la muerte; ambos tienen una necesaria conexión sobre la que se halla establecida la dialéctica, incluso aunque no siempre se tenga conciencia de ello. El asesino deja un cadáver tras de sí y no pretende que su víctima no haya existido nunca; si borra todos los rastros son los de su propia identidad, y no los del recuerdo y del dolor de las personas que amaban a la víctima; destruye una vida, pero no destruye el hecho de la misma existencia.

Los nazis, con la precisión que les caracterizaba, acostumbraban a registrar sus operaciones en los campos de concentración con la rúbrica «Noche y niebla» (*Nacht und Nebel*). El radicalismo de las medidas encaminadas a tratar a la gente como si nunca hubiera existido, y para hacerla desaparecer en el sentido literal de la palabra, con frecuencia no resulta evidente a primera vista, porque tanto el sistema alemán como el ruso no son uniformes, sino que consisten en una serie de categorías en las que las personas son tratadas de forma muy diferente. En el caso de Alemania, tales categorías solían existir en el mismo campo, pero sin estar en contacto unas con otras. Frecuentemente, el aislamiento entre las categorías era aún más estricto que el aislamiento respecto del mundo exterior. Así, debido a consideraciones raciales, los ciudadanos escandinavos eran tratados por los alemanes durante la guerra de una forma completamente diferente de la de los miembros de otros pueblos, aunque tales escandinavos fueran enemigos declarados de los nazis. Los otros, a su vez, se dividían en dos grupos: el de aquellos cuyo «exterminio» se hallaba fijado en la agenda para fecha inmediata (como en el caso de los judíos) o podía esperarse en un futuro previsible (como en el caso de los polacos, los rusos y los ucranianos) y el de aquellos que no se veían todavía afectados por instrucciones relativas a semejante «solución final» general, como en el caso de los franceses y de los belgas. En Rusia, por otra parte, hemos de distinguir tres sistemas más o menos independientes. En primer lugar, existen los grupos de auténticos trabajadores forzados que viven en relativa libertad y son sentenciados a períodos limitados. En segundo lugar, están los campos de concentración en los que el material humano es implacablemente explotado y donde el índice de mortalidad resulta extraordinariamente elevado, pero que se hallan esencialmente organizados para fines de trabajo. Y en tercer lugar, están los campos de aniquilamiento, en donde los internos son sistemáticamente exterminados a través del hambre y la ausencia de cuidados.

El auténtico horror de los campos de concentración y exterminio radica en el hecho de que los internos, aunque consigan mantenerse vivos, se hallan más

efectivamente aislados del mundo de los vivos que si hubieran muerto, porque el terror impone el olvido. Aquí el homicidio es tan impersonal como el aplastamiento de un mosquito. Cualquiera puede morir como resultado de la tortura sistemática o de la inanición o porque el campo esté repleto y sea preciso liquidar el material humano superfluo. De la misma manera, puede resultar que, por escasez de nuevos envíos humanos, surja el peligro de la despoblación de los campos y se dé el orden de reducir a cualquier precio el índice de mortalidad¹³⁴. David Rousset tituló sus relatos sobre el período pasado en un campo de concentración alemán *Les Jours de notre mort*, y, desde luego, sucede como si existiera una posibilidad de dar permanencia al mismo proceso de morir y de imponer una condición en la que tanto la muerte como la vida son obstruidas con idéntica eficacia.

Es la aparición de algún mal radical, anteriormente desconocido por nosotros, la que pone fin a la noción de desarrollo y transformación de cualidades. Aquí, no existen normas políticas ni históricas ni simplemente morales, sino, todo lo más, la comprensión de que en la política moderna hay implicado algo que realmente nunca debería haber estado, tal como nosotros comprendemos la política, a saber, el todo o nada. Todo significa una indeterminada infinidad de formas de vida en común. La nada, es decir, una victoria de los campos de concentración, significaría para los seres humanos el mismo destino inexorable que el empleo de la bomba de hidrógeno para el destino de la raza humana.

No existen paralelos para la vida en los campos de concentración. Su horror nunca puede ser abarcado completamente por la imaginación por la simple razón de que permanecen al margen de la vida y de la muerte. Nunca puede ser totalmente descrito, por la razón de que el superviviente retorna al mundo de los vivos, lo que le hace imposible creer por completo en sus propias experiencias pasadas. Es como si hubiera tenido que relatar lo sucedido en otro planeta, porque el estatus de los internos para el mundo de los vivos, donde se supone que nadie sabe si tales internos viven o han muerto, es tal

¹³⁴ Esto sucedió en Alemania hacia finales de 1942, tras lo cual Himmler advirtió a todos los comandantes de campo que «redujeran a cualquier precio el índice de mortalidad». Porque había resultado que, de los 136.000 recién enviados a los campos, 70.000 habían muerto ya al llegar a los campos o perecieron inmediatamente después (véase *Nazi Conspiracy*, IV, anexo II). Ulteriores informes de los campos de la Rusia soviética confirman que después de 1949 —es decir, cuando todavía vivía Stalin— el índice de mortalidad en los campos de concentración, que anteriormente había llegado a ser del 60 por ciento de los internados, fue sistemáticamente reducido, presumiblemente en razón de una escasez general y aguda de mano de obra en la Unión Soviética. No debe confundirse este mejoramiento en las condiciones de vida con la crisis del régimen tras la muerte de Stalin, que, característicamente, fue primeramente advertida en los campos de concentración (véase *Grenzen der Soujettmacht*, de Wilhelm Starlinger, Würzburg, 1955).

como si jamás hubieran nacido. Por ello, todos los paralelos crean confusión y distraen la atención de lo que es esencial. El trabajo forzado en las prisiones y en las colonias penitenciarias, la deportación y la esclavitud parecen, por un momento, ofrecer comparaciones válidas, pero en un examen más atento se advierte que no llevan a ninguna parte.

El trabajo forzado como castigo se halla limitado en el tiempo y en la intensidad. El condenado conserva sus derechos sobre su cuerpo; no es absolutamente torturado ni es absolutamente dominado. La deportación expulsa al deportado sólo de una parte del mundo a otra parte del mundo también habitada por seres humanos; no le excluye por completo del mundo humano. A través de la historia, la esclavitud ha sido una institución dentro de un orden social; los esclavos no eran, como son los internos en los campos de concentración, apartados de la vista y, por ello, de la protección de sus semejantes. Como instrumentos de trabajo, tenían un precio definido, y como propiedad, un valor definido. El interno en el campo de concentración no tiene precio, porque siempre puede ser sustituido; nadie sabe a quién pertenece, porque nunca es visto. Desde el punto de vista de una sociedad normal es absolutamente superfluo, aunque en tiempos de aguda escasez de mano de obra, como en Rusia y en Alemania durante la guerra, sea empleado para el trabajo.

El campo de concentración como institución no fue establecido en beneficio de cualquier posible rendimiento laboral; la única función económica permanente en el campo ha sido la financiación de su propio aparato supervisor; así, desde el punto de vista económico, los campos de concentración existen principalmente en su propio beneficio. Cualquier trabajo que haya sido realizado habría podido ser acometido mejor y a menor precio bajo condiciones diferentes¹³⁵. Especialmente Rusia, cuyos campos de concentración son principalmente descritos como campos de trabajo forzado porque la burocracia soviética ha decidido dignificarles con este nombre, revela más

¹³⁵ Véase Kogon, *op. cit.*, p. 58: «Una gran parte del trabajo realizado en los campos de concentración carecía de utilidad, o bien era superfluo, o había sido tan mal proyectado que tenía que ser realizado dos o tres veces». También Bettelheim, *op. cit.*, pp. 831 y 832: «Especialmente los nuevos internados eran obligados a realizar tareas carentes de sentido... y preferían trabajar aún más duramente para producir algo útil...». Incluso Dallin, que basó todo su libro en la tesis de que el propósito de los campos rusos era lograr trabajo barato, se ve forzado a reconocer la deficiencia del trabajo de los campos (*op. cit.*, 105).

Las teorías corrientes sobre el sistema ruso de campos como medida económica para proporcionar trabajo barato quedarían claramente refutadas si resultaran ser ciertas las recientes noticias acerca de amnistías en masa y la abolición de los campos de concentración. Porque, si los campos han servido para una importante finalidad económica, el régimen no se podría haber permitido, desde luego, su rápida liquidación sin graves consecuencias para todo el sistema económico.

claramente que el trabajo forzado no es la cuestión primaria; el trabajo forzado es la condición normal de todos los trabajadores rusos, que carecen de libertad de movimientos y pueden ser arbitrariamente reclutados para trabajar en cualquier sitio y en cualquier momento. La inverosimilitud de los horrores está estrechamente ligada a su inutilidad económica. Los nazis condujeron esta inutilidad hasta el grado de una franca antiutilidad cuando en plena guerra, a pesar de la escasez de materiales de construcción y de material rodante, establecieron enormes y costosas fábricas de exterminio y transportaron a millones de personas de un lado para otro¹³⁶. A los ojos de un mundo estrictamente utilitario, la contradicción obvia entre estos actos y la conveniencia militar proporcionaba a toda la empresa un aire de enloquecida irrealidad.

Esta atmósfera de enloquecimiento e irrealidad, creada por una aparente falta de objetivos, es el verdadero telón de acero que oculta todas las formas de los campos de concentración de las miradas del mundo. Vistos desde fuera, esos campos y las cosas que suceden en esos campos pueden ser descritos sólo mediante imágenes extraídas de una vida posterior a la muerte, es decir, de una vida desprovista de cualquier propósito terrenal. Los campos de concentración pueden ser correctamente divididos en tres tipos, correspondientes a las tres concepciones básicas occidentales de la vida después de la muerte: Hades, Purgatorio e Infierno. Al Hades corresponden esas formas relativamente suaves, antaño populares en los países no totalitarios, para apartar del camino a los elementos indeseables de todo tipo —refugiados, apátridas, asociales y parados—; así, los campos de personas desplazadas, que no son nada más que campos para personas que se han tornado superfluas y molestas, sobrevivieron a la guerra. El Purgatorio queda representado por los campos de trabajo de la Unión Soviética, donde la desatención queda combinada con un caótico trabajo forzado. El Infierno, en el sentido más literal, fue encarnado por aquellos tipos de campos perfeccionados por los nazis, en los que toda la vida se hallaba profunda y sistemáticamente organizada con objeto de proporcionar el mayor tormento posible.

Los tres tipos tienen algo en común: las masas humanas encerradas en esos campos son tratadas como si ya no existieran, como si lo que les sucediera careciera de interés para cualquiera, como si ya estuviesen muertas y algún

¹³⁶ Aparte de los millones de personas a quienes los nazis trasladaron a los campos de exterminio, ensayaron constantemente nuevos planes de colonización: transportaron a alemanes de Alemania o de los territorios ocupados hasta el este, con propósito de colonización. Este fue, desde luego, un serio obstáculo a las acciones militares y a la explotación económica. Por lo que se refiere a las numerosas discusiones sobre estos temas y al constante conflicto entre la jerarquía civil nazi en los territorios ocupados en el este y la jerarquía de las SS, véase especialmente el volumen XXIX de *Trial of the Major War Criminals*, Nuremberg, 1947.

enloquecido espíritu maligno se divertiera en retenerlas durante cierto tiempo entre la vida y la muerte antes de admitirlas en la paz eterna.

No son tanto las alambradas como la irrealidad expertamente manufacturada de aquellos a quienes cercan lo que provoca tan enormes crueldades y, en definitiva, hace que el exterminio parezca una medida perfectamente normal. Todo lo que se ha hecho en los campos es conocido del mundo de las fantasías perversas y malignas. Lo difícil de comprender es que, como tales fantasías, estos horribles crímenes se desarrollen en un mundo fantasmal que, sin embargo, se ha materializado, por así decirlo, en un mundo que está completo y que posee todos los datos sensibles de la realidad, pero que carece de esa estructura de consecuencia y de responsabilidad sin la cual la realidad sigue siendo para nosotros una masa de datos incomprensibles. El resultado es que se ha establecido un lugar donde los hombres pueden ser torturados y asesinados y, sin embargo, ni los atormentadores ni los atormentados, y menos aún los que se hallan fuera, pueden ser conscientes de que lo que está sucediendo es algo más que un cruel juego o un sueño absurdo¹³⁷.

Las películas que los aliados presentaron en Alemania y en todas partes después de la guerra demostraron claramente que esa atmósfera de locura y de irrealidad no quedaba disipada por el puro reportaje. Para el observador sin prejuicios, estas imágenes son tan convincentes como las fotografías de figuras misteriosas tomadas en sesiones espiritistas¹³⁸. El sentido común reaccionaba ante los horrores de Buchenwald y Auschwitz con este argumento plausible: «¿Qué crimen no habrían cometido éstos cuando les hicieron tales cosas!»; o en Alemania y en Austria, entre el hambre, la superpoblación y el odio generalizado: «¡Lástima que dejáramos de gasear a los judíos!»; y en todas partes, con ese escéptico encogimiento de hombros que aguarda a la propaganda ineficaz.

Si la propaganda de la verdad no logra convencer a la persona media porque resulta demasiado monstruosa, es positivamente peligrosa para aquellos que saben por su propia imaginación lo que son capaces de hacer y que por

¹³⁷ Bettelheim, *op. cit.*, señala que los guardias de los campos mostraban una actitud respecto de la atmósfera de irrealidad similar a la de los mismos internados.

¹³⁸ Es de alguna importancia comprender que todas las imágenes de los campos de concentración resultan engañosas en tanto que muestran a los campos en sus últimas fases, en el momento en que entraban las tropas aliadas. No existían campos de la muerte en la propia Alemania y todo el equipo de exterminio había sido ya desmantelado. Por otra parte, lo que provocó el horror de los aliados principalmente y lo que da a las películas su dureza especial —es decir, la vista de los esqueletos humanos— no era en absoluto típico de los campos de concentración alemanes; el exterminio era sistemáticamente realizado por gas, no por hambre. La condición de los campos era resultado de los acontecimientos bélicos durante los últimos meses: Himmler había ordenado la evacuación de todos los campos de exterminio en el este; en consecuencia, los campos alemanes se veían abarrotados y el carecía ya de poder para asegurar el suministro de alimentos en Alemania.

ello se muestran perfectamente deseosos de creer en la realidad de lo que han visto. Súbitamente se torna evidente que cosas que durante miles de años la imaginación humana había apartado a un lugar más allá de la competencia humana pueden ser logradas aquí mismo, en la tierra; que el Infierno y el Purgatorio, e incluso una sombra de su duración perpetua, pueden lograrse mediante los más modernos métodos de destrucción y terapia. Para estas personas (que en cualquier gran ciudad son más numerosas de lo que nos gustaría reconocer), el infierno totalitario demuestra sólo que el poder del hombre es más grande de lo que se habían atrevido a pensar y que el hombre puede hacer realidad diabólicas fantasías sin que el cielo se caiga o la tierra se abra.

Estas analogías, repetidas en muchos relatos del mundo de los moribundos¹³⁹, parecen expresar más que un desesperado intento de decir lo que está fuera del terreno de la expresión humana. Nada distingue quizá tan radicalmente a las modernas masas de las de siglos anteriores como la pérdida de la fe en un Juicio Final: los peores han perdido su temor y los mejores han perdido su esperanza. Incapaces de vivir sin temor y sin esperanza, estas masas se sienten atraídas por cualquier esfuerzo que parezca prometer la fabricación humana del Paraíso que ansiaban y del Infierno que temían. De la misma manera que las características popularizadas de la sociedad sin clases de Marx tienen una ridícula semejanza con la edad mesiánica, así la realidad de los campos de concentración a nada se parece tanto como a las imágenes medievales del Infierno.

Lo único que no puede reproducirse es lo que hacía tolerable al hombre las concepciones tradicionales del Infierno: el Juicio Final, la idea de una norma absoluta de justicia combinada con la posibilidad infinita de gracia. Porque en la consideración humana no hay crimen ni pecado proporcionado a los tormentos eternos del Infierno. De ahí el desconcierto del sentido común, que pregunta: ¿Qué crimen habrán cometido estas personas para sufrir tan inhumanamente? De ahí la absoluta inocencia de las víctimas: ningún hombre se merece esto. De ahí, finalmente, el grotesco azar por el que son elegidas las víctimas de los campos de concentración para el perfecto estado de terror: semejante «castigo» puede ser infligido a cualquiera, con igual justicia e injusticia.

En comparación con el insano resultado final —la sociedad del campo de concentración—, el proceso por el que los hombres son preparados para este fin y los métodos por los que los individuos son adaptados a estas condi-

¹³⁹ Rousset, *op. cit.*, *passim*, subrayó que la vida en un campo de concentración era, simplemente, un proceso de prolongación de la agonía.

ciones resultan transparentes y lógicos. La insana fabricación en masa de cadáveres es precedida por la preparación, histórica y políticamente inteligible, de cadáveres vivientes. El impulso y, lo que es más importante, el tácito asentimiento a semejantes condiciones sin precedentes son producto de aquellos acontecimientos que en el período de desintegración política, repentina e inesperadamente, dejaron a centenares de miles de seres humanos sin hogar, sin patria, fuera de la ley e indeseables, mientras que millones de seres humanos se tornaban económicamente superfluos y socialmente onerosos merced al desempleo. Ello a su vez sólo pudo suceder porque los derechos del hombre, que nunca habían sido filosóficamente establecidos, sino simplemente formulados, que nunca habían sido políticamente garantizados, sino simplemente proclamados, habían perdido toda validez en su forma tradicional.

El primer paso esencial en el camino hacia la dominación total es matar en el hombre a la persona jurídica. Ello se logra, por un lado, colocando a ciertas categorías de personas fuera de la protección de la ley y obligando al mismo tiempo al mundo no totalitario, a través del instrumento de la desnacionalización, al reconocimiento de la ilegalidad; ello se logra, por otro lado, situando al campo de concentración fuera del sistema penal ordinario y seleccionando a sus internos fuera del procedimiento judicial normal en el que a un delito definido corresponde una pena previsible. Así, los delincuentes, que por otras razones son un elemento esencial en la sociedad del campo de concentración, sólo son enviados habitualmente a un campo para completar su sentencia de cárcel. Bajo todas las circunstancias, la dominación totalitaria trata de que las categorías reunidas en el campo —judíos, portadores de enfermedades, representantes de las clases moribundas— hayan perdido ya su capacidad tanto para la acción normal como para la delictiva. Propagandísticamente, esto significa que la «custodia protectora» es considerada como una «medida policial preventiva»¹⁴⁰, es decir, como una medida que priva a las personas de su capacidad de actuar. Las desviaciones de esta norma en Rusia deben ser atribuidas a la catastrófica escasez de prisiones y a un deseo, hasta ahora no realizado, de transformar todo el sistema penal en un sistema de campos de concentración¹⁴¹.

La inclusión de delincuentes es una necesidad para hacer plausible la afirmación propagandística del movimiento según la cual la institución existe

¹⁴⁰ Maunz, *op. cit.*, p. 50, insiste en que los delincuentes nunca deberían ser enviados a los campos durante el tiempo de encarcelamiento que les impuso su sentencia.

¹⁴¹ La escasez de espacio carcelario en Rusia fue tal que en el año 1925-1926 sólo pudieron ser cumplidas un 36 por ciento de las sentencias de los tribunales (véase Dallin, *op. cit.*, pp. 158 y ss.).

para los elementos asociales¹⁴². Los delincuentes no pertenecen propiamente a los campos de concentración, aunque sólo sea porque es más difícil matar a la persona jurídica en un hombre que es culpable de algún delito que en una persona totalmente inocente. Si constituyen una categoría permanente entre los internos, es una concesión del estado totalitario a los prejuicios de la sociedad, que puede de esta manera acostumbrarse más fácilmente a la existencia de los campos. Por otra parte, para mantener intacto el sistema mismo del campo es esencial, mientras haya en el país un sistema penal, que los delincuentes sean enviados a los campos sólo tras la conclusión de su sentencia, es decir, cuando tienen derecho a su libertad. Bajo ninguna circunstancia debe convertirse el campo de concentración en un castigo calculable para delitos definidos.

La amalgama de delincuentes con todas las restantes categorías posee además la ventaja de hacer aún más horriblemente evidente a los que lleguen después que han aterrizado en el más bajo nivel de la sociedad. Pronto resulta, verdaderamente, que tienen todas las razones para envidiar al ladrón o al asesino más bajos; pero, mientras tanto, el bajo nivel es un buen comienzo. Además, constituye un medio efectivo de camuflaje: esto les sucede sólo a los delincuentes y no pasa nada peor que lo que merecidamente les ocurre a los delincuentes.

En todas partes los delincuentes constituyen la aristocracia de los campos. (En Alemania, durante la guerra, fueron sustituidos como grupo dirigente por los comunistas, porque ni siquiera podía realizarse un mínimo de trabajo racional bajo las condiciones caóticas creadas por una administración de delincuentes. Esto fue simplemente una transformación temporal de los campos de concentración en campos de trabajos forzados, fenómeno profundamente atípico de limitada duración.)¹⁴³ Lo que coloca a los delincuentes a la cabeza no es tanto la afinidad entre el personal supervisor y los elementos delictivos (en la Unión Soviética los supervisores no eran aparentemente, como sí lo eran las SS, una élite especialmente preparada para cometer críme-

¹⁴² «La Gestapo y las SS concedieron siempre una gran importancia a la mezcla de las categorías de internos en sus campos. No hubo campo alguno en el que todos los internados pertenecieran a una sola categoría» (Kogon, *op. cit.*, p. 19).

En Rusia también era costumbre, desde el principio, mezclar a los presos políticos con los comunes. Durante los primeros diez años del poder soviético, los grupos políticos de izquierda disfrutaron de ciertos privilegios; sólo tras el completo desarrollo del carácter totalitario del régimen «después del final de los años veinte, los presos políticos fueron oficialmente tratados como inferiores a los presos comunes» (Dallin, *op. cit.*, pp. 177 y ss.).

¹⁴³ El libro de Rousset adolece de una sobreestimación de la influencia de los comunistas alemanes, que dominaron la administración interna de Buchenwald durante la guerra.

nes)¹⁴⁴ como el hecho de que sólo los criminales han sido enviados al campo en relación con alguna actividad definida. Ellos al menos saben por qué están en un campo de concentración y por eso han conservado un resto de su persona jurídica. Para los presos políticos esto es sólo subjetivamente cierto; sus acciones, en tanto que fueron tales y no simples opiniones o sospechas de alguien o afiliación accidental a un grupo políticamente desaprobado, no se hallan como norma cubiertas por el sistema normal del país ni están jurídicamente definidas¹⁴⁵.

A la amalgama de políticos y de delincuentes con que comenzaron los campos de concentración en Rusia y en Alemania se añadió, en una fecha temprana, un tercer elemento que había de constituir pronto la mayoría de todos los internos en los campos de concentración. Este grupo más numeroso consistió desde entonces en personas cuyos actos en manera alguna, tanto en su propia conciencia como en la de sus torturadores, guardaban relación con su detención. En Alemania, a partir de 1938, este elemento se hallaba representado por masas de judíos; en Rusia, por cualquier grupo que, por una u otra razón que nada tenía que ver con sus acciones, había caído en desgracia ante las autoridades. Estos grupos, inocentes en todos los sentidos, son los más convenientes para la profunda experimentación de expolio y destrucción de la persona jurídica y por ello ambos constituyen cualitativa y cuantitativamente la categoría más esencial de la población del campo. Este principio alcanzó su más plena realización en las cámaras de gas, que aunque sólo fuera por su enorme capacidad, no podían ser concebidas para casos individuales, sino sólo para personas en general. En este contexto, el diálogo siguiente resume la situación del individuo: «¿Puedo preguntar con qué objeto existen las cámaras de gas?». «¿Para qué has nacido?»¹⁴⁶. Es este tercer grupo de los totalmente inocentes el que, en cualquier caso, lleva la peor parte en los campos. Los delincuentes y los políticos son asimilados a esta categoría y, privados así de la protección distintiva que procede de haber hecho algo, quedan profundamente expuestos a lo arbitrario. El objetivo último, parcialmente logrado en la Unión Soviética y claramente indicado en las últimas fa-

¹⁴⁴ Véase, por ejemplo, el testimonio de la Sra. Buber-Neumann (ex esposa del comunista alemán Heinz Neumann), que sobrevivió a los campos de concentración soviéticos y alemanes: «Los rusos nunca... mostraron la vena sádica de los nazis... Nuestros guardianes rusos eran hombres decentes y no sádicos, pero cumplían fielmente las exigencias del inhumano sistema» (*Under Two Dictators*).

¹⁴⁵ Bruno Bettelheim, «Behavior in Extreme Situations», en *Journal of Abnormal and Social Psychology*, vol. XXXVIII, núm. 4, 1943, describe la autoestima que sienten los presos comunes y los políticos, en comparación con quienes nada han hecho. Estos últimos «eran menos capaces de soportar el choque inicial» y los primeros en desintegrarse. Bettelheim culpa de ello a su procedencia de la clase media.

¹⁴⁶ Rousset, *op. cit.*, p. 71.

ses del terror nazi, es tener a toda la población del campo compuesta de esta categoría de personas inocentes.

Las categorías en que se divide a los internos a su llegada, carentes de significado en sí mismas aunque útiles para la organización, muestran un acusado contraste con el azar por el que éstos son seleccionados. En los campos alemanes había delincuentes, políticos, elementos asociales, transgresores religiosos y judíos, distinguidos todos mediante una insignia. Cuando los franceses establecieron campos de concentración tras la guerra civil española, introdujeron inmediatamente la típica amalgama totalitaria de políticos con delincuentes e inocentes (en este caso, los apátridas), y, a pesar de su inexperiencia, revelaron una notable inventiva, creando categorías sin significado de la solidaridad entre los internos, esta técnica resultó especialmente valiosa, porque nadie podía saber si su propia categoría era mejor o peor que la de otro. En Alemania, este edificio eternamente cambiante, aunque organizado con pendertería, recibió una apariencia de solidez por el hecho de que en todas y cada una de las circunstancias los judíos eran la categoría más baja. La parte más horrible y grotesca de todo esto estribaba en que los internos se identificaban con estas categorías, como si representasen un último y auténtico vestigio de su persona jurídica. Incluso si despreciamos todas las demás circunstancias, no es extraño que un comunista de 1933 saliera de los campos más comunista de lo que había entrado; un judío, más judío, y, en Francia, la esposa de un soldado de la Legión Extranjera, más convencida del valor de la Legión Extranjera; parece como si estas categorías prometieran algún último jirón de trato previsible, como si encarnasen alguna identidad jurídica última y por eso más fundamental.

Mientras que la clasificación de los internos por categorías es sólo una medida táctica y de organización, la selección arbitraria de las víctimas indica el principio esencial de la institución. Si los campos de concentración hubiesen dependido de la existencia de adversarios políticos, difícilmente habrían sobrevivido a los primeros años de los regímenes totalitarios. Basta sólo con echar una mirada al número de internados en Buchenwald en los años posteriores a 1936 para comprender cuán absolutamente necesario era el elemento del inocente para la existencia continuada de los campos. «Los campos habrían concluido si, al efectuar sus detenciones, la Gestapo hubiese considerado sólo el criterio de la oposición»¹⁴⁸, y hacia el final de 1937, Buchen-

¹⁴⁷ Por lo que se refiere a las condiciones en los campos de concentración franceses, véase Arthur Koestler, *Scum of the Earth*, 1941.

¹⁴⁸ Kogon, *op. cit.*, p. 6.

wald, con menos de mil internos, se hallaba próximo al cierre hasta que los pogromos de noviembre llevaron a más de veinte mil nuevos internos¹⁴⁹. En Alemania, este elemento de la inocencia era proporcionado en vasto número por los judíos a partir de 1938; en Rusia consistió en grupos de población, tomados al azar, caídos en desgracia por alguna razón enteramente desconectada de sus acciones¹⁵⁰. Pero, si bien en Alemania no se estableció hasta 1938 el tipo verdaderamente totalitario de campo de concentración con su enorme mayoría de internos completamente «inocentes», en Rusia tales campos se remontan a los primeros años de la década de los años treinta, dado que hasta 1930 la mayoría de la población de los campos de concentración todavía estaba integrada por delincuentes, contrarrevolucionarios y «políticos» (lo que en este caso significaba miembros de las facciones desviacionistas). Desde entonces ha habido tantas personas inocentes en los campos, que es difícil clasificarlas —personas que tenían algún tipo de contacto con un país extranjero, rusos de origen polaco (especialmente entre 1936 y 1938), campesinos cuyas aldeas, por alguna razón económica, habían sido liquidadas; nacionalidades deportadas, soldados desmovilizados del Ejército Rojo que pertenecieron a regimientos que habían permanecido largo tiempo en el exterior como fuerzas de ocupación o habían caído prisioneros de guerra de los alemanes, etc. Pero para el sistema de campos de concentración, la existencia de oposición política es sólo un pretexto, y el fin del sistema no se logra cuando, incluso bajo el más monstruoso terror, la población se torna voluntariamente coordinada, es decir, cuando abandona sus derechos políticos. El propósito de un sistema arbitrario es destruir los derechos civiles de toda la población, que en definitiva se coloca tan fuera de la ley en su propio país como los apátridas y los que carecen de un hogar. La destrucción de los derechos del hombre, la muerte en el hombre de la persona jurídica, es un prerequisite para dominarle enteramente. Y ello se aplica no sólo a categorías especiales, tales como las de delincuentes, adversarios políticos, judíos, homosexuales, sobre quienes se realizaron los primeros experimentos, sino a cada habitante de un estado totalitario. El asentimiento libre resulta tan obstaculizador para la dominación total como la libre oposición¹⁵¹. La detención

¹⁴⁹ Véase *Nazi Conspiracy*, IV, pp. 800 y ss.

¹⁵⁰ Beck y Godin, *op. cit.*, declaran explícitamente que los «adversarios constituyen una proporción relativamente pequeña de la población penitenciaria [rusa]» (p. 87) y que no existía relación de ningún tipo entre «el internamiento de un hombre y cualquier tipo de delito» (p. 95).

¹⁵¹ Bruno Bettelheim, «On Dachau and Buchenwald», cuando analiza el hecho de que la mayoría de los internos «hubieran hecho la paz con los valores de la Gestapo» subraya que «esto no fue resultado de la propaganda... La Gestapo insistió en que de cualquier manera les impedía expresar sus sentimientos» (pp. 483 y 835).

arbitraria de las personas inocentes destruye la validez del asentimiento libre, como la tortura —a diferencia de la muerte— destruye la posibilidad de la oposición.

Cualquier restricción, incluso la más tiránica, a esta arbitraria persecución de ciertas opiniones de una naturaleza religiosa o política, de ciertos modos de comportamiento intelectual, erótico o social, de ciertos «delitos» recientemente inventados, haría superfluos los campos, porque, a la larga, ninguna actitud ni ninguna opinión pueden soportar la amenaza de semejante horror; y, sobre todo, daría paso a un nuevo sistema de justicia que, dado cualquier tipo de estabilidad, no podría dejar de producir en el hombre una nueva persona jurídica, que eludiría la dominación totalitaria. El llamado *Volksnutzen* de los nazis, constantemente fluctuante (porque es útil hoy lo que puede ser perjudicial mañana), y la eternamente cambiante línea del partido que en la Unión Soviética, que, siendo retroactiva, casi diariamente convierte a nuevos grupos de población en candidatos a los campos de concentración, son la única garantía de la existencia continuada de los campos y, por eso, del expolio total y continuado del hombre.

El siguiente paso decisivo en la preparación de los cadáveres vivos es el asesinato de la persona moral en el hombre. Ello se realiza, en general, haciendo imposible el martirio por primera vez en la historia: «¿Cuántas personas siguen creyendo que una protesta ha tenido alguna vez importancia histórica? Este escepticismo es la auténtica obra maestra de las SS, su gran realización. Han corrompido toda solidaridad humana. Aquí la noche ha caído sobre el futuro. Cuando ya no quedan testigos, no puede haber testimonio. Manifestarse cuando ya no puede ser pospuesta la muerte es un intento de dar a la muerte un significado, de actuar más allá de la propia muerte de uno. Para tener éxito, un gesto debe poseer un significado social. Aquí somos centenares de miles, todos viviendo en una absoluta soledad. Por eso es por lo que estamos sometidos a todo lo que pueda suceder»¹⁵².

Los campos y el asesinato de los adversarios políticos son sólo parte de un olvido organizado que no sólo alcanza a los portadores de la opinión pública como la palabra escrita u oral, sino que se extiende incluso a la familia y a los amigos de la víctima. Están prohibidos el dolor y el recuerdo. En la Unión Soviética una mujer presentará una demanda de divorcio inmediatamente después de la detención de su marido para salvar las vidas de sus hijos; y si su

Himmler prohibió explícitamente en los campos la propaganda de cualquier tipo. «La educación consiste en disciplina, jamás en tipo alguno de instrucción sobre una base ideológica.» «Sobre la organización y las obligaciones de las SS y de la Policía», en *National-Politischer Lehrgang der Wehrmacht*, 1937. Cita de *Nazi Conspiracy*, IV, pp. 616 y ss.

¹⁵² Rousset, *op. cit.*, p. 464.

marido regresa, indignada le arrojará de casa¹⁵³. Hasta ahora el mundo occidental, incluso en sus épocas más oscuras, siempre otorgó al enemigo muerto el derecho de ser recordado como un reconocimiento evidente por sí mismo del hecho de que todos somos hombres (y *sólo* hombres). Sólo porque Aquiles accedió a la celebración de los funerales de Héctor, sólo porque los más despóticos gobiernos honraron al enemigo muerto, sólo porque los romanos permitieron a los cristianos escribir su martirologio, sólo porque la iglesia mantuvo a sus herejes vivos en el recuerdo de los hombres, es por lo que nunca se perdió ni jamás se podrá perder su memoria. Los campos de concentración tornaron la muerte en sí misma anónima (haciendo imposible determinar si un prisionero está muerto o vivo), privaron a la muerte de su significado como final de una vida realizada. En un cierto sentido arrebataron al individuo su propia muerte, demostrando por ello que nada le pertenecía y que él no pertenecía a nadie. Su muerte simplemente pone un sello sobre el hecho que en realidad nunca había existido.

Este ataque contra la persona moral podía todavía haber quedado neutralizado por la conciencia del hombre que le dice que es mejor morir como víctima que vivir como burócrata de la muerte. El terror totalitario obtuvo su más terrible triunfo cuando logró apartar a la persona moral del escape individualista y hacer que las decisiones de la conciencia fueran absolutamente discutibles y equívocas. Cuando un hombre se enfrenta con la alternativa de traicionar y de matar así a sus amigos o de enviar a la muerte a su mujer y a sus hijos, de los que es responsable en cualquier sentido; cuando incluso el suicidio significaría la muerte inmediata de su propia familia, ¿cómo puede decidir? La alternativa ya no se plantea entre el bien y el mal, sino entre el homicidio y el homicidio. ¿Quién podría resolver el problema moral de la madre griega a quien los nazis permitieron decidir cuál de sus tres hijos tendría que ser muerto?¹⁵⁴

A través de la creación de condiciones bajo las cuales la conciencia deja de ser adecuada y hacer el bien se torna profundamente imposible, la complicidad conscientemente organizada de todos los hombres en los crímenes de los regímenes totalitarios se extiende a las víctimas y así se torna realmente total. Los hombres de las SS implicaron en sus crímenes a los internos en los campos de concentración —delincuentes, políticos y judíos—, haciéndoles responsables de gran parte de la administración, enfrentándoles de esa manera con el desesperanzador dilema de si enviar a sus amigos a la muerte o si ayudar a matar a otros hombres que resultaban seres extraños y, en cualquier

¹⁵³ Véase el informe de Sergei Malajov, en Dallin, *op. cit.*, pp. 20 y ss.

¹⁵⁴ Véase Albert Camus, en *Twice a Year*, 1947.

caso, obligándoles a comportarse como asesinos¹⁵⁵. El hecho no es sólo que el odio fuera desviado de quienes realmente eran culpables (los *Kapos* eran más odiados que los hombres de las SS), sino que se hallara constantemente enturbiada la línea divisoria entre el perseguidor y el perseguido, entre el asesino y su víctima¹⁵⁶.

Una vez que ha sido muerta la persona moral, lo único que todavía impide a los hombres convertirse en cadáveres vivientes es la diferenciación del individuo, su identidad única. En un ambiente estéril, semejante individualidad puede ser preservada a través del estoicismo persistente y es cierto que, bajo la dominación totalitaria, muchos hombres se han refugiado y siguen refugiándose cada día en este absoluto aislamiento de una personalidad sin derechos o conciencia. No hay duda de que esta parte de la persona humana, precisamente porque depende tan esencialmente de la naturaleza y de las fuerzas que no pueden ser controladas por la voluntad, es la más difícil de destruir (y cuando resulta destruida es la más fácil de reparar)¹⁵⁷.

Los métodos para tratar con esta singularidad de la persona humana son numerosos y no intentaremos enumerarlos. Comienzan con las monstruosas condiciones de los transportes a los campos, cuando centenares de seres humanos son hacinados desnudos en un vagón de ganado, prácticamente pegados entre sí y trasladados durante días y días de una a otra parte del país; continúan con la llegada al campo, el bien organizado *shock* de las primeras horas, el rasurado de la cabeza, la grotesca indumentaria del campo; y concluyen con las torturas profundamente inimaginables, calculadas no para matar el cuerpo, en cualquier caso no para matarlo rápidamente. El propósito de estos métodos, en todas las ocasiones, es manipular el cuerpo humano —con sus infinitas posibilidades de sufrimiento— de tal manera que sea destruida tan inexorablemente la persona humana como lo consiguen ciertas enfermedades mentales de origen orgánico.

Es aquí donde se torna más evidente la profunda locura de todo el proceso. La tortura, desde luego, es una característica esencial de toda la policía y de todo el aparato judicial totalitario; es empleada cada día para hacer hablar a la gente. Este tipo de tortura, como persigue un objetivo definido y racio-

¹⁵⁵ El libro de Rousset, *op. cit.*, consiste ampliamente en discusiones de los presos acerca de este dilema.

¹⁵⁶ Bettelheim, *op. cit.*, describe el proceso por el que los guardias, tanto como los internos, se tornaban «condicionados» a la vida del campo y tenían regresar al mundo exterior.

Por eso, Rousset tiene razón cuando insiste en que la verdad es que «la víctima y el ejecutor son igualmente innobles; la lección de los campos es la hermandad de la abyección» (p. 588).

¹⁵⁷ Bettelheim, *op. cit.*, describe cómo «la preocupación principal de los recién internos parecía ser la de permanecer intactos como personalidad», mientras que el problema de los internos veteranos era «cómo vivir lo mejor posible dentro del campo».

nal, posee ciertas limitaciones: o bien el prisionero habla al cabo de cierto tiempo, o es muerto. A esta tortura, racionalmente dirigida, se añadió en los primeros campos de concentración nazis y en las celdas de la Gestapo otra tortura irracional y de tipo sádico. Utilizada en su mayor parte por los hombres de las SA, no perseguía objetivos ni era sistemática, sino que dependía de la iniciativa de elementos considerablemente anormales. La mortalidad era tan alta que sólo unos pocos internos de los campos de concentración de 1933 sobrevivieron a aquellos primeros años. Este tipo de tortura parecía ser no tanto una calculada institución política como una concesión del régimen a sus elementos criminales y anormales, que eran así premiados por los servicios prestados. Tras la ciega bestialidad de los hombres de las SA existía a menudo un odio y un resentimiento profundos contra los que social, intelectual o físicamente eran mejores que ellos, quienes ahora, como si se hubiesen hecho realidad sus sueños más salvajes, se encontraban a su merced. Este resentimiento, que nunca se extinguió enteramente en los campos, nos sorprende como el último vestigio de un sentimiento humanamente comprensible¹⁵⁸.

El verdadero horror comenzó, sin embargo, cuando los hombres de las SS se encargaron de la administración de los campos. La antigua bestialidad espontánea dio paso a una destrucción absolutamente fría y sistemática de los cuerpos humanos, calculada para destruir la dignidad humana. La muerte se evitaba o se posponía indefinidamente. Los campos ya no eran parques de recreo para bestias con forma humana, es decir, para hombres que realmente pertenecían a manicómios y a prisiones; se tornó cierto lo opuesto: se convirtieron en «centros de entrenamiento» en los que hombres perfectamente normales eran preparados para llegar a ser miembros de pleno derecho de las SS¹⁵⁹.

¹⁵⁸ Rousset, *op. cit.*, p. 390, refiere cómo un hombre de las SS arengaba a un profesor de la siguiente manera: «Tú solías ser un profesor. Bien, ya no eres un profesor. Ya no eres un tipo importante. Ahora sólo eres un enano. No puedes ser más pequeño. El importante soy yo ahora».

¹⁵⁹ Kogon, *op. cit.*, p. 6, habla de la posibilidad de que los campos fueran mantenidos como terrenos de entrenamiento y experimentación para las SS. También proporciona un buen informe sobre la distinción entre los primeros campos, administrados por las SA, y los ulteriores, dirigidos por las SS. «Ninguno de aquellos primeros campos tenía más de mil internos... En ellos la vida agotaba todas las descripciones. Los relatos de los escasos presos que sobrevivieron coinciden en afirmar que apenas había alguna forma de perversión sádica que no fuese practicada por los hombres de las SA. Pero todos eran actos de bestialidad individual, aún no existía un frío sistema completamente organizado que abarcara a masas de hombres. Esta fue la realización de la SS» (p. 7).

Este nuevo sistema mecanizado alivió el sentimiento de responsabilidad tanto como era humanamente posible. Cuando, por ejemplo, llegó la orden de matar cada día varios centenares de prisioneros rusos, la matanza fue realizada disparando por un agujero, sin ver a la víctima (véase «Essai sur la Psychologie de la terreur», de Ernest Feder, en *Synthese*, Bruselas, 1946). Por otro lado, la

La muerte de la individualidad del hombre, de su singularidad conformada en partes iguales por la naturaleza, la voluntad y el destino, que se ha convertido en una premisa tan evidente en todas las relaciones humanas que incluso los gemelos idénticos inspiran una cierta incomodidad, crea un horror que eclipsa ampliamente el ultraje a la persona jurídico-política y la desesperación de la persona moral. Es este horror el que da paso a las generalizaciones nihilistas que mantienen con suficiente plausibilidad que, esencialmente, todos los hombres son como bestias¹⁶⁰. En realidad, la experiencia de los campos de concentración muestra que los seres humanos pueden ser transformados en especímenes del animal humano y que «la naturaleza» del hombre es solamente «humana» en tanto que abre al hombre la posibilidad de convertirse en algo altamente innatural, es decir, en un hombre.

Tras el asesinato de la persona moral y el aniquilamiento de la persona jurídica, la destrucción de la individualidad casi siempre tiene éxito. Concebiblemente, pueden encontrarse algunas leyes de la psicología de masas para explicar por qué millones de seres humanos sólo explicarían la destrucción de la individualidad. Es más significativo que los condenados individualmente a muerte rara vez intentaran llevarse consigo a alguno de sus ejecutores y que apenas hubiera rebeliones graves y que, incluso en el momento de la liberación, se registraran muy pocas matanzas espontáneas de hombres de las SS, porque destruir la individualidad es destruir la espontaneidad, el poder del

perversión era producida artificialmente en hombres, por otra parte, normales. Rousset informa lo siguiente respecto de un guardián de las SS: «Habitualmente sigo pegando hasta que eyaculo. Tengo mujer y tres hijos en Breslau. Yo solía ser perfectamente normal. Esto es lo que han hecho conmigo. Ahora, cuando me dan un permiso no voy a mi casa. No me atrevo a mirar a la cara a mi mujer» (p. 273). Los documentos de la era de Hitler contienen numerosos testimonios acerca de la normalidad media de aquellos a quienes se confió la realización del programa de exterminio de Hitler. Puede hallarse una buena recopilación en «The Weapon of Antisemitism» de Léon Poliakov, publicado por la UNESCO en *The Third Reich*, Londres, 1955. La mayoría de los hombres de las unidades utilizadas para estos fines no eran voluntarios, sino que habían sido reclutados entre la policía corriente para estas tareas especiales. Pero incluso los hombres entrenados de las SS hallaron este tipo de tarea peor que la del combate en el frente. En su informe sobre una ejecución masiva perpetrada por las SS, un testigo presencial elogió a esa unidad, que había sido tan «idealista» como para ser capaz de soportar «todo el exterminio sin la ayuda del alcohol».

El deseo de eliminar todos los motivos personales y todas las pasiones durante los «exterminios» y de mantener así las crueldades en un grado mínimo es revelado por el hecho de que un grupo de médicos e ingenieros encargados de manejar las instalaciones del gas estuvieron realizando constantes perfeccionamientos no sólo concebidos para elevar la capacidad productiva de las fibras de cadáveres, sino también para acelerar y aliviar la agonía.

¹⁶⁰ Esto resulta muy destacado en la obra de Rousset. «Las condiciones sociales de la vida en los campos han transformado a la gran masa de internos, tanto alemanes como deportados, fuera cual fuese su anterior posición social y su educación..., en una canalla degenerada, enteramente sometida a los reflejos primitivos del instinto animal» (p. 183).

hombre para comenzar algo nuevo a partir de sus propios recursos, algo que no puede ser explicado sobre la base de reacciones al medio ambiente y a los acontecimientos¹⁶¹. Sólo quedan entonces fantasmales marionetas con rostro humano que se comportan todas como el perro de los experimentos de Pavlov, que reaccionan todas con perfecta seguridad incluso cuando se dirigen hacia su propia muerte y que no hacen más que reaccionar. Éste es el verdadero triunfo del sistema: «El triunfo de las SS exige que la víctima torturada se deje llevar hasta la trampa sin protestar, que renuncie a sí misma y se abandone hasta el punto de dejar de afirmar su identidad. Y ello no por nada. Los hombres de las SS no desean su derrota gratuitamente, por obra del puro sadismo. Saben que el sistema que logra destruir a su víctima antes de que suba al patíbulo... es incomparablemente el mejor para mantener esclavizado, sometido a todo un pueblo. Nada hay más terrible que estas procesiones de seres humanos caminando como muñecos hacia su muerte. El hombre que ve esto se dice a sí mismo: "Cuán grande es el poder que debe ocultarse en las manos de sus amos para que éstos se hayan sometido de esta manera", y se aparta lleno de amargura, pero derrotado»¹⁶².

Si consideramos seriamente las aspiraciones totalitarias y nos negamos a ser engañados por la afirmación del sentido común según la cual son utópicas e irrealizables, resulta que la sociedad de los moribundos establecida en los campos es la única forma de sociedad en la que es posible dominar enteramente al hombre. Los que aspiran a la dominación total deben liquidar toda espontaneidad, tal como la simple existencia de la individualidad siempre engendrará, y perseguirla hasta en sus formas más particulares, sin importarles cuán apolíticas e inocuas puedan parecer. El perro de Pavlov, espécimen humano reducido a sus reacciones más elementales, el haz de reacciones que puede ser siempre liquidado y sustituido por otro haz de reacciones que se comporten exactamente de la misma manera, es el ciudadano «modelo» de un estado totalitario, y semejante ciudadano sólo puede ser producido imperfectamente fuera de los campos.

La inutilidad de los campos, su antiutilidad cínicamente reconocida, es sólo aparente. En realidad son más esenciales para la preservación del poder

¹⁶¹ A este contexto corresponde también la extraordinaria rareza de suicidios en los campos. El suicidio se producía más a menudo antes de la detención y de la deportación que en el mismo campo, lo que, desde luego, queda parcialmente explicado por el hecho de que se intentaba todo para impedir los suicidios, que eran, al fin y al cabo, actos espontáneos. Del material estadístico de Buchenwald (*Nazi Conspiracy*, IV, pp. 800 y ss.) es evidente que apenas un 0,5 por ciento de las muertes podían ser atribuidas a suicidio, que frecuentemente sólo había uno o dos suicidas al año, aunque en ese mismo año el número total de muertes llegaba a 3.516. Los informes de los campos de concentración rusos mencionan el mismo fenómeno (véase, por ejemplo, Starlinger, *op. cit.*, p. 57).

¹⁶² Rousset, *op. cit.*, p. 525.

del régimen que cualquiera de sus otras instituciones. Sin los campos de concentración, sin el indefinido temor que inspiran y el bien definido entrenamiento que ofrecen para la dominación totalitaria, que en parte alguna puede ser completamente ensayada con todas sus posibilidades más radicales, un estado totalitario no puede ni inspirar fanatismo a unidades selectas ni mantener a todo un pueblo en la completa apatía. El dominante y los dominados retornarían muy rápidamente a la «antigua rutina burguesa»; tras los primeros «excesos» sucumbirían a la vida cotidiana con sus leyes humanas; en suma, evolucionarían en la dirección que todos los observadores aconsejados por el sentido común se hallan inclinados a predecir. La falacia trágica de todas estas profecías, originadas en un mundo que todavía era seguro, consistió en suponer que existía algo semejante a una naturaleza humana establecida para siempre, en identificar a esta naturaleza humana con la historia y en declarar así que la idea de dominación total era no sólo inhumana, sino también irreal. Mientras tanto, hemos aprendido que el poder del hombre es tan grande que realmente puede ser lo que quiera ser.

A la verdadera naturaleza de los regímenes totalitarios corresponde el exigir el poder ilimitado. Semejante poder sólo puede ser afirmado si literalmente todos los hombres, sin una sola excepción, son fiabemente dominados en cada aspecto de su vida. En el terreno de los asuntos exteriores, deben ser constantemente subyugados nuevos territorios neutrales, mientras que en el interior nuevos grupos humanos deben ser continuamente dominados en los cada vez más numerosos campos de concentración o, cuando las circunstancias lo requieran, liquidados para dejar sitio a otros. La cuestión de la oposición carece de importancia, tanto en los asuntos exteriores como en los internos. Cualquier neutralidad y, desde luego, cualquier amistad espontáneamente otorgadas son, desde el punto de vista de la dominación totalitaria, simplemente tan peligrosas como la hostilidad declarada, precisamente porque la espontaneidad como tal, con su imprevisibilidad, constituye el mayor de los obstáculos a la dominación total del hombre. Los comunistas de los países no comunistas, que huyeron o fueron llamados a Moscú, aprendieron por amarga experiencia que constituían una amenaza para la Unión Soviética. Los comunistas convencidos son en este sentido, que solamente hoy tiene alguna realidad, simplemente tan ridículos y tan amenazadores para el régimen de Rusia como, por ejemplo, los nazis convencidos de la facción de Röhm lo eran para los nazis.

Lo que torna a la convicción y a la opinión de cualquier tipo tan ridícula y peligrosa bajo las condiciones totalitarias es que los regímenes totalitarios se enorgullecen fundamentalmente de no necesitarlas, de no precisar ayuda humana de cualquier tipo. Los hombres, en tanto que son algo más que reac-

ción animal y realización de funciones, resultan enteramente superfluos para los regímenes totalitarios. El totalitarismo busca no la dominación despótica sobre los hombres, sino un sistema en el que los hombres sean superfluos. El poder total sólo puede ser logrado y salvaguardado en un mundo de reflejos condicionados, de marionetas sin el más ligero rasgo de espontaneidad. Precisamente porque los recursos del hombre son tan grandes sólo puede ser completamente dominado cuando se convierte en un espécimen de la especie animal hombre.

Por eso el carácter es una amenaza e incluso las más injustas normas legales constituyen un obstáculo; pero la individualidad, es decir, todo lo que distingue a un hombre de otro, resulta intolerable. Mientras todos los hombres no hayan sido hechos igualmente superfluos —y esto sólo se ha realizado en los campos de concentración—, el ideal de dominación totalitaria no queda logrado. Los estados totalitarios aspiran constantemente, aunque nunca con completo éxito, a lograr la superfluidad de los hombres —mediante la selección arbitraria de los diferentes grupos enviados a los campos de concentración, mediante las purgas constantes del aparato dominador y mediante las liquidaciones en masa. El sentido común afirma desesperadamente que las masas están inclinadas a la sumisión y que todo este gigantesco aparato de terror resulta por eso superfluo; si fuesen capaces de decir la verdad, los gobernantes totalitarios replicarían: el aparato parece superfluo sólo porque sirve para hacer superfluos a los hombres.

El intento totalitario de hacer superfluos a los hombres refleja la experiencia que las masas modernas tienen de su superfluidad en una tierra superpoblada. El mundo de los moribundos, en el que se enseña a los hombres que son superfluos a través de un estilo de vida en el que se encuentran con un castigo sin conexión con el delito, en el que se practica la explotación sin beneficio y se realiza el trabajo sin producto, es un lugar donde diariamente se fabrica el absurdo. Sin embargo, dentro del marco de la ideología totalitaria, nada podría resultar más sensible y lógico; si los internados son sabandijas, es lógico que deban ser eliminados mediante gases venenosos; si son degenerados, no se les debe permitir que contaminen a la población; si tienen «almas de esclavos» (Himmler), sería perder el tiempo tratar de reeducarlos. Contemplados a través de los ojos de la ideología, lo malo de los campos es casi el que tengan demasiado sentido, el que la ejecución de la doctrina resulte demasiado consecuente.

Aunque los regímenes totalitarios se encuentran así resuelta y cínicamente vaciando al mundo de lo único que tiene sentido para las esperanzas utilitarias del sentido común, imponen sobre éste ese tipo de supersentido al que realmente se referían las ideologías cuando pretendían haber hallado la clave

de la historia o la solución de los enigmas del universo. Por encima del absurdo de la sociedad totalitaria se encuentra entronizado el ridículo supersentido de su superstición ideológica. Las ideologías son inocuas, no críticas, y las opiniones, arbitrarias mientras no sean realmente creídas. Una vez que es tomada al pie de la letra su reivindicación de validez total, se convierten en el núcleo de sistemas lógicos en los que, como en los sistemas de los paranoicos, todo se deduce comprensiblemente e incluso obligatoriamente una vez que ha sido aceptada la primera premisa. La locura de semejantes sistemas radica no sólo en su primera premisa, sino en la lógica con la que han sido contruidos. La curiosa cualidad lógica de todos los ismos, su confianza simplista en el valor salvador de la devoción tozuda sin atender a factores específicos y variables, alberga ya los primeros gérmenes del desprecio totalitario por la realidad y por los hechos.

El sentido común entrenado en el pensamiento utilitario carece de defensas contra este supersentido ideológico, puesto que los regímenes totalitarios establecen un mundo carente de sentido que funciona. El desprecio ideológico por los hechos todavía contenía la orgullosa presunción del dominio humano sobre el mundo; después de todo, es ese desprecio por la realidad el que hace posible cambiar el mundo, la erección del artificio humano. Lo que destruye el elemento de orgullo en el desprecio totalitario por la realidad (y por ello lo distingue radicalmente de las teorías y actitudes revolucionarias) es el supersentido que da al desprecio por la realidad su fuerza lógica y su consistencia. Lo que convierte en un recurso verdaderamente totalitario la afirmación bolchevique de que el sistema ruso es superior a todos los demás es el hecho de que el gobernante totalitario extrae de esta afirmación la conclusión lógicamente impecable de que sin este sistema la gente no podría haber construido algo tan maravilloso como, por ejemplo, un Metro. De este punto de vista extrae luego la conclusión lógica de que cualquiera que conozca la existencia del Metro de París es sospechoso, porque puede ser causa de que la gente dude de que sólo se pueden hacer cosas en el sistema bolchevique. Esto conduce a la conclusión final de que, para seguir siendo un bolchevique leal, uno tiene que destruir el Metro de París. Lo único que importa es ser consecuente.

Con estas nuevas estructuras, construidas sobre la fuerza del supersentido e impulsadas por el motor de la lógica, nos hallamos, desde luego, en el final de la era burguesa del incentivo y del poder tanto como en el final del imperialismo y de la expansión. La agresividad del totalitarismo no procede del anhelo por el poder, y si trata febrilmente de extenderse, no es por deseo de expansión ni de beneficio, sino sólo por razones ideológicas: hacer al mundo consecuente, demostrar que tenía razón su respectivo supersentido.

Principalmente en beneficio de este supersentido, en beneficio de una consistencia completa, es por lo que necesita el totalitarismo destruir cada rastro de lo que nosotros denominamos corrientemente dignidad humana. Porque el respeto por la dignidad humana implica el reconocimiento de mis semejantes o de las naciones semejantes a la mía, como súbditos, como constructores de mundos o como codificadores de un mundo común. Ninguna ideología que pretenda lograr la explicación de todos los acontecimientos históricos del pasado o la delimitación del curso de todos los acontecimientos del futuro puede soportar la imprevisibilidad que procede del hecho de que los hombres sean creativos, que pueden producir algo tan nuevo que nadie llegó a prever.

Por eso, lo que tratan de lograr las ideologías totalitarias no es la transformación del mundo exterior o la transmutación revolucionaria de la sociedad, sino la transformación de la misma naturaleza humana. Los campos de concentración son los laboratorios donde se ensayan los cambios en la naturaleza humana, y su ignominia no atañe sólo a sus internos y a aquellos que los dirigen según normas estrictamente «científicas»; éste es un asunto que afecta a todos los hombres. Y la cuestión no es el sufrimiento, algo de lo que ya ha habido demasiado en la tierra, ni el número de víctimas. Lo que está en juego es la naturaleza humana como tal, y aunque parezca que estos experimentos no lograron modificar al hombre, sino sólo destruirle, creando una sociedad en la que la banalidad nihilista del *homo homini lupus* es consecuentemente realizada, es preciso tener en cuenta las necesarias limitaciones de una experiencia que requiere un control global para mostrar resultados concluyentes.

Hasta ahora, la creencia totalitaria de que todo es posible parece haber demostrado sólo que todo puede ser destruido. Sin embargo, en su esfuerzo por demostrar que todo es posible, los regímenes totalitarios han descubierto sin saberlo que hay crímenes que los hombres no pueden castigar ni perdonar. Cuando lo imposible es hecho posible se torna en un mal absolutamente incastigable e imperdonable que ya no puede ser comprendido ni explicado por los motivos malignos del interés propio, la sordidez, el resentimiento, el ansia de poder y la cobardía. Por eso la ira no puede vengar; el amor no puede soportar; la amistad no puede perdonar. De la misma manera que las víctimas de las fábricas de la muerte o de los pozos del olvido ya no son «humanos» a los ojos de sus ejecutores, así estas novísimas especies de criminales quedan incluso más allá del umbral de la solidaridad de la iniquidad humana.

Es inherente a toda nuestra tradición filosófica el que no podamos concebir un «mal radical», y ello es cierto tanto para la teología cristiana, que concibió incluso para el mismo Demonio un origen celestial, como para Kant, el único filósofo que, en el término que acuñó para este fin, debió de

haber sospechado al menos la existencia de este mal, aunque inmediatamente lo racionalizó a través del concepto de «mala voluntad pervertida», que podía ser explicada por motivos comprensibles. Por eso no tenemos nada en qué basarnos para comprender un fenómeno que, sin embargo, nos enfrenta con su abrumadora realidad y destruye todas las normas que conocemos. Hay sólo algo que parece discernible: podemos decir que el mal radical ha emergido en relación con un sistema en el que todos los hombres se han tornado igualmente superfluos. Los manipuladores de este sistema creen en su propia superfluidad tanto como en la de los demás, y los asesinos totalitarios son los más peligrosos de todos porque no les preocupa si ellos mismos resultan estar vivos o muertos, ni siquiera si alguna vez vivieron o nunca nacieron. El peligro de las fábricas de cadáveres y de los pozos del olvido es que hoy, con el aumento de la población y de los desarraigados, constantemente se tornan superfluas masas de personas si seguimos pensando en nuestro mundo en términos utilitarios. Los acontecimientos políticos, sociales y económicos en todas partes se hallan en tácita conspiración con los instrumentos totalitarios concebidos para hacer a los hombres superfluos. La tentación implícita es bien comprendida por el sentido común utilitario de las masas, que en la mayoría de los países se sienten demasiado desesperadas para retener una parte considerable de su miedo a la muerte. Los nazis y los bolcheviques pueden estar seguros de que sus fábricas de aniquilamiento, que muestran la solución más rápida para el problema de la superpoblación, para el problema de las masas humanas económicamente superfluas y socialmente desarraigadas, constituyen tanto una atracción como una advertencia. Las soluciones totalitarias pueden muy bien sobrevivir a la caída de los regímenes totalitarios bajo la forma de fuertes tentaciones, que surgirán allí donde parezca imposible aliviar la miseria política, social o económica en una forma digna del hombre.

CAPÍTULO 13
IDEOLOGÍA Y TERROR:
UNA NUEVA FORMA DE GOBIERNO

En los capítulos precedentes hemos recalado repetidas veces que no sólo los medios de dominación total son más drásticos, sino que el totalitarismo difiere esencialmente de otras formas de opresión política que nos son conocidas, como el despotismo, la tiranía y la dictadura. Allí donde se alzó con el poder, desarrolló instituciones políticas enteramente nuevas y destruyó todas las tradiciones sociales, legales y políticas del país. Fuera cual fuera la tradición específicamente nacional o la fuente espiritual específica de su ideología, el gobierno totalitario siempre transformó a las clases en masas, suplantó el sistema de partidos no por la dictadura de un partido, sino por un movimiento de masas, desplazó el centro del poder del ejército a la policía y estableció una política exterior abiertamente encaminada a la dominación mundial. Los gobiernos totalitarios conocidos se han desarrollado a partir de un sistema unipartidista; allí donde estos sistemas se tornaron verdaderamente totalitarios comenzaron a operar según un sistema de valores tan radicalmente diferente de todos los demás que ninguna de nuestras categorías tradicionales legales, morales o utilitarias conforme al sentido común pueden ya ayudarnos a entenderlos, o a juzgar o predecir el curso de sus acciones.

Si es cierto que pueden hallarse elementos de totalitarismo remontándose en la historia y analizando las implicaciones políticas de lo que habitual-

mente denominamos la crisis de nuestro siglo, entonces es inevitable la conclusión de que esta crisis no es una simple amenaza del exterior, no es simplemente el resultado de una agresiva política exterior, bien de Alemania o de Rusia, y que no desaparecerá con la muerte de Stalin más de lo que desapareció con la caída de la Alemania nazi. Puede ser incluso que los verdaderos problemas de nuestro tiempo sólo asuman su forma auténtica —aunque no necesariamente la más cruel— sólo cuando el totalitarismo se haya convertido en algo del pasado.

Es en la línea de tales reflexiones donde cabe suscitar la cuestión de si el gobierno totalitario, nacido de esta crisis y, al mismo tiempo, su más claro y único síntoma inequívoco, es simplemente un arreglo temporal que toma sus métodos de intimidación, sus medios de organización y sus instrumentos de violencia del bien conocido arsenal político de la tiranía, el despotismo y las dictaduras, y debe su existencia sólo al fallo deplorable, pero quizás accidental, de las fuerzas políticas tradicionales —liberales o conservadoras, nacionalistas o socialistas, republicanas o monárquicas, autoritarias o democráticas. O si, por el contrario, existe algo tal como la *naturaleza* del gobierno totalitario, si posee su propia esencia y puede ser comparado con otras formas de gobierno, que el pensamiento occidental ha conocido y reconocido desde los tiempos de la filosofía antigua, y definido como ellas. Si esto es cierto, entonces las formas enteramente nuevas y sin precedentes de la organización totalitaria y su curso de acción deben descansar en una de las pocas experiencias básicas que los hombres pueden tener allí donde viven juntos y se hallan ocupados por los asuntos públicos. Si existe una experiencia básica que halla su expresión política en la dominación totalitaria, entonces, a la vista de la novedad de la forma totalitaria del gobierno, debe ser ésta una experiencia que, por la razón que fuere, nunca ha servido anteriormente para la fundación de un cuerpo político y cuyo talante general —aunque pueda resultar familiar en cualquier otro aspecto— nunca ha penetrado y dirigido el tratamiento de los asuntos públicos.

Si consideramos esto en términos de la historia de las ideas, parece extremadamente improbable. Porque las formas de gobierno bajo las que los hombres viven han sido muy pocas; fueron tempranamente descubiertas, clasificadas por los griegos, y han demostrado ser extraordinariamente longevas. Si aplicamos estos descubrimientos, cuya idea fundamental, a pesar de las muchas variaciones, no cambió en los dos mil quinientos años que separan a Platón de Kant, sentimos inmediatamente la tentación de interpretar el totalitarismo como una forma moderna de tiranía, es decir, como un gobierno ilegal en el que el poder es manejado por un solo hombre. Poder arbitrario, no restringido por la ley, manejado en interés del gobernante y hostil a los

intereses de los gobernados, por un lado; el temor como principio de la acción, es decir, el temor del dominador al pueblo y el temor del pueblo al dominador, por otro lado, han sido las características de la tiranía a lo largo de nuestra tradición.

En lugar de decir que el gobierno totalitario carece de precedentes, podríamos decir también que ha explotado la alternativa misma sobre la que se han basado en filosofía política todas las definiciones de la esencia de los gobiernos, es decir, la alternativa entre el gobierno legal y el ilegal, entre el poder arbitrario y el legítimo. Nunca se ha puesto en tela de juicio que el gobierno legal y el poder legítimo, por una parte, y la ilegalidad y el poder arbitrario, por otra, se correspondían y eran inseparables. Sin embargo, la dominación totalitaria nos enfrenta con un tipo de gobierno completamente diferente. Es cierto que desafía todas las leyes positivas, incluso hasta el extremo de desafiar aquellas que él mismo ha establecido (como en el caso de la Constitución soviética de 1936, por citar sólo el ejemplo más sobresaliente) o de no preocuparse de abolirlas (como en el caso de la Constitución de Weimar, que el gobierno nazi jamás revocó). Pero no opera sin la guía del derecho ni es arbitrario porque afirma que obedece estrictamente a aquellas leyes de la naturaleza o de la historia de las que, supuestamente, proceden todas las leyes positivas.

Ésta es la monstruosa y sin embargo aparentemente incontestable reivindicación de la dominación totalitaria, que, lejos de ser «ilegal», se remonta a las fuentes de autoridad de las que las leyes positivas reciben su legitimación última, que, lejos de ser arbitraria, es más obediente a esas fuerzas suprahumanas de lo que cualquier gobierno lo fue antes y que, lejos de manejar su poder en interés de un solo hombre, está completamente dispuesta a sacrificar los vitales intereses inmediatos de cualquiera a la ejecución de lo que considera ser la ley de la historia o la ley de la naturaleza. Su desafío a las leyes positivas afirma ser una forma más elevada de legitimidad, dado que, inspirada por las mismas fuentes, puede dejar a un lado esa insignificante legalidad. La ilegalidad totalitaria pretende haber hallado un camino para establecer la justicia en la tierra —algo que, reconocidamente, jamás podría alcanzar la legalidad del derecho positivo. La discrepancia entre la legalidad y la justicia jamás puede ser salvada, porque las normas de lo justo y lo injusto en las que el derecho positivo traduce su propia fuente de autoridad —«el derecho natural» que gobierna a todo el universo o la ley divina revelada en la historia humana, o costumbres y tradiciones que expresan el derecho común a los sentimientos de todos los hombres— son necesariamente generales y deben ser válidas para un incontable e imprevisible número de casos, de forma tal que cada individuo concreto con su irrepetible grupo de circunstancias se escapa a esas normas de alguna manera.

La ilegalidad totalitaria, desafiando la legitimidad y pretendiendo establecer el reinado directo de la justicia en la tierra, ejecuta la ley de la historia o de la naturaleza sin traducirla en normas de lo justo y lo injusto para el comportamiento individual. Aplica directamente la ley a la humanidad sin preocuparse del comportamiento de los hombres. Se espera que la ley de la naturaleza o la ley de la historia, si son adecuadamente ejecutadas, produzcan a la humanidad como su producto final; y esta esperanza alienta tras la reivindicación de dominación global por parte de todos los gobiernos totalitarios. La política totalitaria afirma transformar a la especie humana en portadora activa e infalible de una ley, a la que de otra manera los seres humanos sólo estarían sometidos pasivamente y de mala gana. Si es cierto que el lazo entre los países totalitarios y el mundo civilizado quedó roto a través de los monstruosos crímenes de sus regímenes, también es cierto que esta criminalidad no fue debida a la simple agresividad, a la insensibilidad, a la guerra y a la traición, sino a una consciente ruptura de ese *consensus iuris* que, según Cicerón, constituye a un «pueblo» y que, como derecho internacional, ha constituido en los tiempos modernos al mundo civilizado en tanto permanezca como piedra fundamental de las relaciones internacionales, incluso bajo las condiciones bélicas. Tanto el juicio moral como el castigo legal presuponen este asentimiento básico; el criminal puede ser juzgado justamente sólo porque participa en el *consensus iuris*, e incluso la ley revelada por Dios puede funcionar en los hombres sólo cuando éstos la escuchan y la aceptan.

En este punto surge a la luz la diferencia fundamental entre el concepto totalitario del derecho y todos los otros conceptos. La política totalitaria no reemplaza a un grupo de leyes por otro, no establece su propio *consensus iuris*, no crea, mediante una revolución, una nueva forma de legalidad. Su desafío a todo, incluso a sus propias leyes positivas, implica que cree que puede imponerse sin ningún *consensus iuris* y que, sin embargo, no se resigna al estado tiránico de ilegalidad, arbitrariedad y temor. Puede imponerse sin el *consensus iuris*, porque promete liberar a la realización de la ley de toda acción y voluntad humana; y promete la justicia en la tierra porque promete hacer de la humanidad misma la encarnación de la ley.

Esta identificación del hombre y de la ley, que parece cancelar la discrepancia entre la legalidad y la justicia que ha asediado al pensamiento legal desde los tiempos antiguos, no tiene nada en común con la *lumen naturale* o la voz de la conciencia, por las que se supone que la naturaleza o la divinidad, como fuentes de autoridad para el *ius naturale* o los mandamientos de Dios históricamente revelados, anuncian su autoridad al mismo hombre. Todo esto jamás hizo del hombre la encarnación ambulante de la ley, sino que, al contrario, siguió diferenciándose de él como la autoridad que exigía asenti-

miento y obediencia. La naturaleza o la divinidad, como fuentes de autoridad para las leyes positivas, eran consideradas permanentes y eternas; las leyes positivas eran cambiantes y cambiables según las circunstancias, pero poseían una relativa permanencia en comparación con las acciones humanas mucho más rápidamente cambiantes; y derivaban esta permanencia de la eterna presencia de su fuente de autoridad. Por eso, las leyes positivas son primariamente concebidas para funcionar como factores estabilizadores de los cambiantes movimientos de los hombres.

En la interpretación del totalitarismo, todas las leyes se convierten en leyes de movimiento. Cuando los nazis hablaban sobre la ley de la naturaleza o cuando los bolcheviques hablan sobre la ley de la historia, ni la naturaleza ni la historia son ya la fuente estabilizadora de la autoridad para las acciones de los hombres mortales; son movimientos en sí mismas. Subyacente a la creencia de los nazis en las leyes raciales como expresión de la ley de la naturaleza en el hombre, se halla la idea darwiniana del hombre como producto de una evolución natural que no se detiene necesariamente en la especie actual de seres humanos, de la misma manera que la creencia de los bolcheviques en la lucha de clases como expresión de la ley de la historia se basa en la noción marxista de la sociedad como producto de un gigantesco movimiento histórico que discurre según su propia ley de desplazamiento hasta el fin de los tiempos históricos, cuando llegará a abolirse por sí mismo.

La diferencia entre el enfoque histórico de Marx y el enfoque naturalista de Darwin ha sido frecuentemente señalada, usual y certeramente en favor de Marx. Esto nos ha llevado a olvidar el gran interés positivo que tuvo Marx por las teorías de Darwin; Engels no pudo concebir mejor elogio para los logros investigadores de Marx que el de llamarle el «Darwin de la historia»¹. Si se consideran, no los auténticos logros, sino las filosofías básicas de ambos hombres, resulta que, en definitiva, el movimiento de la naturaleza y el movimiento de la historia son uno y el mismo. La introducción de Darwin del concepto de la evolución en la naturaleza, su insistencia en que, al menos en el campo de la biología, el movimiento natural no es circular, sino unilineal, desplazándose en una dirección indefinidamente progresiva, significa en realidad que la naturaleza, como si dijéramos, está siendo arrastrada en la historia, que a la vida natural se la puede considerar histórica. La ley «natural» de la supervivencia de los más aptos es, pues, una ley histórica, y puede ser utili-

¹ En su elogio fúnebre de Marx, Engels dijo: «De la misma manera que Darwin descubrió la ley de la evolución de la vida orgánica, así Marx descubrió la ley de la evolución de la historia humana». Un comentario similar se halla en la introducción de Engels a la edición del *Manifiesto comunista* de 1890, y en su presentación de *Ursprung der Familie...* menciona una vez más la «teoría de la evolución de Darwin» y la «teoría de la plusvalía de Marx» paralelamente.

zada tanto por el racismo como por la ley marxista de las clases más progresistas. La lucha de clases de Marx, por otra parte, como fuerza impulsora de la historia es sólo la expresión exterior de la evolución de las fuerzas productivas, que a su vez tienen su origen en el «poder de trabajo» de los hombres. El trabajo, según Marx, no es una fuerza histórica, sino una fuerza natural — biológica— liberada a través del «metabolismo del hombre con la naturaleza», por la que conserva su vida individual y reproduce la especie². Engels advirtió muy claramente la afinidad entre las concepciones básicas de los dos autores, porque comprendió el papel decisivo que desempeñaba en ambas teorías el concepto de la evolución. El tremendo cambio intelectual que tuvo lugar a mediados del siglo pasado consistió en la negativa a ver o a aceptar nada tal y «como es» y en la consecuente interpretación de todo como base de una evolución ulterior. Es relativamente secundario el que la fuerza impulsora de esta evolución pueda denominarse naturaleza o historia. En estas ideologías, el término mismo de «ley» cambia de significado: de expresar el marco de estabilidad dentro del cual pueden tener lugar las acciones y los movimientos humanos se convierte en expresión del movimiento mismo.

Las políticas totalitarias que procedieron a seguir las recetas de las ideologías han desenmascarado la verdadera naturaleza de estos movimientos en cuanto han mostrado claramente que no podía existir final para este proceso. Si la ley de la naturaleza consiste en eliminar todo lo que resulta perjudicial y es incapaz de vivir, sería el mismo final de la naturaleza si no pudieran hallarse nuevas categorías de elementos perjudiciales e incapaces de vivir. Si es ley de la historia el que en la lucha de clases «desaparezcan» ciertas clases, significaría el final de la historia humana el hecho de que no se formaran nuevas clases rudimentarias que a su vez pudieran «desaparecer» a manos de los dominadores totalitarios. En otras palabras, la ley de matar, por la que los movimientos totalitarios se apoderan y ejercen el poder, seguiría siendo ley del movimiento aunque logran someter a su dominación a toda la humanidad.

Por gobierno legal entendemos un cuerpo político en el que se necesitan leyes positivas para traducir y realizar el inmutable *ius naturale* o los mandamientos eternos de Dios en normas de lo justo y lo injusto. Sólo en estas normas, en el cuerpo de leyes positivas de cada país, pueden lograr su realidad política el *ius naturale* o los mandamientos de Dios. En el cuerpo político del gobierno totalitario el lugar de las leyes positivas queda ocupado por el terror

² Por lo que se refiere al concepto trabajo en Marx como «una eterna necesidad impuesta por la naturaleza, sin la cual no puede existir metabolismo entre el hombre y la naturaleza, y por ello no puede existir vida», véase *El capital*, vol. 1, parte 1, caps. 1 y 5. El pasaje citado es del cap. 1, sección 2.